

PUBLICACIONES DEL OBSERVATORIO DE QUITO

SECCION DE GEOFISICA

452

910

NICOLAS G. MARTINEZ

26

**IMPRESIONES DE UN
VIAJE A
GALAPAGOS**



QUITO

Talleres Gráficos Nacionales _____ 1934—

44

ADVERTENCIAS

NECESARIAS

Por haberse agotado en lo absoluto, la segunda edición de este librito, y a pedido de diversas personas y corporaciones, tanto del Exterior como de nuestro país, he resuelto hacer esta tercera edición, incluyéndola en la serie de publicaciones que viene haciendo el Observatorio, que tan buena acogida han recibido de parte del público.

Debo advertir primeramente, que no he hecho ningún cambio o corrección al texto de las ediciones anteriores; porque, como ya han pasado muchos años desde mi viaje al Archipiélago, cualquier enmienda en la relación, hubiera podido adolecer de falsedad, ya que habría sido necesario confiar en los recuerdos de la memoria, para rectificar o cambiar cualquier concepto que lo haya tenido por erróneo. De tal manera, que toda la relación es copia fiel y exacta de lo que escribí hace más de 25 años, en su mayor parte en los mismos días y en los mismos lugares que visité, y el resto, en vista de mis apuntes diarios, poco después de mi regreso del Archipiélago. En esta edición lo más que he hecho es añadir algunas notas intercaladas en el texto, ratificando o explicando algunos de mis conceptos.

Se pudiera creer que el estado actual del Archipiélago, en lo que se relaciona con la colonización, haya cambiado mucho en el transcurso de más de un cuarto de siglo, y que por lo tanto, varios de

mis juicios sean ya inoportunos; pero por desgracia no es así, pues en los últimos tiempos nada o casi nada se ha hecho para mejorar la condición de las islas, y al contrario, parece que todo vá de mal en peor, ya que en vez de una colonización racional, con colonos de verdad, gran parte del territorio cultivable de las islas, me aseguran, que se halla en poder de unos pocos **latifundistas** o de compañías formadas en parte, por extranjeros negociantes.

También es muy probable, que algunas personas llevadas de un respeto demasiado profundo para las opiniones de los sabios que han visitado nuestro Archipiélago, me condenen, o ya me hayan condenado, por el enorme atrevimiento de haber lanzado opiniones científicas contrarias a las del Dr. Wolf, por ejemplo; pues para muchos es un crimen que un simple aficionado, que no ha seguido ningún curso en alguna Universidad, se atreva, repito, a contradecir a un sabio ya consagrado oficialmente. A quienes tal cosa piensen, les puedo contestar en muy pocas palabras: yo tengo el mismo derecho que cualquier otro, sea quién fuese, a emitir opiniones aun cuando sean contrarias a las de los sabios de verdad; porque, aun cuando aquellos señores afirmen una cosa, que a mi modo de ver no es verdadera, no puede hacerme cambiar de opinión ni el Padre Eterno; pues más confío en mi vista que en la ajena. Así por ejemplo, por más que afirme el doctor Wolf, que el terreno vegetal de las islas, es el resultado de la descomposición química del basalto, no me convence, porque, yo he visto con mis ojos los inmensos y potentes bancos de toba que cubren totalmente la parte Sur de Chatham, como he visto también las capas de arenas, cenizas y lapillis que cubren la parte alta de Albemarle; siendo en el primer caso exactamente lo mismo que vemos aquí, en donde

la capa de cangagua cubre completamente las faldas del Pichincha, y en el segundo lo que vemos en los terrenos que rodean al Tungurahua.

Por último debo advertir, que en la narración empleo solamente los nombres antiguos, tanto del Archipiélago como de las islas, en vez de los oficiales; porque, como esta obrita debe circular profusamente en el Exterior, ya que principalmente debe ir a cosa de 200 observatorios y sociedades científicas, con las que nos hallamos relacionados, los miembros de aquellos institutos se quedarían en baba, al leer los nombres oficiales, y no es difícil que crean que se trata de algún archipiélago últimamente descubierto; pues en el Exterior, nuestro Archipiélago es conocido solamente con el de Galápagos, y las islas con los de Albemarle, Chatham, etc., y solamente a Floreana la dejo con ese nombre, por ser el más conocido.

Y finalmente, como una muestra de la excelente acogida que tuvo esta obrita cuando se publicó por primera vez, reproduzco a manera de prólogo, un pequeño juicio crítico de EL COMER-
CIO.

N. G. M.

A MANERA
DE PROLOGO

NOTA BIBLIOGRAFICA

"Impesiones de un viaje al Archipiélago de Galápagos.— Segunda edición.— Ambato — Ecuador.— 1919".

Bajo el título que precede ha llegado a nuestra mesa de redacción un pequeño volumen de 167 páginas en octavo, y cuyo autor es el Sr. Nicolás G. Martínez.

Con bastante agrado e interés hemos dado lectura a este libro cuyas narraciones ofrecen verdadero atractivo, así por la curiosidad que despiertan, como también bajo el punto de vista patriótico, ya que se trata de un importante territorio que hace parte de la patria ecuatoriana.

El autor, en estilo fácil y sencillo pero no exento de belleza, cautiva el ánimo del lector con las descripciones que hace desde su salida de Guayaquil en una embarcación de vela, en la cual realizó su viaje al Archipiélago.

Leyendo esta obra es como se puede saber lo difícil y dilatado de un viaje a esas tierras que constituyen una parte del territorio ecuatoriano, y las cuales apenas conocemos por las escasas relaciones que de tarde en tarde podemos leer acerca de ellas. Y en verdad que mayor atención debieran merecer de nuestro Gobierno esas comar-

cas, que según el relato concienzudo y sereno que nos hace el Sr. Martínez, son de un clima benéfico y suave donde las epidemias mortíferas son desconocidas casi del todo.

Comarcas en cuya variedad de terrenos tiene ancho campo la agricultura y presenta para el porvenir la reserva enorme de las pescas, entre las cuales no es menos importante la de las tortugas o galápagos, tan apreciados en Europa.

Dice el autor en referencia, que éstos han disminuido casi del todo en las regiones habitadas y explotadas, pero que aun abundan por millares en aquellos puntos del Archipiélago que son casi desconocidos.

Llamaron nuestra atención las observaciones que hace el autor con respecto a la formación geológica de los terrenos que componen las islas. Los interesantes datos acerca de su fauna y de su flora. Es curioso leer lo que cuenta de aquellas enormes manadas de asnos y de perros salvajes que sirven de diversión a los cazadores que ejercitan en ellos su puntería.

Aparte de su amenidad, el libro en que nos ocupamos nos ofrece, como ya lo dijimos, noticias bastante aproximadas acerca del número de ganados que contienen las islas, de su poder de producción y de su capacidad para el establecimiento de nuevas industrias.

Habla de la necesidad imperiosa de llevar autoridades enérgicas y activas que mantengan el orden y la moralidad entre los habitantes y propendan al desarrollo de su civilización.

En verdad, bien merece un aplauso sincero el autor de este simpático librito cuyas páginas encierran tantas cosas dignas de tenerse en cuenta. El solo hecho del viaje, ya constituye en sí un mérito verdadero, pues no es cosa fácil aquello de meterse en un buque de vela para ir a buscar aventuras a lo Julio Verne, movido solamente por

un espíritu observador e inspirado en el amor a la Patria.

Después de leerlo, causa pena y extrañeza el abandono en que se encuentran sus importantes y valiosos territorios, con los cuales debiera establecerse una línea de comunicación menos tardía y deficiente que la que hoy la liga, tan debilmente con la República.

Ojalá el esfuerzo del señor Martínez encuentre eco favorable en las regiones oficiales a fin de laborar oportuna y eficazmente con el desarrollo de esa tierra que constituye una parte preciosa de la herencia común por la que todos debemos interesarnos.

(Tomado del número 5.067 de "EL COMERCIO", correspondiente al 6 de Noviembre de 1919).

ADVERTENCIA
DE LA SEGUNDA EDICION

La primera edición que se hizo de estas impresiones de viaje, en la imprenta de la Policía Nacional de Quito, en el año de 1915, salió tan llena de errores, que creímos preferible no hacerla circular, aún cuando muchos ejemplares fueron repartidos por Dn. Antonio Gil, entonces Intendente General de dicha Policía, quién fué el que mandó a imprimirla.

Poco después, "El Telégrafo" de Guayaquil, reprodujo la relación, pero ya con las correcciones necesarias, y esta reproducción fué traducida al inglés y al alemán por el Dr. John Kunst, de Chicago, pidiendo al autor el permiso necesario para publicarla en esos idiomas.

La traducción inglesa sirvió de base para el artículo "Las islas de Galápagos", escrito por el señor George Mc-Cutcheon Mc-Bride, miembro de la Sociedad Geográfica de Nueva York, y publicado en el N° 3, Vol. VI, correspondiente al mes de Setiembre de 1918, de la Revista de aquella corporación científica. Después, fué reproducida en varias revistas y periódicos americanos con la siguiente nota: "Las indicaciones para el presente artículo, son tomadas de la relación de un viaje hecho a las islas de Galápagos en 1906-1907, por el Sr. Nicolás G. Martínez del Observatorio de Quito, Ecuador. Esta relación fué publicada primeramente en 1916, en 23 números de "El Telégrafo" de Guayaquil, habiendo aparecido anteriormente dos extractos en "La Prensa" de Quito, en

1912 y 1913, respectivamente. El Dr. John Kunst, de Chicago, Illinois, hizo una traducción de todo el relato y la envió al Editor de esta Revista, y esta traducción es la que se ha empleado en parte, como base para el presente artículo”.

Con motivo de la publicación del artículo del Sr. Mc-Cutcheon, el autor ha recibido numerosos pedidos, tanto del Interior, como del Exterior, de las “Impresiones de un viaje a Galápagos”, y como no era posible mandar una edición tan errada e incorrecta como es la impresa en los talleres de la Policía de Quito, ha resuelto hacer la presente, cuidadosamente corregida.

Ambato, Octubre de 1915.

Sr. Dn. Antonio Gil,

Quito.

Muy distinguido señor y amigo mio:

En la última ocasión que tuve el gusto de hablar con Ud. en esa ciudad, le ofrecí remitir la relación del viaje que hice en años anteriores al Archipiélago de Galápagos. Hoy cumplo con mi ofrecimiento y le faculto para que haga del manuscrito adjunto, lo que mejor le parezca; pero para el caso de que Ud. lo publique, creo conveniente e indispensable, hacerle algunas advertencias que puedan ir a manera de introducción.

Un extracto de mis impresiones de Chatham, fué publicado en el diario “La Prensa” de esa ciudad, en el año de 1911, y el de Albemarle, en el mismo periódico en 1913. Pero, con esos escritos ha sucedido lo que pasa siempre con las publicaciones que se hacen en los diarios, se las lee y después, nadie de acuerda de ellas. De manera, pues, que el manuscrito que ahora le remito, no es sino la ampliación de aquellas impresiones, las cuales creo que no disgustaron a las personas que las leyeron entonces, debido a que trataba en ellas, de hacer conocer en algo, esa parte de nuestro territorio, que para muchas personas es semi-fabuloso,

por lo difícil que ha sido siempre hacer ese viaje.

Porque, como Ud. bien sabe, hace algunos años, y ahora creo que sucede lo mismo, querer viajar al Archipiélago era punto menos que imposible; ya que no existiendo un servicio regular, ni siquiera de buques de vela, mucho menos de vapores, un simple particular no podía hacer la travesía. Las únicas embarcaciones que cada dos o tres meses iban a Galápagos, eran, el pailebot "Manuel J. Cobos" y la balandra "Josefina Cobos" a Chatham, y la balandra "Tomasita" de propiedad de Ud. a Albemarle; pero, como puede comprender, era muy difícil conseguir pasaje a bordo de cualquiera de esos buques, no siendo empleado de una de las haciendas, o de Gobierno, y muchísimo menos, como pasaba conmigo, no teniendo amistad ni recomendación para alguno de los propietarios de ellas.

Desde luego, cuando se trataba de algún acontecimiento notable, como por ejemplo, el del cambio del Jefe Territorial, el crucero "Cotopaxi" se daba el lujo de lanzarse al mar, y se arriesgaba a hacer la travesía; pero, a más de que el viaje resultaba demasiado caro, había el riesgo inminente de naufragar, debido al mal estado del buque; tardaba tanto tiempo en el viaje, o más que un velero, y siendo todavía lo peor, que existía el peligro de no llegar jamás a las islas, pues, hubo ocasión en que el "Cotopaxi" regresó a Guayaquil, después de mucho tiempo de haber salido del puerto, sin haber podido dar con el Archipiélago, por haberse perdido en el mar. Creo que recordará usted que en ese entonces, se aseguró que nuestras islas habían sido destruidas por un cataclismo. (1)

Para conocer que clase de capitanes y de mari-

(1) Rigurosamente histórico. El capitán del "Cotopaxi" a quien le pasó este extraño suceso fué, según creo, un señor Bayona.

nos tenía entonces nuestro crucero, bastará que le cuente que estando yo en Chatham, llegó el "Cotopaxi", pero, como las autoridades de Guayaquil habían desconfiado del capitán titular, contrataron a un capitán americano, para la dirección del buque. (1) Ahora, felizmente, los buques nacionales, parece que tienen buenos marinos, y creo que no volverán a suceder hechos tan originales como los referidos.

Los veleros citados tenían capitanes y pilotos muy peritos, y que sin ser sabios, ni mucho menos, conducían sus buques perfectamente y con toda seguridad iban a dar en las islas. Del pailebot "Manuel J. Cobos", en el cual hice yo el viaje, era capitán un viejo inglés, al que seguramente Ud. conoció, quién, a pesar que de náutica creo no entendía gran cosa, conducía su barco sin equivocarse jamás de ruta. Según me aseguraba él mismo, había hecho la travesía más de cien veces, y así llegó a conocer el CAMINO, mejor que los quiteños el de los Chillós. Guiábase, según creo, únicamente por instinto, facultad poseída también por el piloto, cholo del Morro, pueblo que he sabido da los mejores prácticos. El vuelo de algunas aves, la forma de las nubes y la fuerza y la dirección de las corrientes marinas, según parece, eran las únicas señales que tenían para dirigirse en el océano, sin perder ni cambiar de ruta jamás. (2)

(1) El capitán que mandaba entonces el "Cotopaxi", fué un mister James Power, a quien el General Alfaro había dado ese cargo, en pago de no sé que servicios que le había hecho en una de sus infinitas revoluciones. El capitán contratado, cuyo nombre no recuerdo, parece que tampoco conocía gran cosa de su profesión; pues, he llegado a saber, no hace mucho tiempo, que también, en el viaje de regreso, estuvieron varios días perdidos en el mar.

(2) El capitán del pailebot fué el inglés Tomás Lewi muy conocido por cuantos habían viajado a Galápagos y que mu-

Ahora es necesario que le cuente el por qué y cómo pude hacer mi viaje al Archipiélago de Galápagos.

¿El por qué? Porque, desde que había leído la descripción que hace de las islas el doctor Wolf, tenía vivos deseos de visitarlas, y al presentarse una oportunidad impensada, no hice otra cosa que aprovecharla; pero ya el cómo pude conseguir hacer el viaje, es algo más largo de contarse.

Había ido a Guayaquil a mediados del mes de Agosto de 1906, acompañando a mi sabio Profesor y amigo, el señor Francisco Gonnessiat, el cual dejaba el Observatorio de Quito y nuestro país, para regresar a Europa, cansado de la infame guerra que le hacían sus envidiosos enemigos. Para mí, la separación de Gonnessiat de la Dirección de ese Instituto, del cual era yo entonces, Ayudante de Meteorología, fué decisiva, ya que únicamente por instancias de él, había continuado desempeñando mi cargo, después de la inicua revolución de Enero de aquel año. (3)

rió hace ya bastante tiempo. Fué un hombre simpático, muy supersticioso y que tenía la obsesión, de buscar los tesoros del Pirata, en cuya existencia creía como en un artículo de la fé; mientras yo estuve en Chatham y cuando no se hallaba en viaje, se ocupaba en construir una pequeña embarcación para buscar el tesoro. En cuanto al piloto, llamado Juan Villón, sé que vive todavía.

(3) Han pasado más de 27 años y sin embargo, hasta ahora se me viene algo así como un rubor, al recordar la guerra que le hicieron a este verdadero sabio, unos cuantos individuos que se creyeron ultrajados, cuando Gonnessiat reorganizó la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, el año de 1904, y se vió en el caso de separarles de ella, por ineptitud notoria. Estos individuos llegaron hasta el caso de conseguir, aprovechando del caos en el que se hallaba la administración pública, después de la revolución de Enero, que un Ministro de Instrucción Pública, cuyo nombre mejor es no mentarle, nombrara una comisión para que se traslade al

Ido, pues, Gonnessiat, me separé de hecho del Observatorio y permanecí en Guayaquil a instancias de mi desgraciado amigo, el Coronel Dn. Wenceslao Ugarte, quien me aseguraba que muy pronto terminaría ese lamentable estado de cosas. Cuando fueron destruidas la mayor parte de las imprentas de Guayaquil, en Setiembre de ese mismo año, creímos que había llegado el momento decisivo para que estallara la revolución, pero como ésta tardaba y además el invierno se venía a pasos largos, no me quedaba otro recurso que regresar al Interior, hasta que pasara esa especie de letargo y de estupor que acometió al país, por la misma enormidad de los acontecimientos.

La mañana, vispera de mi viaje al Interior, hablaba con un amigo que había estado en Chatham, quien a ver mi entusiasmo por conocer el Archipiélago, me llevó a presentar al Gerente de la Compañía que arrendaba entonces el Ingenio "Progreso" de aquella isla. Fuí muy amablemente recibido por el señor Francisco Ortiz, quién al saber mi deseo me dijo: "Si usted desea ir a Chatham, le ofrezco pasaje a bordo del pailebot "Manuel J. Cobos" y además, cartas de recomendación para los señores Roberto Celati y General Julio Plaza, empleados principales de la Compañía; no le cuesta ni un solo centavo el viaje y puede permanecer allá todo el tiempo que guste, haciendo sus estudios, sin que tampoco le cueste nada; pero es ne-

Observatorio, y examinara la capacidad científica de Gonnessiat. Como se puede comprender, este sabio que después del regreso de la Misión Geodésica se había quedado únicamente por instancias del Ministro anterior, que era mi hermano Luis A. Martínez, para que completara la reorganización de la Facultad de Ciencias, hechó todo a rodar y emprendió viaje de regreso, y cosa curiosa, al que le tachaban aquí de ignorante, le nombraron en París, poco después de su regreso, Director del Observatorio de Argel, puesto que lo obtuvo, desde luego, por oposición, y en el cual continúa hasta ahora.

cesario que se aliste a partir al momento, porque casualmente el buque sale esta noche para el Archipiélago, y necesito tiempo para escribir recomendándole y para inscribirlo en los papeles de abordo”.

Usted comprenderá, estimado Dn. Antonio, que no era muy fácil el resolverse en pocos instantes para emprender en un viaje tan largo, pero sin vacilar mucho, y en vista de que talvez jamás volvería a presentarse una oportunidad semejante, de no tener ninguna ocupación y de encontrar tantas facilidades para cumplir uno de mis mayores deseos, acepté, y después de agradecer al señor Ortiz, me despedí de él hasta la noche, y fui a hacer mis preparativos. De manera que, esa misma noche estaba en viaje para Galápagos, en vez de salir al siguiente día para la Sierra.

En Chatham fui muy finamente recibido por los señores Celati y Plaza, así como también, por el Jefe Territorial, Coronel Pedro Jaramillo, y gracias a estos señores, pude permanecer en esa isla el tiempo que deseaba, desempeñando un modesto cargo civil. (1)

Como usted bien sabe, amigo mío, que si difícil es hacer un viaje de la Costa al Archipiélago, es talvez mucho más, el trasladarse de una a otra isla, ya que no existe ningún comercio entre ellas. Pero, casualmente llegó a Chatham, la balandra “Tomasita” de su propiedad, y a su bordo, su hijo Dn. Antonio Gil Q. el cual muy galantemente me ofreció pasaje en su buque, y hospitalidad en sus haciendas de Albemarle. Acepté gustoso y agradecido tan galante invitación, y gracias a ella pu-

(1) El cargo que tuve entonces en Chatham, fué el de Comisario, que francamente es para lo que menos servía, y recuerdo los apuros en los que me hallé, cuando me vi obligado a levantar un sumario por asesinato, el cual, como se puede comprender, fué declarado nulo en Guayaquil.

de conocer siquiera en parte, esa isla tan interesante bajo todo aspecto.

Sea esta la oportunidad de tributar mi agradecimiento más profundo a los señores Dn. Roberto Celati, General Julio Plaza y Dn. Anotnio Gil Q. por el apoyo que me prestaron mientras permanecí en las islas; pues, sin ellos no hubiera podido estudiar, ni aun conocer nada de ellas. En cuanto al Coronel Pedro Jaramillo, he sabido que ha muerto hace algún tiempo, pero siempre recordaré de él, con mucha gratitud. (1)

Unas advertencias finales, y concluyo esta ya larga carta:

He preferido dejar en la relación del viaje, mi diario tal como le escribí entonces, para que así conserve las impresiones recibidas en los mismos lugares visitados. La parte aquella en la cual trato de la Geografía ya sea científica, como económica de Chatham, fué escrita cuando mi permanencia en esa isla, y la remitió el Coronel Jaramillo al General Alfaro, aún cuando ahora la he retocado y ampliado un poco. El viaje a Albemarle es la copia fiel de mi libro de apuntes, y por eso van mezcladas toda clase de impresiones, ya científicas como descriptivas; el poco tiempo que permanecí en esa isla y las dificultades que hay en ella para poder ir de un lugar al otro no me permitieron hacer un estudio más detenido como el de Chatham, y por eso también debe contener muchos errores.

En cuanto a la parte final, es decir al diario del viaje de regreso de Albemarle a Chatham en un

(1) De los tres caballeros nombrados, no vive ya sino el primero, que es el simpático y honorable caballero italiano Dn. Roberto Celati; pues tanto el General Julio Plaza, como Dn. Antonio Gil Q. murieron hace ya algún tiempo. El General Dn. Julio Plaza, fué primo hermano de nuestro ilustre General Dn. Leonidas.

pequeño bote de vela, he dudado mucho en incluirle en la relación, pues, tiene todo el aspecto de una novela de Julio Verne y se puede creer que es pura invención; pero como es seguro que usted no habría ignorado la aventura, ya que fué en compañía de algunos empleados suyos, le remito en junta de los otros manuscritos.

También debo advertirle que si he tomado mi diario desde la salida de Guayaquil, ha sido con el objeto de que los interioranos que lean esta relación, se formen una idea de lo que es una travesía en buques de vela, y de la vida que en ellos se lleva; pues creo que muchos aún ignoran lo que es una embarcación de esta clase.

Concluyo, estimado Dn. Antonio, esta larga carta, y reciba con buena voluntad mi manuscrito, el cual deseo que contribuya para hacer conocer en algo ese hermoso territorio nacional que se llama Archipiélago de Galápagos, y del cual, usted es uno de los pocos que se han preocupado de colonizarle, mediante enormes esfuerzos que no pueden ser valorados, sino por las personas que como yo, han estado allí, presenciando las dificultades que tienen que vencer diariamente.

De Ud. su muy atto. amigo y S. S.

Nicolás G. Martínez

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

DE GUAYAQUIL A CHATHAM

A bordo del pailebot "Manuel J. Cobos"

Noviembre 5 de 1906.— Son las nueve de la noche y me dirijo al Malecón en busca del lugar donde debe hallarse anclado el pailebot; se encuentra algo separado de la orilla y espera unicamente que empiece a bajar la marea, para levar anclas y partir. Paso a bordo del buque en un bote, y me encuentro con la desagradable sorpresa de que la única cámara del barco, está completamente llena, y aún esperan más pasajeros que yo no sé donde puedan caber. En cuanto a mí, resuelvo quedarme sobre cubierta, por más instancias del Capitán, quien me dice que tiene órdenes de proporcionarme un sitio en la cámara; pero prefiero dormir al aire libre, antes que en esa especie de caverna, de la cual ya se escapa un olor nada agradable, debido, sin duda, a la aglomeración de gente.

Me parece que estoy soñando, pues, en lo menos que pensaba, aún esta mañana, era en partir para Galápagos, y hay momentos en los que me arrepiento de haberme lanzado a una aventura, la cual no sé que desenlace tenga; pero en fin, ya no caben arrepentimientos y la suerte está echada, y no hay otra cosa que hacer, sino cerrar los ojos y seguir adelante, suceda lo que sucediere.

Pronto llegan los pasajeros esperados, y como empieza a bajar la marea, levantan anclas y el bu-

que se aleja lentamente de la orilla. La calle del Malecón al despedirme de la vida civilizada, se halla desierta, y sólo de vez en cuando se oyen los pasos apresurados de algún transeunte en los portales solitarios. El pailebot llega al centro del río y empieza a descender a favor de la corriente. Guayaquil desfila ante mi vista como en un cinematógrafo; las calles perpendiculares al Malecón se pierden a lo lejos como si fueran avenidas de luces, las que se reflejan en las aguas del río, como regueros de fuego.

Poco a poco los mecheros de gas y las bombillas eléctricas son más raros, y repentinamente, como si se hundiera en un cataclismo inmenso, todo desaparece al doblar la primera curva del río. De Guayaquil no queda sino el recuerdo, y un resplandor muy vivo en las nubes, como si fuera el reflejo de algún incendio colosal.

La noche se halla muy oscura, no brilla ni una sola estrella y el resplandor del alumbrado de Guayaquil ha desaparecido ya en el horizonte del Norte. El silencio es absoluto, no siendo interrumpido sino de vez en cuando, por el rumor casi imperceptible del agua, al chocar con la proa del buque, o por el chapoteo de algún pez grande, o tal vez de un caimán, al ser despertado de su sueño.

Noviembre 6.— Me despierta esta mañana una deliciosa sensación de frescura: después de haber soportado el calor de Guayaquil en las cercanías del Invierno, siento verdadero deleite al respirar a plenos pulmones, este aire puro refrescado por la brisa de la madrugada. El pailebot se halla anclado en medio del río y empieza a amanecer: el río Guayas en una mañana despejada como ésta, es de una belleza ideal, y jamás puede este amanecer, compararse con los de las cordilleras; pues, allá, el aire de una transparencia admirable, hace que se destaquen bruscamente los contornos de todos los objetos, por distantes que se encuentren,

siendo visibles hasta los más pequeños detalles; pero no así aquí, en donde el paisaje parece que estuviera envuelto en un ligero velo azulado, que confunde y difumina los detalles, dándole un aspecto de algo inmaterial y de ensueño.

El río, no muy ancho en este sitio, se halla bordeado de fajas de un verde intenso de manglares, y a la izquierda, hacia el Oriente, se ve un estero, o río, que se pierde a la distancia, bajo una bóveda de verdura, cuyas aguas reflejan las luces de tonos rosados y de oro del amanecer. Diseminadas en el río, se divisan algunas pequeñas embarcaciones inmóviles, y de las cuales se elevan, hacia el cielo azul y sin una nube, ligeras y ténues columnas de humo; y al fin, hacia el Oriente, a inmensa distancia, se destaca una colosal muralla oscura de contornos indecisos, y en la que se reconoce a la Cordillera, que se halla dominada por el gigantesco Chimborazo, que espléndidamente iluminado por el sol naciente, deja ver sus grandes campos de nieve y sus grandes ventisqueros, con una precisión y una nitidez admirable. Pocas veces creo que se pueda admirar un espectáculo más sublime y prodigioso.

Al contemplar, primero el Chimborazo y luego las aguas turbias y calientes del río Guayas, y considerando la enorme distancia que les separa, vienen a mi memoria los recuerdos de los paisajes de los diversos lugares por los cuales han debido atravesar las moléculas líquidas procedentes de la Cordillera. Veo primeramente los pequeños manantiales que surgen gota a gota o en hilillos muy delgados de alguna cavidad de rocas, rodeada de pajonales y los que se escapan turbulentos de las admirables arcadas y azules cavernas de los ventisqueros, cuando han recorrido ya las grietas y canales oscuros y misteriosos de su interior. Veo enseguida unirse varios de aquellos hilillos de agua para formar riachuelos que se deslizan por

verdes cauces de TOCMAS y *GENCIANAS, floridas, reflejando en sus pequeños remansos las nieves y rocas de los nevados o los sombríos bosques de YAGUALES de los tristes páramos andinos. Luego, estos riachuelos forman los ríos que rápidos y con innumerables cascadas descienden a la llanura, entre bosques y chaparros impenetrables, abriéndose paso al travez de gigantescas murallas de rocas, hasta que al fin, llegan a ella y corren reposados y magestuosos, entre tupidos cacaotales o en medio de verdes praderas con bosquecillos de GUADUAS y PALMERAS, reflejando en sus aguas, no ya los tristes, aunque sublimes paisajes andinos, sino las elegantes casas de las haciendas y las de los pueblos y ciudades a las cuales han dado vida. Por último, veo aquí, juntadas todas esas moléculas y convertidas en un gigantesco río de aguas sucias y calientes, las cuales traen en suspensión fragmentos imperceptibles arrancados a las Cordilleras, para depositarles en el seno del Océano aumentando, de esta manera, poco a poco, la tierra firme.

Pero ya las pequeñas embarcaciones que se hallan deseminadas en el río empiezan a moverse y nuestro pailebot no tardará en imitarles, pues, leva anclas, y sigue su camino interrumpido, a favor de la marea que baja. Entre los pasajeros venidos a última hora, tengo el gusto de reconocer a un antiguo amigo, quien en unión de dos caballeros más, va a Galápagos con no se qué comisión de Gobierno. Unidos los cuatro, procedemos a instalarnos lo mejor posible sobre cubierta, ya que tampoco ellos desean ocupar la inmunda cámara en ningún caso. Así, pues, con una vela improvisamos una tienda de campaña en la parte más alta de la cubierta del buque y tenemos un abrigo muy confortable, que nos librerá del sol y de la lluvia, y será nuestro refugio durante los largos días de navegación, que no sabe ni el Capitán cuantos sean,

ya que la duración del viaje depende del capricho de los vientos. (1)

La alimentación de a bordo, que ya he podido experimentar en el almuerzo, es de lo malo, lo peor, pues, se compone únicamente de sancocho, carne salada y galletas de barco, pero todo muy malo; pero por felicidad, mis compañeros de sobre cubierta, peritos en esta clase de viajes, han venido bien aprovisionados, y comparten conmigo sus excelentes conservas y licores. Debido a esta casualidad, no será muy mala mi vida a bordo.

El río se ensancha más y más, y se divide en varios brazos, separados por pintorescas islas cubiertas de manglares; al fondo, como cerrando el paso, asoma la isla de Puná. La marea empieza a subir y anclamos a pequeña distancia de la orilla. Presencio una soberbia puesta del sol: nunca pude imaginarme, ni he podido creer, que los objetos tomen un color de fuego tan vivo, como el que veo en este momento. Anochece, y en la playa surge de pronto una estrella de luz blanca: es el faro que se enciende en este instante.

La noche está muy oscura, y el buque continúa la marcha hacia el Golfo; el faro de Puná desaparece en el horizonte del Norte, pero inmediatamente surge otra estrella así mismo de luz blanca, que lanza sus rayos a las aguas del canal de Jambelí, en el cual navegamos ahora.

Noviembre 7.— Amanecemos anclados frente a "Estero Hondo" de la Puná; mañana brumosa y amenaza llover. Las costas de la isla se ven muy cercanas, más no así las de Balao, que apenas son visibles al travez de la bruma. Poco después de amanecido, sigue el buque costearo a la Puná, y

(1) El amigo a quien aludo aquí, fue el Cmdte. Enrique Marriot que vive todavía, los otros fueron Dn. Carlos Echeverría E. que ya murió y un joven de Manabí de apellido Hidalgo, que no sé si viva todavía.

se alcanzan a divisar algunas pequeñas cordilleras hacia el centro de la isla. Al medio día encontramos un vapor de pasajeros con rumbo a Guayaquil, y en el cual, mis compañeros reconocen al "Loa".

Por la tarde, el buque hecha anclas por última vez, frente a Punta Arenas, en el extremo Sur de la isla de Puná, y veo por primera ocasión en mi vida, el mar sin límites al Suroeste. En la costa de la isla, se divisa un bonito paisaje, al que dan alguna animación, varias casitas y la torre del faro. Muy cerca del lugar al que se halla anclado el buque, los restos de una embarcación naufraga, parece el esqueleto de algún cetáceo monstruoso, al contorno del cual, revolotean millares de alcatrazes y otras aves marinas, como gallinazos al rededor de un animal muerto. Cerca del buque, saltan muchos delfines, que me entretienen con sus alegres y graciosas cabriolas.

Otra espléndida puesta del sol, más admirable talvez, que la de ayer. Anochece y se enciende el faro de luz roja y giratorio, y el buque leva anclas y partimos hacia el golfo.

Noviembre 8.— Me despierto tarde de la noche, con el fuerte balanceo del buque; la noche completamente oscura no permite ver absolutamente nada, y de la espesa bruma cae una ligera llovizna. De pronto, a muy corta distancia veo una brillante estrella, que parece subir y bajar a compás del movimiento del barco, y poco después, una masa mas oscura que la noche intercepta el horizonte: pronto comprendo que es la isla de "El Muerto" y su faro, y por lo tanto, navegamos ya en el Golfo.

Durante todo el día, la bruma no disminuye y siempre permanece el horizonte muy nublado. Tenemos viento contrario y el buque no puede salir del Golfo, por cuyo motivo, pasa el día dando bordadas. En algunas de éstas nos acercamos

mucho a la isla de "El Muerto", cuyo aspecto es imponente al verla desde el mar y a corta distancia.

Noviembre 9.— El buque sigue dando bordadas sin poder salir del Golfo, debido al viento contrario; pero con todo, desde ayer hemos avanzado bastante, pues, ahora aquellas son más largas y van desde la isla de "El Muerto", hasta las costas del Perú. A veces nos acercamos tanto a estas, que podemos divisar a los buques que se hallan anclados en "La Boca de Tumbes", y con mucha precisión, los cerros áridos de color blanco y gris, sin ningún vestigio de vegetación, de Zorritos y de Cabo Blanco. Paisaje triste y desolado, del cual no hay idea, ni en las costas, ni en el interior de nuestra República.

Noviembre 10.— Por fin, durante la noche hemos podido salir del Golfo, y ahora navegamos en alta mar; busco la tierra por todos lados y no veo sino el mar infinito y sin límites. El viento ha soplado durante toda la noche, con mucha violencia y al amanecer aumenta de intensidad. El mar se halla lo que llaman los marinos "picado", y grandes olas vienen a romperse con furia en la proa del buque, el cual se halla por la fuerza del viento completamente inclinado a estribor. Las velas se hallan tan tensas, que parecen las pieles de un tambor, y los cables que las sostienen vibran como las cuerdas de una arpa colosal. El pailebot da verdaderos saltos como si fuera un animal fustigado y me parece que no podrá resistir mucho tiempo sin despedazarse el embate de las furiosas olas; pero la inquietud que tengo se desvanece al ver que el Capitán y los marineros se hallan muy tranquilos; pues sin duda, este estado del mar, que a mi, bisoño por completo en navegación, tanto me ha inquietado, es muy frecuente.

A veces, las olas más grandes, al chocar con la

proa, invaden la cubierta y la barren, pero felizmente, nuestro abrigo se halla en un lugar elevado, y el agua no le alcanza. El mareo es casi general, y de la cámara salen quejas y maldiciones ahogadas, y aun, dos de mis compañeros se hallan atacados del terrible mal. Yo, a pesar de los constantes pronósticos de mis compañeros en los días anteriores, no siento ni el más ligero malestar, y más bien ellos que tanto se gloriaban de ser gente acostumbrada al mar, se hallan moribundos. El verme libre del mareo, me contenta mucho, porque así puedo gozar a mis anchas de espectáculo que presenta el mar embravecido y el de la lucha del buque con las olas.

El aspecto del mar, al estar "picado", es muy interesante y hasta pintoresco; pero siento la sensación de que lo que tengo a mi vista es arena en movimiento, pues el agua ha tomado el color gris de los arenales áridos y secos. Hasta los confines de horizonte, se ven a las olas coronadas de espuma, las cuales se mueven incesantemente, como si fueran grandes manadas de borregos saltando en un arrenal, siendo esta la causa de que le denominen **aborregado**, a este estado del mar.

Por la tarde cesa la furia del viento y el mar se halla más tranquilo, pero sin embargo avanzamos con rapidez hacia el Occidente. Los marineros se dedican a pescar, y en poco tiempo extraen con los anzuelos, varios peces de color violeta obscuro y vientre plateado, a los que se ve saltar entre las olas por millares; me dicen que se llaman **barriletes** y son verdaderamente exquisitos.

Durante la noche, admiro la fosforescencia de las aguas del mar, fenómeno sumamente interesante para los que le observamos por primera vez; pues, la estela del buque se asemeja a un camino de fuegos azulados, y el agua que levanta la proa, se deshace en millares de chispas, como si fueran eléctricas.

Noviembre 13.— Nada de notable ha sucedido en estos últimos días, y el buque ha seguido su rápida marcha, merced a un viento favorable que no ha cesado de soplar. El mar ha permanecido absolutamente desierto y hasta las aves marinas han sido muy escasas y raras. Uno que otro tiburón que ronda al rededor del buque; cual tortuga, que al parecer profundamente dormida, se deja mecer por las olas, y algunas ballenas vistas a mucha distancia, han sido los únicos seres animales que hemos encontrado en la inmensidad del océano.

La vida a bordo, resulta, al fin y al cabo, sumamente monótona; pues, el espectáculo del mar infinito, llega a cansar y mucho más, cuando no se tiene un punto de comparación para comprender su inmensidad. La sensación que se tiene, es como si el buque estuviera en el centro de una hondonada, y que el horizonte se hallase muy cercano y elevado.

Esta mañana nos dice el Capitán, que no tardaremos mucho en ver tierra, pues asegura que las aves marinas, que han asomado en gran número, son de las islas y que aún, el aspecto de las nubes, es ya del que tienen en el Archipiélago. Yo supongo que estas son las únicas señales que tiene el Capitán para guiarse en el mar, porque, si bien en su camarote veo un sextante, hasta ahora no ha hecho uso de él en mi presencia; se dirige pues, por instinto.

Son las dos de la tarde y se oye el grito tradicional de "tierra" lanzado por uno de los marineros de la proa. Paso largo rato queriendo distinguirla, pero inutilmente, y sólo después de varios minutos alcanzo a divisar algo semejante a una pequeña nube de forma cónica, pero que parece que se mueve con gran velocidad en el horizonte del Oeste: un marinero me asegura que eso que yo creo que es nube, es sin embargo la tierra de

Chatham. Se halla pues, a mi vista, la isla más oriental del Archipiélago, y por fin veo con mis ojos ese mundo tan especial, del cual no tengo sino una idea muy remota, por los relatos de Darwin y de Wolf.

Poco a poco se hace la isla más visible, y aumenta de tamaño el cono que primeramente fue visto, y van surgiendo del mar, otras puntas y cerros hasta que se presenta toda ella, pero como si se hallase dividida en dos por un canal. El buque se acerca mucho a la costa y avanza a pequeña distancia de ella, hacia Noroeste y puedo ver en todo sus detalles esa naturaleza que parece la de un mundo muerto. La primera tierra que hemos visto, me dice el Capitán que se llama "Punta del Este", y que en el mapa tiene el nombre de "Monte Pitt". Este es un enorme cono de color negro absoluto, y parece medir más de 200 metros de altura sobre el mar. Luego se descubren picos abruptos, pequeñas cordilleras dentelladas como el filo de una sierra, o eminencias de formas abultadas, de color también negro o rojo. Estrechas playas de arena blanca y acantiladas, al chocar con las cuales, las olas levantan torbellinos de espuma y montañas de agua, es todo cuanto se descubre. Una vegetación raquítica y miserable, cubre a medias los flancos de las lomas y de los cerros, pero compuesta de plantas de color gris de ceniza, sin que se vea la más pequeña mancha verde.

El buque avanza lentamente hacia el Oeste, y pasa casi rozando a una roca separada de la orilla y en la cual el mar se estrella con furia, y poco después hecha anclas en una bahía tranquila, situada al Noroeste de la isla y que me dicen llamarse de "Valdizán".

¡Que paisaje tan triste y desolado se descubre en la costa!: dos cerros cónicos bastante elevados de color negro, a medio una llanura gris, en la cual se destacan algunos CEREUS y TUNAS gi-

gantescos y al fondo una cordillera pardo rojiza, forman un conjunto de aspecto tan extraño y sui-géneris, que yo no esperaba ver sino en sueños.

La tarde está espléndida, ni una nube empaña la pureza del cielo, y el sol al ponerse, parece que ha querido hacernos olvidar con su magnificencia, la impresión de tristeza causada por el aspecto desolado de la tierra. El astro agrandado por una ilusión de óptica y de color rojo de sangre, lanza rayos como de bermellón que no hieren a la vista, dejando en el mar un reguero de fuego y coloreando a los cerros negros de la orilla, con un matiz como si fueran de hierro caldeado.

Muchos lobos de mar nadan en las cercanías del buque, soplando con un ruido particular, y otros que se hallan tendidos en la playa, lanzan agudos gritos; millares de aves marinas que revolotean entre las lomas y los cerros, animan con aquellos, esta naturaleza muerta.

La noche que sigue despejada, y alumbrada con una luna espléndida, cuya luz ilumina a medias los misteriosos cerros y las playas blancas de la orilla, no es turbada sino por el ruido incesante del mar, el cual al chocar con las rocas, se asemeja al de una catarata interminente. Al contemplar este mundo nuevo y desconocido, se me viene a la memoria el recuerdo de los paisajes de la luna, que tantas veces he contemplado con el telescopio, y me figuro que únicamente en aquel astro lejano, desprovisto en absoluto de vida, se deben ver otros semejantes a éste, que producen una tristeza infinita.

Noviembre 14.— Muy de madrugada levamos anclas y partimos con rumbo hacia el Suroeste. El buque sigue costeano la isla y van desfilando cerros y cordilleras semejantes a las que ya vimos ayer, con una monotonía desesperante: los colores negro, pardo, gris y rojo, dominan en absoluto en el paisaje, y no se descubre nada verde. Los ce-

rras y las lomas aparecen ahora erizados de **tunas** y de **cereus** los cuales con sus formas grotescas, contribuyen para dar al paisaje, un aspecto de lo más raro y original.

El viento cesa y para volver a encontrarlo es preciso separarse a bastante distancia de la orilla, ya que la isla intercepta el que sopla del Oriente, y entonces se descubre mayor extensión de costas. Hasta muy al Sur, sigue el mismo paisaje desolado, pero ya en esa dirección se ven cerros más elevados y de color verde, como si estuvieran cubiertos de bosques. A la distancia se distinguen otras de las islas, y el Capitán me las va nombrando: la más cercana Barrington, algo más distante a Indefatigable, y más lejos aún, a Hood y Floreana.

Cerca de la costa y separada de ésta por un canal, se levanta una roca muy elevada, la cual me llama poderosamente la atención, por su parecido exacto con una esfinge. Nuevamente el pailebot se acerca a la costa y pasa por el canal, entre el islote y la isla; frente a la roca, en la isla se ve un promontorio elevado, el que termina en su cumbre, por una verdadera aguja, como si fuera un pararrayos, pero al verlo con el antejo, reconozco a una gigantesca tuna en forma de cruz. La roca aislada al mirarla de cerca, no pierde en nada su parecido con una esfinge, pero tiene separada, por un estrecho canal, una gran masa piramidal, que termina en una punta aguda; una y otra son muy elevadas y parece que tienen la base a gran profundidad, pues el mar en su contorno es muy tranquilo, tanto que sin ningún peligro, se podría llegar a su base en un buque. El nombre de este islote es, según el mapa de a bordo, de "Roca Kirker".

A medida que avanzamos hacia el Sur, va cambiando poco a poco el aspecto del paisaje: los cerros son más elevados y de formas redondeadas,

se ve el alegre color verde en su cumbre y aun se distinguen algunos bosques. En las playas, pequeños manglares, interrumpen con su color de esmeralda, el aspecto desolado de las rocas negras, y la vegetación, aún en las cercanías del mar, en las playas bajas, es más vigorosa y abundante.

Hacia el Sur de la roca "Kirker", se abre la extensa y bonita bahía de "Puerto Grande", limitada al mediodía, por un cerro redondo y elevado, en cuya cumbre se ven algunos manchones de bosques verdes: me dicen llamarse "Cerro Mundo", y que atrás del contrafuerte que baja de él, se halla "Puerto Chico" final de nuestro viaje. Poco tardamos en doblar un promontorio y se presenta el Puerto tan deseado: un largo muelle de madera que se interna en el mar; una playa sombreada por frondosos árboles; que cubren a medias con su sombra algunas casas, y dominando todo, un alto mastil que sustenta el faro, he ahí el Puerto, tal como le veo mientras nos acercamos. Más lejos cerros y picos agudos cubiertos de plantas y árboles agostados, estremezclados de **cereus** y **tunas** gigantescas, y arriba, cerros verdes, bosques, casas y una chimenea de fábrica arrojando torrentes de humo. Hacia el mar, dos lenguas de piedra negra, circundadas de espuma y que avanzan hasta muy lejos, y a mayor distancia, una roca aislada en el mar, que se asemeja a una balandra a toda vela.

Nos acercamos al muelle, al que lo vemos lleno de gente, y pronto sale un bote a nuestro encuentro. Echa anclas el buque y fondea algo separado del muelle; llegan los del bote ansiosos de tener noticias de la República y del mundo en general, de las que han carecido durante tres meses, y aquí mismo entrego mis cartas de recomendación al General don Julio Plaza que es uno de los recién llegados.

Como ya es tarde, se resuelve que quedemos a

bordo hasta mañana; así pues, pasaremos esta noche más en el buque. Anochece y se enciende el faro; noche oscura y brumosa, no se ve ni una estrella y la luz de la luna alumbra apenas las costas y los cerros; pero arriba, muy arriba, se ven titilar entre la bruma algunas lucécitas, las que me recuerdan que nos hallamos en tierra habitada.

LA ISLA
DE CHATAM

PRIMERAS IMPRESIONES

Noviembre 15. — Al amanecer empiezan los marineros a preparar las maniobras para acoderar al muelle el buque. Mientras concluyen los preparativos, me entretengo observando el fondo del mar, pues, el agua de una transparencia admirable, permite ver los peces que pululan al contorno del buque. Alcanzo a distinguir perfectamente a grandes tiburones que merodean a pequeña profundidad y a corpulentas rayas que se hallan tendidas en el fondo de arena blanca, que con sus aletas extendidas, parecen grandes triángulos de tinta negra con un apéndice en su base. Entre las rocas que se hallan a menor profundidad, asoman las antenas y las pinzas de enormes langostas.

No se tarda mucho en concluir las maniobras y podemos desembarcar. En el muelle nos recibe muy amablemente el simpático caballero italiano, señor Roberto Celati, Administrador del Ingenio y de la Hacienda "El Progreso". Tanto este señor, como el General don Julio Plaza, me ofrecen su apoyo y su ayuda mientras permanezca en la isla.

En el Puerto no existe sino un basto edificio, que sirve de bodegas para los productos exportables del Ingenio, así como también, para los que se importa; además se ve una casita en la cual vive el guarda faro y otra cabaña de propiedad del Capitán Lewi del Pailebot "Manuel J. Cobos", en

la cual vive con su esposa, ya que nunca sube a la hacienda.

En un sitio pintoresco a las orillas del mar y sombreado por corpulentos algarrobos, se ven algunas cruces y comprendo que es el cementerio de la isla. Busco entre las tumbas la de don Manuel J. Cobos, el famoso colonizador de la isla; pero no la encuentro, y al averiguar por ella, me dicen que no se halla aquí, sino en la hacienda, cerca de su casa de habitación.

Al internarme en el bosque de algarrobos, que cubre la playa vecina al puerto, quedo sorprendido por la abundancia y más aun, por la mansedumbre de unos pajaritos, los cuales no huyen al acercarme, sino que más bien revolotean como un enjambre de moscas a mi contorno. Si quisiera los podría tomar con la mano, pero me abstengo de ello, ya que no veo el objeto de asustar a tan simpáticas avecitas.

Como un violento contraste con estos bonitos y simpáticos pajaritos, encuentro en una roca de las orillas del mar, en la cual se estrellan las olas, a los seres más repugnantes y feos que yo he conocido: las iguanas marinas, que negras como carbón, se hallan tendidas en gran número, recibiendo el sol de fuego que cae sobre ellas. No puedo evitar un movimiento como de espanto, al encontrarme tan de improviso con unos animales tan monstruosamente feos; pero vence la curiosidad y me acerco para verlos mejor, pues son los últimos representantes de los gigantescos saurios y reptiles marinos, de la Epoca Secundaria; pero de pronto saltan todas y desaparecen en los torbellinos de espuma.

En las rocas, en las playas y en los palos del muelle, se ven millares de cangrejos de diversos tamaños y colores, y miles de gaviotas, alcatrazes y otras aves marinas, animan este paisaje tan especial, alumbrado por la luz del sol en un cielo

sin nubes, y que se refleja en las aguas tranquilas del mar, como en un gigantesco espejo.

Pero al fin llegan los caballos que deben conducirnos, en algo más de una hora, a la hacienda, la cual se halla situada a cosa de cinco millas de distancia y ya en la región húmeda y fértil de la isla; pronto montamos en ellos para subir la cuesta empinada que nos separa del Ingenio "Progreso".

El pequeño bosque de algarrobos termina a pequeña distancia de la orilla, y entramos en un caos de rocas negras, las cuales con las herraduras de los caballos, suenan como si fueran planchas de acero; luego, por todas partes se ven pequeños cerros cónicos y lomas resquebrajadas en mil pedazos y en todo sentido, y campos extensos cubiertos de piedras sueltas, los que recuerdan las **morenas** de los ventisqueros de los nevados, y el todo medio oculto por una vegetación raquítica y miserable, compuesta en su totalidad de árboles y arbustos sin una sola hoja, y entre los cuales se levantan gigantescos **cereus** y tunas, como si fueran descomunales candelabros. Millares de lagartijas se cruzan en el camino, cubierto de un polvo rojo, como de ladrillo molido, muy tenue, y respiramos un aire caldeado por un sol de fuego.

A pequeña distancia del Puerto, y a la derecha del camino, se levanta un cerro más alto que los demás, de figura cónica perfecta, pero tan despedazado, que parece que una mina colosal hubiese hecho explosión en su interior. Hasta ahora es muy visible la figura del cráter, el cual se halla circundado en los bordes, por **cereus** descomunales, los que le dan el aspecto más raro que se puede imaginar.

A medida que ascendemos las primeras lomas, por un camino bastante bueno, cambia el paisaje de aspecto; pues, aun cuando es siempre el mismo bosque de árboles y de arbustos agostados y como muertos, son éstos, con todo, más corpulentos;

las piedras no ocupan todo el terreno y desaparecen las lagartijas.

Dejo el caballo y me interno algunos metros en el interior de este bosque: que aspecto tan raro tiene: ni una hoja, ni una rama verde, ni el mas ligero musgo o césped cubre el suelo de color negro o rojo; las ramas y troncos escualidos de color de ceniza y como si estuvieran quemados, parece que jamás volverán a la vida, abrazados por un sol de fuego que reverbera en las rocas negras del suelo. No se ve volar ni una mosca, mucho menos aves, en este bosque que parece petrificado, y solamente, bajo las piedras negras, descubro gigantescos cientopiés, grandes como pequeñas culebras, como dignos habitantes de estas regiones propias para una pesadilla.

Pero casi sin transición llegamos a la región húmeda, y como muy bien dice Wolf, todo cambia como por encanto: el bosque es muy espeso, pero compuesto de árboles pequeños, rechonchos y coposos; algunas lianas enlazan a los troncos llenos de nudos, o se cruzan de uno a otro árbol, pero me sorprende no ver ni una flor en estos, ni entre el césped del que se halla cubierto el suelo; en cambio veo muchos helechos y una bonita **bromeliacea** en las ramas de los árboles y arbustos. Después de haber atravesado la región desolada, seca y ardiente un momento antes, causa una sensación de bienestar indecible, el aspecto del bosque, poblado de aves y de mariposas, y más aun, al respirar un aire húmedo y fresco, cargado del aroma que despiden los musgos y los helechos.

Al coronar una loma más empinada, cubierta de bosques verdes, y por la cual sube el camino en zigzag, encontramos una puerta en cuyo dintel se lee en grandes letras rojas "Ingenio Progreso", y se presenta un hermoso paisaje, que me recuerda vivamente el de los campos interandinos, a pesar de los cañaverales que se ven en primer tér-

mino; pues detrás de ellos se divisan potreros en los que pastan ganados de diversos colores, y más lejos, cerros redondos de color verde esmeralda, enteramente semejantes a los que se hallan en los Andes. Mucho más cerca se divisan las casas de la hacienda, medio ocultas entre bosques de árboles frutales, y dominadas por la chimenea del Ingenio, que arroja torrentes de humo, como si fuera una pequeña erupción volcánica.

Por una ancha avenida, bordeada de cabuyas blancas, como en la Sierra, y sombreada por naranjos, hobos y otros árboles frutales, atravesamos rápidamente la llanura; pasamos por delante de los edificios del Ingenio, y momentos después dejábamos los caballos en el patio principal de la casa de la hacienda "El Progreso".

El Jefe Territorial Coronel Pedro Jaramillo, a quién he sido presentado, me propone que permanezca en la isla desempeñando el cargo de Comisario, que se halla vacante; vacilo un poco antes de aceptar la amable propuesta, ya que para lo que menos sirvo es para ese empleo, pero en vista de la insistencia del Coronel Jaramillo, y más aun, porque de esa manera puedo permanecer aquí durante algún tiempo, sin ser gravoso para la hacienda, le agradezco y acepto el cargo.

La casa de habitación de don Manuel J. Cobos, es de aspecto muy feo, como todo edificio de madera que no haya sido pintado; pero en cambio, es amplia y cómoda, y además, como se halla construida sobre una eminencia, permite dominar desde ella, tanto al Ingenio, como a la pequeña población que forman las habitaciones de los trabajadores. No tiene acceso sino por un solo costado, y constituye así, una verdadera fortaleza, desde la cual, Cobos hubiera podido defenderse perfectamente el día de su asesinato, al no ser herido a traición.

De las galerías y corredores de la casa, se goza

de hermosas vistas, que no me canso de admirar: al pie, del lado del mar, se encuentran en primer término, los grandes edificios del Ingenio, dominados por la alta chimenea, detrás un bosque frondoso de naranjos y otros árboles coposos, del que sobresalen algunas palmeras, luego, grandes cañaverales y potreros, entremezclados de grupos de bosques y corpulentos árboles aislados; más lejos, los bosques grises y las rocas negras de la región baja, y a la distancia, el mar infinito, de color azul obscuro, interrumpido en su uniformidad, por las lejanas islas de Hood, Florean, Barrington y Chávez o Indefatigable. Al lado contrario, se hallan las casas de los peones y empleados, en su mayor parte cubiertas con paja de caña, y al centro de esa especie de pueblo, la medio derruida casa de Gobierno, cuyo aspecto lamentable, contrasta con los cañaverales, potreros y bosques de naranjos, guabos y plátanos, que se hallan dominados por un cerro alto, de faldas muy tendidas, que termina en una cúpula redonda.

El Coronel Jaramillo, que desde ahora será mi Jefe, es un hombre anciano, que seguramente debe contar más de 80 años; pues él mismo me dice, que ya combatió el 6 de Marzo de 1845; además me asegura que él fué el primer Jefe Territorial del Archipiélago, cuando se promulgó el decreto que le organizaba civilmente. Ahora el Coronel Jaramillo es un hombre demasiado viejo, y por su misma edad tan avanzada, le creo incapaz para desempeñar como es debido su cargo. Pero con todo, me parece un hombre de conversación muy agradable y entretenida, dados los muchos años que ha intervenido en la política de nuestro país.

De la misma manera, los señores Celati y Plaza, me parecen personas muy simpáticas, cultas e instruidas, por lo poco que he podido juzgar aun; pero su trato amable y su exquisita cultura, me han

hecho conocer desde el primer momento, que son verdaderos caballeros.

Noviembre 16.— Mi primera visita esta mañana ha sido para el Ingenio, enorme edificio de madera y con cubierta de hierro galvanizado, de aspecto muy feo y deforme; se conocí que ha sido hecho poco a poco y a remiendos, a medida que la maquinaria ha ido en aumento. Los aparatos son en su mayor parte nuevos y de los últimos sistemas, pero a su lado se ven otros viejos y casi inservibles. A los primeros pertenecen el TACHO al vacío, el aparato de TRIPLE EFECTO y el trapiche, siendo este último el más grande que yo he conocido, inclusive los que he visto en los ingenios de la Costa. La fuerza necesaria para mover toda la maquinaria, y el vapor para las diversas operaciones de la fabricación del azúcar, se obtiene por medio de tres grandes calderas, capaz cada una de producir 150 caballos de vapor. El combustible que se emplea en los hornos, es la leña y el bagazo de la caña, desecado con este objeto, en un edificio apropiado.

Para el transporte de la caña, desde el campo hasta el Ingenio, existe una línea férrea portátil, sistema Decauville, sobre la que ruedan, varios carros halados por bueyes. Me aseguran que Cobos tenía el proyecto de dotar al Ingenio con una locomotora, lo que seguramente hubiera ya sido una realidad, sin la muerte de este hombre de energía excepcional.

El transporte del azúcar y de los otros productos de "El Progreso", hasta las bodegas de "Puerto Chico" así como también, de las mercaderías y víveres importados a la isla, desde aquellas a la hacienda, se hace por medio de grandes carretas tiradas por dos o tres parejas de bueyes, debido a la fuerte gradiente del camino, que en partes, seguramente pasa del 12 por ciento.

Al salir del Ingenio, voy a visitar las tumbas de

Cobo y de Reina, situadas a corta distancia, al medio de un campo inculto. Una sencilla construcción de mampostería, rodeada de una verja de hierro, contiene los restos del hombre que fué como el Dios de la isla. En la misma construcción reposan también los restos del Sr., Leonardo Reina, Jefe Territorial, asesinado al mismo tiempo que Cobos. Si este fué culpable, no es muy fácil el juzgarlo, pero no así el infeliz señor Reina, anciano incapaz de hacer daño a nadie, y muerto únicamente por el placer de matar, por una turba enfurecida.

Durante el resto del día, recorro los alrededores de la hacienda, y primeramente voy a un gran cafetal situado al Sur. El camino que conduce a él, ancho y apropiado para recibir la línea férrea durante la época de la zafra, atravieza un campo inculto y luego un cañaveral muy extenso, limitado por el bosque frondoso que forma el cafetal.

Tengo a mi vista un paisaje que me recuerda los campos de la Costa; pues las calles que cruzan el cafetal, se hallan sombreadas por plátanos, cuyas gigantescas hojas, ocultan a medias a los arbolitos de café, literalmente cubiertos de flores, tanto que parece que ha caído sobre ellos, una copiosa nevada, siendo el todo sombreado por corpulentos árboles de guaba, con sus copas en forma de parasol, o por naranjos y pomarosas floridos.

Como un contraste con el cafetal, voy poco después a las chacras de los peones situadas al Norte, y si al Sur he visto un paisaje tropical, aquí me encuentro con uno netamente serrano; pues, las casuchas cubiertas de paja, las sementeras de maíz y sobre todo, el encontrar en los caminos, a indios e indias con sus vestidos característicos, arreando burros cargados de choclos y otros productos, me recuerdan los campos andinos ahora tan distantes. De manera, pues, en pocas horas he podido disfrutar de paisajes que en el Continente, se hallan se-

parados por muchas leguas, y que no puede recorrerse sino en algunos días.

Noviembre 17. — Esta mañana soy invitado por los señores Celati y Plaza, a una cacería y a un almuerzo en las orillas de la laguna de "El Juncos", situada, según me dicen, en la cumbre de uno de los cerros más elevados de la isla. Mis compañeros van armados con fusiles Manglicher calibre 11, y juzgo que la caza será a las reses salvajes, que todavía dizque hay algunas.

Por un camino ancho, que atravieza una hermosa región de prados, dividida en grandes parcelas, por cercas vivas de limoneros y de naranjos, ascendemos los tendidos flancos de los cerros, que dominan a los cañaverales y al pueblecito de la hacienda. Coronados los últimos cerros visibles desde abajo, llegamos a extensas llanuras onduladas y casi cubiertas en su totalidad, por chaparrales de helechos; infinidad de charcas y de pequeñas lagunas, rodeadas de juncos, brillan con los rayos del sol, y por todas partes, grupos de vacas y toros, como en nuestros páramos, dan vida a este simpático cuadro, el cual me recuerda vivamente la cordillera Andina, en la cercanía de los pajonales, hacia el límite de los cultivos.

Al salir de los límites de la hacienda, cercada toda ella con alambre de púas, no cambia el aspecto del paisaje, pero aquí los toros y vacas son remplazados por grandes partidas de burros salvajes, quienes con las orejas hacia adelante, contemplan atónitos al hombre. Nos dirigimos hacia la primera manada, pero el más cercano de la hilera que forman, levanta la cabeza, y lanza un rebuzno colosal, al cual contestan todos los de la fila y salen disparados al galope tendido, para situarse más lejos, así mismo formando una hilera perfecta. Esta escena se repite invariablemente con todas las manadas que encontramos en el camino.

Además de los burros, vemos también pequeñas

partidas de perros, generalmente blancos, de diversos tamaños, los cuales al vernos huyen lanzando terribles aullidos, o protestan con furiosos ladridos, contra nuestra presencia en sus territorios.

El encuentro de los burros y de los perros en un completo estado silvestre, creo que será una de las mayores curiosidades que halle en la isla, pues supongo que esto debe ser muy raro en todo el mundo. Los burros pertenecen a una raza hermosa, y no se diferencian en nada a los del Continente, pero aquí, en completa y absoluta libertad, ya han dejado de ser esos animales deformes, llenos de lastimaduras y con hambre perpetua que estoy acostumbrado a ver, pues, éstos son ágiles, de mucha vivacidad, y sobre todo, muy gordos y lucios. Por todas partes se cruzan los caminos hechos por estos animales, pues aquí no han perdido la costumbre de caminar invariablemente todos ellos por el mismo lugar que han seguido los otros; las sendas abiertas entre los helechos y el césped, por los cascos de estos animales, van seguramente a dar en algún bebedero, o en un **revolcadero**, en forma de plazoleta.

En la cumbre de un cerro elevado y de forma cónica, se halla la laguna de "El Junco", sitio indicado para el almuerzo, y a fé, que no podían escoger un lugar más adecuado para pasar un momento agradable. La laguna, de un diámetro de más o menos docientos metros, es perfectamente circular y ocupa, sin la menor duda, el cráter extinguido de un volcán. La profundidad, según me han asegurado, es muy grande, tanto que cuando Cobos le había hecho sondear, no encontraron fondo a más de 50 metros. Los taludes que descienden hasta el agua, son muy tendidos, y se hallan cubiertos de helechos y de chaparrales de un licopodio, y entre los primeros se ven algunos ejemplares de una hermosa variedad arbórea.

Al ver el paisaje que nos rodea, se figura haber sido transportado a los páramos andinos, porque la laguna es una reproducción exacta de tantas semejantes que he visto en nuestras cordilleras. Además, los cerros altos cubiertos de césped y con grandes manchas de paja amarilla; las charcas y pantanos que se ven diseminados en varios lugares; los patos que nadan en la laguna y que revolotean en el aire, y la atmósfera húmeda y fresca que se respira, hacen que la ilusión sea completa. Pero, al extender un poco la mirada, siento una sensación extraña, al ver por todas partes el mar infinito, en vez de los grandes nevados, y de la inmensidad magestuosa y triste de los páramos. El mar al ser contemplado desde esta altura de más de 500 metros sobre él, tiene un color azul obscuro, salpicado hasta donde alcanza la vista, por quequeñas manchas blancas. Las costas de la isla que miran hacia el Oriente y al Sur, se hallan circundadas de una faja blanca de espuma, debidas, sin duda alguna, a la corriente marina, cuyas olas al chocar con los acantilados de la orilla, levantan montañas de agua. También se divisa perfectamente, una línea ondulada, muy bien definida, que se pierde en el horizonte del Oeste, la cual creo que no sea otra cosa que la división de las aguas de la corriente, de las tranquilas que se hallan defendidas por la isla.

Desde aquí se domina toda la parte Norte de la isla, la cual parece formar un cuerpo separado de la del Sur, tanto por su topografía, como por su aspecto geológico; pues, mientras en la parte donde me hallo, se ven cerros verdes, bosques y praderas, allá no se ven sino picachos negros dentellados, y campos de color pardo rojizo, griz y también negro. Se divisa perfectamente el cono de la "Punta del Este", y la gigantesca esfinge que no pierde su figura, conocidos durante el viaje, y

además, toda la costa recorrida, como si fuera en un mapa en relieve.

A la distancia sobresalen del mar, algunas de las otras islas, como si fueran animales fantásticos; se percibe perfectamente, en algunas de ellas, las fajas de espuma que las circunda, y en el horizonte del Oeste, como si fuera una nube oscura, alcanzo a ver a Albemarle, la isla más grande e importante del Archipiélago.

Concluído el almuerzo, en el cual por cierto, no ha faltado ni el vino, ni la cerveza, refrescados en el agua fría de la laguna, mis compañeros se dirigen a la cacería; pero yo prefiero quedarme en este lugar, desde el cual domino todos los campos cercanos, y también, porque no tengo ningún interés en ir a asustar a los pobres e inofensivos animales salvajes.

Oigo algunos disparos de fusil, y dirijo mi mirada en esa dirección, y francamente, no puedo creer lo que veo, pues los animales cazados y perseguidos como a fieras, son los burros, sí, los infelices burros, que hasta en estos lugares lejos de lo que llamamos civilización, son perseguidos y martirizados por esa verdadare fiera feroz que se llama el hombre. No alcanzo a comprender que gusto, que placer, puedan encontrar en herir o en dar muerte a tan simpáticos animales, pero parece que el hombre, por civilizado que parezca, siempre se complace en destruir lo creado por la naturaleza, sin que le guíe ningún objeto. Veo a los pobres animales, correr desbandados y a algunos revolcarse en el suelo, heridos, sin duda por alguna bala. En poco tiempo, las grandes partidas de burros que pastaban tranquilamente, desaparecen en los bosques de las regiones más bajas, y únicamente quedan abandonados para que sirvan de banquete a los perros silvestres, los infelices vivos o muertos, que han sido alcanzados por las balas.

Felizmente, dura poco tiempo esta atroz esce-

na, y los cazadores regresan ufanos y muy satisfechos de sus hazañas, como si se hubiera tratado de una cacería de leones o de tigres, y pondera cada uno su buena puntería, enumerando los animales que ha herido o muerto. Este horrible episodio, amarga un tanto el placer que sentía momentos antes, y regreso a la hacienda muy triste, al comprender, una vez más, que el hombre siempre es cruel, talvez por atavismo inmemorial, y siendo todavía lo peor, que no se da cuenta de ello.

CAPITULO III

CHATHAM.

ALGO DE LA HISTORIA NATURAL DE ESTA ISLA

En los capítulos anteriores he relatado, tomando de mi diario, el viaje de Guayaquil a Chatham, y mis primeras impresiones en esa isla; ahora trataré de hacer conocer algo de mis observaciones personales, sobre la topografía, la geología, el clima, etc., así como también, mi manera de pensar sobre las facilidades que presta esta isla para la colonización y sobre los cultivos que serían los más adecuados en las diferentes zonas en las que se divide.

Pero, primeramente debo advertir, que no tengo las pretenciones de sabio ni muchísimo menos; pero yo creo que no se necesita de mucha sabiduría, para poder estudiar la constitución física de un lugar, y para apreciar las ventajas que puede él mismo prestar para el desarrollo agrícola e industrial. Yo permanecí en la isla durante algunos meses y entonces pude estudiar algo detenidamente el partido que se puede sacar de ella, y me convencí que si alguna vez se coloniza el Archipiélago, esa isla sería una de las más preferidas; pues, la abundancia de agua dulce, que es el punto principal que se debe tener en cuenta, la extensión de terreno cultivable y la gran hacienda que hay ya establecida en ella, la cual puede mantener con sus productos una población bastante considerable, hacen que esta creencia mía sea muy fundada.

Se hallan en un error, los que suponen que toda la isla pertenece a los herederos de Dn. Manuel J. Cobos, porque ellos no ocupan sino a lo más, una tercera parte del terreno susceptible de cultivos, estando por lo consiguiente, libres para los que deseen ocuparles, grandes extensiones de un suelo de fertilidad prodigiosa, los cuales pueden producir una masa considerable de productos agrícolas. (1)

TOPOGRAFIA

La isla de Chatham tiene una extensión aproximada de 50 kilómetros cuadrados, y su forma es la de una elipse. El diámetro mayor, desde el Monte Pitt, o Punta del Este, situado al Nordeste, hasta la punta de Wreck, al Suroeste, es de 40 kilómetros, con un ancho que varía de 5 a 8 kilómetros.

La isla se halla dividida por un istmo, o mejor dicho una depresión, en dos partes, en un todo dis-

(1) Después de mi viaje, he llegado a saber que los herederos de don Manuel J. Cobos, pretenden el dominio de toda la isla de Chatham, tanto que, según me han asegurado, impiden que otra persona vaya a ella para emprender algún negocio. Esto me parece un verdadero absurdo porque sería lamentable y un contra sentido, que hasta en el Archipiélago, cuyo territorio útil es limitado, hayan latifundios, pues, ¿a donde iríamos a parar, si cada una de las islas perteneciera a un solo propietario? ¿como se podría incrementar la colonización, con pequeños propietarios, que son los que conviene allí, si todo el territorio se halla en poder de unos cuantos latifundistas? Además, estoy seguro que ni don Manuel J. Cobos se creyó dueño de toda la isla, pues recuerdo que al ver los restos de una cerca, fuera del límite de la hacienda, me dijeron que la había mandado a construir en cierta ocasión que, no recuerdo quién, había tratado de establecerse en la isla, para de esa manera aumentar el tamaño de su hacienda. —Ahora bien, si Cobos se hubiera creído dueño de toda la isla ¿hubiera tomado esa precaución?

tintas: la del Norte y la del Sur, siendo esta última la más importante, porque ocupa, talvez, las tres quintas partes de la superficie total.

Por efecto de la gran corriente marina de Humboldt y por los vientos dominantes, que hacen que el mar al chocar con la costa, no permita la formación de playas, el litoral del Este y del Sur es muy acantilado, y el terreno se levanta rápidamente hasta las mayores alturas. Pero no sucede lo mismo en la parte del Oeste y del Norte, donde el litoral es compuesto de playas anchas y el terreno se eleva poco a poco hasta los lugares más elevados. Las costas son sumamente desiguales, por la infinidad de cabos, puntas, bahías y ensenadas, siendo esta la causa, para que su desarrollo sea muy superior a cualquier lugar del Continente, en una longitud semejante.

La región del Norte, se halla cruzada en todos sentidos, por pequeñas cordilleras de escasa elevación, las llanuras intermedias son poco extensas y de terreno muy desigual; pues, es un laberinto de cerros y de cordilleras, casi imposible de determinar. La altura mayor de esa parte, no pasa de 240 metros, que es la que alcanza el Monte Pitt, las otras no llegan ni a 150.

La región del Sur, se halla ocupada por una cordillera central, con dirección del Estenoreste a Oestesuroeste, destacándose sobre ella, el cerro de San Joaquín, con una altura que pasa de 700 metros sobre el nivel del mar. En la parte superior, se extienden llanuras onduladas, con pequeños cerros cónicos diseminados sobre ellas; de sus flancos salen ramales en todas direcciones, hasta las cercanías del mar, separados por anchos valles y profundos barrancos; levantándose, además, en las playas, algunos cerros aislados de escasa elevación.

De los diferentes islotes que se ven en las cercanías de la isla, el más importante es el formado

por la roca Kirker; su altura sobre el mar es de 122 metros, y como su base se halla a 55 metros de profundidad, la altura absoluta es de 177 metros. Los demás islotes y rocas son insignificantes.

HIDROGRAFIA

En la isla no hay ni un solo río, y solamente existen varios manantiales pequeños, pero de un caudal tan escaso, que unicamente uno llega hasta el mar, y desemboca en la bahía de "Agua Fresca"; el agua de los demás, desaparece en las grietas de la lava de la parte baja de la isla. Como es muy natural, casi todos estos manantiales se hallan en las partes altas del Sur y del Este, que son las más húmedas de la isla, debido a que reciben directamente los vientos cargados de humedad que soplar de esa dirección; solamente se encuentran tres vertientes muy pequeñas al Oeste, y al Norte no se ve ni una sola. El agua necesaria para las diferentes operaciones del Ingenio Progreso y para el consumo de los habitantes, proviene en su totalidad de los manantiales del Este y del Sur, y a la hacienda llega por un canal de zinc, de construcción muy particular, fabricado por un individuo que parece que no ha tenido la menor noción de hidráulica. Independientes a los manantiales que ocupa la hacienda, existen varios así mismo en la parte superior, y en una exploración efectuada por mí con este objeto, pude contar once, cuyas aguas reunidas, podían dar una cantidad muy regular. Como también es muy natural, el agua de los manantiales aumenta o disminuye según sea el año lluvioso o seco, pero en ningún caso desaparece en lo absoluto.

Además de las aguas corrientes, existe el depósito natural de la gran laguna de El Junco, de doscientos metros de diámetro y gran profundidad, la

cual jamás baja de nivel, pues parece que desembocan en ella, varios manantiales subterráneos. Existen también otras lagunas, y una de ellas llamada de "La Soledad", es de regular tamaño, pero me han asegurado que cuando el año es excepcionalmente seco, llega a desaparecer, aun cuando esto sucede rarísima vez.

GEOLOGIA

La formación geológica de esta isla, como de todo el Archipiélago, es puramente volcánica; pues, los sabios que la han visitado se hallan conformes en este punto. Sin embargo, no han faltado viajeros que han supuesto que estas islas, no son otra cosa que las cumbres de las montañas de un continente hundido en el mar, queriendo explicar de esta manera la presencia en ellas de aves terrestres y plantas análogas a las de la costa del Continente; pero ya el doctor Wolf rebatió esta idea, y no soy yo quien pueda añadir una palabra más, a lo afirmado por el sabio Geólogo.

También la idea de que sean formadas por el levantamiento del fondo del mar, ha tenido algunos partidarios; pero tampoco es esto posible, porque, entre otras razones para que sea inadmisibles esta hipótesis, se halla la de que jamás se han encontrado en sus terrenos fósiles de ninguna clase, ni siquiera en las cercanías del mar. Como bien dice el sabio nombrado, la forma cónica de todas ellas, demuestra hasta la evidencia, que se han formado mediante erupciones volcánicas sucesivas, en el transcurso de millares de años; conociendo aun cuando sea superficialmente las islas, nadie podrá dudar de esta verdad.

No es necesario ser geólogo de profesión, para notar la diferencia que se observa en la formación de las dos partes de la isla, la del Norte y la del

Sur. La primera indudablemente es más moderna; las lavas que la forman son en su mayor parte de colores oscuros, las cuales circundan a pequeños conos y cráteres de toba, amarilla rojiza, que se hallan diseminados como si fueran islas, en medio de ese mar de rocas negras. Las corrientes de lava, que son innumerables, han sido arrojadas por volcanes de pequeña elevación, y cada uno de los cuales, muestra aun su cráter terminal perfectamente conservado. Los conos y cráteres de toba, que se hallan rodeados de lava, seguramente son mucho más antiguos, y pertenecen a la formación que el doctor Wolf, llama de **palagonita**.

Primitivamente, cada uno de estos conos y cráteres de toba, ha debido formar islotes separados, como se ven todavía en otros lugares del Archipiélago, siendo unidos por la base, por las corrientes de lava de los volcanes modernos. Al observar esta región de un lugar elevado, como por ejemplo de las montañas del Sur de la isla, es exacta la comparación con algunas regiones de la luna; pues esa infinidad de cráteres negros, de aristas vivas y sin descomposición, es muy semejante al aspecto que presenta ese astro, al verlo con un telescopio algo potente.

La parte del Sur, también volcánica, es sin duda alguna, mucho más antigua, y es probable que en ella ya habría vegetación, cuando se fue formando la del Norte, la cual y al fin, por sucesivas erupciones, quedó unida a la primera que apareció sobre el nivel del océano. Pero si creo que sea contemporánea, o muy poco más moderna, de los cerros de toba del Norte, pues el aspecto de éstos es semejante a la masa de la cordillera del Sur.

Esta parte de la isla, se ha levantado del fondo del mar, mediante grandes erupciones de lava únicamente, y tal vez, por obra de un solo cráter gigantesco, análogo a los que aun se ven en Albe-

marle; pero después, fueron formándose muchos pequeños, en los flancos y bordes del antiguo, los que han hecho erupciones de materiales sueltos, como cenizas, lapilis, piedra pómez menuda, etc., los cuales cegaron el cráter primitivo, y al compactarse en el transcurso de los siglos, han formado las potentes capas de toba y de arenisca, que cubren casi en su totalidad, a las rocas de las erupciones primitivas. Desde luego, no por esto han dejado estos cráteres de arrojar también lava en fusión, pues las piedras sueltas y redondeadas que se encuentran en todas partes, y **sobre la capa de toba**, particularmente en los planos inferiores, prueban suficientemente, que salieron de los cráteres, en estado pastoso, y se redondearon al descender por las laderas de los cerros. (1)

Actualmente es muy difícil reconocer la forma de los cráteres, debido a que se hallan ocultos por las capas de toba, pero con todo, queda uno perfecto, sobre uno de los cerros cónicos más elevados, y es el que forma ahora, la hermosa laguna del Junco. De todos los demás, ya no quedan sino restos apenas visibles, en los demás cerros que coronan la meseta superior. Pero, en las cercanías del mar, se han formado algunos conos volcánicos, que aun conservan sus cráteres en perfecto estado, y por los cuales han arrojado la misma lava negra que se ve al Norte. Es, pues, indudable que aun en la parte del Sur, se sucedieron erupciones posteriores a las que formaron el esqueleto de la isla, ya que fácilmente se puede recono-

(1) Ahora, después de haber presenciado las erupciones del Tungurahua, en los años de 1916 a 1918, no me queda la menor duda de que las enormes capas de toba que se hallan, especialmente en la parte superior de Chatham, son provenientes de gigantescas "NUBES ARDIENTES"; pues al igual del terreno que formaron las del Tungurahua, en la toba de la isla, se ven trozos de lava y de bombas volcánicas, y grandes cantidades de piedra pómez menuda.

cer las diferencias esenciales entre las dos lavas, tanto por su color, como por su textura.

En cuanto a la masa principal de la isla en la parte del Sur, me parece análoga a la región volcánica de los Andes, porque las lavas de colores claros y con cristales de feldespato, se asemejan mucho en el aspecto exterior a las Andesitas, aun cuando, según dicen, el análisis ha demostrado que son basálticas. Estas últimas, del color negro que le es característico, se hallan circunscritas a la región del Norte, y a la parte más baja de la del Sur.

Otra analogía que se encuentra entre el terreno volcánico del Interior de la República, con el de la parte Sur de Chatham, es la de las capas de toba que cubren las rocas; pues, son enteramente semejantes a las de **cangahua** que reposan sobre las corrientes de lava de los volcanes Andinos, porque, de la misma manera las cubren por completo, manteniéndoles intactas y sin vestigios de descomposición. Las capas de toba son en la isla de mucha potencia, y en los cortes que se han formado por la erosión en algunas quebradas, se puede apreciar su espesor que pasa de 30 metros, siendo, al parecer, uniforme, tanto en la parte superior, como en la inferior, en los sitios que se han librado de la invasión de lava negra basáltica.

Algunos de los cerros que dominan la meseta superior, así como también "Cerro Mundo", que se levanta aislado entre Puerto Grande y Puerto Chico, se hallan compuestos de lava escoriacea fragmentaria, y parece que han formado parte de los cráteres extinguidos. "Cerro Patricio", que se halla en la playa y cercano al mar, es únicamente de lava negra brillante y compacta, y presenta en la cumbre, un cráter muy bien conservado. En las inmediaciones de la casa de la hacienda, existe un pequeño cerro cónico, formado exclusivamente de lava roja, de grano muy fino, y de la consistencia de la piedra que en Ambato se llama

Pishilata, el cual también muestra en su cumbre, un pequeño cráter, medio cegado por la toba compactada.

A mi modo de ver, el terreno vegetal de la isla, no es, como dice Wolf, el resultado de la descomposición del basalto, por los agentes atmosféricos, sino más bien el de la toba, porque ya lo he dicho, debajo de esta última, se encuentra la roca intacta y sin ningún vestigio de descomposición, pues conserva sus aristas desiguales que han debido tener al formarse. (1)

En cuanto a la edad de las islas, veamos lo que dice Wolf, refiriéndose a todas ellas: "Geológicamente hablando, las islas de Galápagos son de una formación bastante moderna, y su edad no recula más allá de la Época Terciaria, siendo muchas partes todavía más modernas, y perteneciendo a la formación geológica actual". De tal manera, que la parte Sur de esta isla, que es la más antigua, ha tenido su origen en una época que puede ser calculada en centenares de miles de años atrás, y solamente así se puede comprender, que se hayan formado quebradas profundas en las rocas compactas y duras, mediante la erosión ocasionada por los escasos manantiales, aun en las épocas más lluviosas. La parte del Norte, con excepción de los cerros de toba, y algunos lugares aislados de la del Sur, ya pertenecen a la formación actual, y yo no creo difícil, que explorando detenidamente esa región, se encontraría vestigios de actividad volcánica, en alguno de los infinitos cráteres que allí existen.

(1) También en éste y teniendo en cuenta la analogía que existe entre los terrenos resultantes de la descomposición de la cangahua y los de la isla, me reafirmo en mi opinión; pues ahora creo que entonces estuve en lo cierto, aun cuando sea contrariando lo afirmado por el doctor Wolf, quien llevado, talvez, por una idea preconcebida, no estudió el asunto con la detención debida.

Una particularidad muy notable en una región puramente volcánica, es la de que jamás, desde que hay habitantes en la isla, se ha sentido ni el más ligero temblor, circunstancia que prueba, que no todas las regiones volcánicas son propensas a los movimientos sísmicos.

METEOROLOGIA

Del clima puedo decir muy poco, porque la carencia de instrumentos me impidió hacer de él, estudios algo detenidos; pues, como mi viaje a la isla fué tan repentino, no pude conseguir ni siquiera un termómetro; pero con todo, puedo repetir lo que dice sobre este asunto, el tantas veces nombrado doctor Wolf: "El clima de las islas de Galápagos, es uno de los más sanos y agradables del mundo". Y en esta afirmación no exagera en nada el ilustre geólogo, ya que difícilmente se podrá encontrar en el mundo, un lugar, situado en plena zona tropical, en donde jamás hay excesos de calor y de frío, como pasa en el Archipiélago, de Galápagos, en su zona alta; pues, aun en los mismos valles de clima templado de la región interandina de nuestros Andes, como el de Patate, Baños, etc. hay siempre oscilaciones bruscas de temperatura y de humedad. (1)

(1) Sin duda alguna, cuando se hizo la primera edición de este librito, la cual salió tan llena de errores y de omisiones, este párrafo fué mutilado, o talvez cambiado en parte, pues, existe manifiesta contradicción a lo que escribo en el siguiente; y también, es seguro, que cuando se hicieron las correcciones necesarias en el texto de la primera, para la segunda, pasó desapercibida esta circunstancia. Pues, en los apuntes originales que escribí en Chatham, los que me sirvieron para la redacción de esta parte, encuentro los párrafos siguientes, que prefiero copiarles íntegros, porque los creo

Como en toda región que se encuentra en los trópicos, hay en las islas de Galápagos dos estaciones: la seca o de Verano, y la lluviosa o de Invierno. La primera en la región baja, desde el nivel del mar, hasta los 200 metros de altura, es permanente casi todo el año, y sólo en los meses de Enero a Abril, caen algunos aguaceros; pero hay años, que las lluvias son escasas, que bien se puede decir, que reina una sequedad absoluta. En la parte superior, desde los 200 metros hacia arriba, se puede asegurar exactamente lo contrario, pues, si bien en los meses de Invierno, los aguaceros son frecuentes y a veces torrenciales, en los de Verano las lloviznas son incasantes, duran-

de interés, y porque dan una idea, bastante completa, de lo que es el clima de Galápagos, durante lo que se llama Verano: "JULIO El clima, que hasta los primeros días de Julio, fué verdaderamente delicioso, ha cambiado en lo absoluto y se ha vuelto insoportable; pues, cae una llovizna incasante, y la niebla, cargada de humedad, cubre todo el horizonte y no permite ver nada ni a pocos pasos de distancia; penetra a las habitaciones, mojando todos los objetos, como ropa, libros, papeles, etc., los cuales, en pocos días se han cubierto de moño; el higrómetro señalaría con toda seguridad, el punto de saturación. Hace ya muchos días que no hemos visto el sol ni por un instante, y se siente un frío intenso que penetra hasta los huesos, como si nos halláramos en los páramos de los Andes. Con la llovizna incasante, los caminos están intransitables, debido al lodo, de color rojo que se ha formado, y en el cual se hunde hasta las rodillas, y en los lugares pendientes, es casi imposible el caminar, por el resbalo. Pero este estado del tiempo, no afecta sino hasta un poco más abajo de la puerta de ingreso a los terrenos de la hacienda; pues, esta mañana que bajé a Puerto Chico, encontré que desde ese lugar, hasta la playa, todo se hallaba absolutamente seco, y que allí, más bien brillaba el sol en todo su esplendor. Este es uno de los fenómenos más raros he interesantes que he observado en la isla, ya que, llama mucho la atención, al ver desde la playa, la parte superior de la isla, cubierta como con un gorro de nubes negras, y el resto del cielo, de color azul, con unas pocas nubes blancas, disseminadas en toda su inmensidad

te diez y doce días seguidos. Como es muy natural, la humedad atmosférica, o ya sea el estado higrométrico del aire, presenta la misma desigualdad, muy seca en la región baja, y húmeda en la alta, principalmente durante el Verano, durante el cual, en esta última, pasan días y días seguidos sin que brille el sol ni por un instante, y todo se halla envuelto en una niebla densa y húmeda, que penetra hasta el interior de las habitaciones, donde se condensa sobre todos los objetos, dejándolos mojados, como si se los hubiera sumergido en el agua. Durante el Verano, es sumamente curioso el observar la línea de demarcación, perfectamente definida, entre la región seca y la húmeda; pues mientras en la primera, muchas veces está haciendo un sol de fuego, en la otra todo se halla envuelto por la niebla. Como una particularidad notable del clima, se halla el hecho de no haberse jamás oído un trueno, ni han caído tempestades, como sucede en la región seca de la Costa, en los meses de Invierno.

La temperatura en la región baja, es ardiente durante el día, pero no excesiva, y según Wolf, la media, hasta los 100 metros, no pasa de los 22 grados centígrados, y yo supongo, que muy raras veces llegará a los 30 grados, como máximun. En la región media, donde se halla la hacienda y todos los cultivos, la temperatura media no pasa de los 19 a los 20 grados, y en la superior, debe ser, indudablemente menor, ya que hay días en los cuales, se siente verdadero frío, y así Wolf, asegura que observó un descenso del termómetro a únicamente 14 grados, en la cumbre del cerro de San Joaquín, a 720 metros de altura sobre el mar. La diferencia de la temperatura media, entre la del Verano y la del Invierno, parece que es bastante considerable, debido al influjo de la corriente antártica de Humboldt, la cual en los meses del Invierno austral, tiene el agua muy fría, circunstan-

cia que hace descender mucho la temperatura, de los lugares situados en sus cercanías. (1)

Los vientos más frecuentes son los del Este, los cuales soplan durante los meses de Verano constantemente, y en algunas ocasiones, con mucha violencia; pero en el Invierno, son débiles o fal-

(1) Si tenemos en cuenta, que el clima de las islas de Galápagos, recibe un influjo preponderante del de las regiones antárticas, por intermedio de la corriente marina de Humboldt, la cual igualmente influye en el de las costas del Continente, no creemos que sea muy aventurado el suponer, que los dos climas sean muy semejantes, y que por lo tanto, la temperatura media de las islas, sea algo parecida a la que se observa en la Península de Santa Elena; supuesto tanto más probable, cuanto que, la vegetación de este lugar, parece que es también muy semejante, a la que crece en las regiones bajas de las islas.

Desde luego, como siempre la temperatura en una isla, en igualdad de circunstancias, es menor que en un continente, en Galápagos seguramente tiene que ser más baja que en Ancón, situado en Santa Elena, con una diferencia talvez, en término medio, de 2 grados. Ahora bien, si este supuesto es verdadero, la temperatura media de las islas, al nivel del mar, sería de 25 grados, en los meses de Invierno, y de solamente 20 grados, en el Verano, ya que, en Ancón, según las observaciones efectuadas por el señor George Sheppard, es de 27 y 22 grados, en números redondos, respectivamente.

Si la escala de disminución de la temperatura, a medida que nos elevamos en la atmósfera, sigue en el Archipiélago la misma ley que en el Continente, y desciende un grado cada 200 mtros de altura, en la casa de la hacienda que se halla a 300 metros sobre el mar, la temperatura media sería entonces de 23,5 grados, en el Invierno y de 18,5 en el Verano; y en la llanura superior, que en término medio se encuentra a 500 metros, ya no tendríamos sino 22,5 y 17, y grados respectivamente. Pero, como según Wolf, y yo también soy de ese parecer, la disminución de un grado, se efectúa en las islas, únicamente cada 100 metros, la temperatura media en las regiones superiores, tiene que ser mucho más baja.

En cuanto a los extremos absolutos de temperatura, bien creo que sea verdadera la cifra de 30 grados, que señalo en el texto, como la más alta que se puede registrar en la región

tan en lo absoluto, cambiando entonces de rumbo, pues vienen generalmente del Norte. Debido a esto, la navegación en buques de vela, es muy difícil y penosa en los meses que van de Enero a Mayo, pero en los restantes es fácil y las travesías se hacen con rapidez.

VEGETACION

Para hacer un estudio detenido de la botánica de la isla, sería necesario poseer vastos conocimientos de esta ciencia, y como yo no los tengo, me contentaré sólo, con hacer un ligero bosquejo de las diferentes zonas en las que puede dividirse, botánicamente, basado sólo en el aspecto general de la vegetación, y enumerando los vegetales que predominan sobre los otros, los que sean parecidos o enteramente semejantes, a los que crecen en los Andes, a diversas alturas, pues mis escasos y casi nulos conocimientos, no dan para más.

En la isla de Chatham se puede distinguir cuatro zonas diversas: la marina, la de los bosques agostados, la de los bosques siempre verdes, y la de las praderas. Cada una de estas zonas, posee un aspecto especial inconfundible, y tiene vegetales propios, que no crecen sino en cada una de ellas, aun cuando no faltan algunos que son comunes a dos o tres diversas, como se verá más adelante.

baja; pues, en Ancón, muy rara vez el termómetro sube de los 32 grados. Respecto de las mínimas, es de suponer que en los cerros más elevados de las islas, descienda alguna vez a menos de 10 grados, teniendo en cuenta que Wolf observó un descenso que llegó a 14 grados, a 700 metros de altura, y al medio día, y que yo he visto caer granizo menudo, igual a que en los páramos de los Andes llaman los indios ARROCILLO, en el borde del cráter del volcán de Santo Tomás, en Albemarle, a 1.100 metros de altura.

La primera zona, que es la que formó las playas vecinas al mar, es muy angosta y tiene en esta isla muy poca importancia. En ella se ven algunos manglares pequeños, y en las playas arenosas, manzanillos y algarrobos, éstos muy semejantes, a los que se ven en las playas de los ríos de Guayllabamba y del Chota. Entre las piedras sueltas de las cercanías del mar, crece una bonita Cisapinea, con flores amarillas y con troncos y ramas cubiertas de espinas. Este arbusto, como los anteriores, conserva sus hojas todo el año. Esta es la zona en la cual crece con más abundancia la tuna y el espino (*Cereus*), que llegan a tener tamaños enormes. Los otros vegetales que se ven, por otra parte muy escasos, son insignificantes y no vale la pena de ocuparse de ellos.

La segunda zona es la más extensa y ocupa toda la parte Norte de la isla, y más de la mitad de la del Sur; sube desde las playas vecinas al océano, hasta los 200 o 250 metros, según los lugares. Aquí, los árboles son algo más corpulentos, pero casi todo el año pasan agostados, y únicamente se recubren de escasas hojas, durante los meses de lluvia. No es pues, cierto que conserven las hojas todo el año, como afirman Wolf y Darwin, pues yo me he fijado bien, y no he podido ver ni una hoja, mucho menos flores y frutos; pues, aun el manzanillo, que crece también en las dos zonas vecinas y en las cuales no se agosta, en esta pierde sus hojas por completo como los demás vegetales. Además del manzanillo ya citado; que es uno de los árboles más comunes, se pueden citar como propios de esta zona, al matazarna, de madera incorruptible, y semejante al que se le conoce con el mismo nombre en los bosques de la región seca del Continente; jamás pude verle con hojas ni flores, y no se ni a que familia pertenece; el palo santo, (*Terebintacea*) que es muy abundante y también semejante al del mismo nombre

del litoral del Continente; algunos algarrobos y otras mimosáceas, y algunos más desconocidos para mí, son los que forman estos bosques agostados tan curiosos. Entre los arbustos, puedo citar al algodón silvestre, que es muy abundante, al que se le distingue, durante la época de sequía, por los pequeños capullos que penden de las ramas, y otros que no se puede ver jamás en vegetación. Las tunas y los cereus, también crecen entre los árboles del bosque, rivalizando con éstos en altura; pero son menos abundantes que en la región baja. La vegetación rastrera, así como los helechos, es aquí totalmente desconocida, pasando cosa igual con los musgos. El único liquen que crece abundantemente es la **orchilla**, cuyo aspecto es semejante al que en el Interior de la República llaman **rumi-barba**. En los límites de esta zona con la tercera, crecen algunas bromeliáceas iguales a las que se ven en los lugares más áridos y secos de las provincias interandinas, en donde las llaman **huicundos**; y al fin, en las ramas de los árboles de la zona de transición, se encuentra un liquen, algo parecido en el aspecto, a la bromeliácea que en el Interior, se la conoce con el nombre de **salvaje**, el cual contribuye para dar una fisonomía particular a esta parte del bosque.

La tercera zona, o ya sea la de los bosques siempre verdes, sube de los 200 hasta los 450 metros. El aspecto de estos bosquillos sorprende a la persona que conoce los que crecen en los páramos andinos, porque es enteramente semejante, aun cuando el parecido no sea sino aparente, pues los árboles son en su mayor parte de origen tropical, sin que falten, desde luego, algunos, principalmente arbustos, exactamente iguales a los de los Andes, pero de aquellos que crecen entre los 1.500 y los 3.000 metros. Aquí no citaré sino los más comunes, ya que sería demasiado largo enumerar todos los vegetales que crecen en esta zona.

El manzanillo (*Hipomane Mancinella*), que ya le hemos encontrado en las dos zonas anteriores, es el árbol más hermoso de esta región, ya que aquí no pierde las hojas en el verano. De la familia de las Euphorbiáceas, su aspecto recuerda al de los los perales, pero sus propiedades tóxicas pueden hacerle denominar el **árbol terrible**, porque la más pequeña partícula o gota de su espesa savia, que parece leche, al contacto con la piel, produce sarnas de difícil curación, y aun al humo que despidе al quemarle, irrita a los ojos y a las mucosas nasales.

El guayabillo (*Psidium*, Mirtáceas), es el árbol más corpulento de los nativos de esta isla, y es enteramente semejante, al que con el mismo nombre, crece en el valle del Pastaza, desde los 1.800 metros hacia abajo; su madera es incorruptible y produce unas pequeñas bayas comestibles, parecidas a las guayabas.

El lechoso (¿*Polimia?*, Compuestas) es un arbolito elegante y muy parecido al que llamamos **polaco**, en el interior de la República, y que crece en alturas que suben hasta pasar de los 3.000 metros. Forma bosques extensos excluyendo a los otros árboles, y sus troncos livianos y huecos, remplaza a la gradúa, en la construcción de casas.

El Espino, (¿*Rosácea?*, ¿*Escallonácea?*), Hermoso arbolito de pequeñas hojas compuestas, muy parecido a los yahuales y chachacomas, que crecen en los Andes, en las cercanías de las nieves perpetuas; las flores, y sobre todo las hojas y el aspecto general, son idénticas a aquellos, pero la madera que es roja en ellos, aquí, es amarilla.

Además de los citados, que por lo demás, son los principales y más abundantes, hay varios otros arbolitos, que no hay para que enumerarlos, pues son poco frecuentes, y no dan una fisonomía especial a los bosques.

Entre los arbustos de esta zona, se puede citar al algodón silvestre, que ya crece en la anterior, pero que en esta no pierde las hojas; a dos o tres **crotones** (Euphorbiáceas), uno de los cuales tiene algún parecido a la planta de la misma familia, que llamamos **mosquera** en el interior, y que tanto abunda en las regiones áridas y secas de las provincias de Tungurahua, León, Pichincha e Imbabura, con la diferencia que la variedad de la isla tiene las hojas más lanceoladas que las otras. Además se ven otras plantas arbustivas de mucha menor importancia, pero de aspecto así mismo semejante, a las del interior.

Los pocos bejucos y lianas, son absolutamente desconocidos para mí; entre ellos es muy notable una leguminosa de hojas compuestas, y grandes racimos de flores de color de oro, y una pequeña pasionaria, que produce una granadilla minúscula, del tamaño de un grano de uva, que la llaman **bedoca**. (1)

Las gramas y los helechos, cubren todo el suelo del interior del bosque, y si bien, las primeras son distintas a las de los Andes, los segundos son todos muy comunes en ellos. En cuanto a orquídeas, puedo asegurar que no he visto ni una sola, por más empeño que hice para descubrirlas, pero en cambio, es muy abundante la bromeliácea que ya asoma en la zona anterior, siendo aquí de mejor aspecto. En las rocas cubiertas de musgo, crece una piperácea de hojas aromáticas como la **congona**, que es muy común en las cercanías de Quito y de Baños, y en los campos de cultivo, la **hierba del Angel**, (*Desmodium*) pequeña leguminosa que abunda en los potreros de la región seca de

(1) No hace mucho tiempo, que recorriendo las cercanías de la cascada "Inés María" en las cercanías de Baños, encontré el chaparro que crece en las peñas y barrancos, exactamente la misma pasionaria que vi en Galápagos.

la provincia del Tungurahua. Además, crecen en la misma zona, la **semi-seda** (*Asclepia Curasabica*), que crece tanto en Baños, como en los potreros de la Costa; la higuera y el munche o escoba (*Malvacea*), plantas las tres, probablemente introducidas por casualidad, y que son ahora, las dos últimas, una verdadera plaga en los potreros y campos de cultivo.

En la zona de las praderas, la semejanza con las regiones altas y con los páramos de los Andes, es casi absoluta, pero aquí se ven mezcladas a las plantas que allá crecen a diversas alturas. Desaparecen los árboles, y el único vegetal leñoso es una *Melastomácea*, de hojas grandes y de pequeñas flores violetas, siendo también a su vez, la única planta de esta familia, tan común en los Andes, que se halla en la isla. En las orillas de la laguna de El Junco, y en otros sitios, forma matorrales espesos un **licopodio** sarmentoso, cuyos tallos tiernos tienen el aspecto de una pequeña conífera rastrera, exactamente igual a uno que he encontrado años después, en las faldas orientales del Tungurahua, a 2.400 metros de altura.

Los helechos, que forman la mayoría de los vegetales de esta zona, son todos absolutamente semejantes a los de los Andes, sobre todo uno de ellos, el **Pteris Aquilina**, que se encuentra en todo el interior, cubre en la isla, grandes extensiones de territorio; entre ellos, levanta sus troncos hasta de tres metros, hermosos ejemplares de una variedad arbórea. Las gramas y ciperáceas, pertenecen a variedades distintas a las de la sierra, pero a su lado crece nuestra **orejuela**, y otras plantas muy comunes en ella. En las orillas de los pantanos y pozas, se ven juncos como nuestra **tatora** y unas plantas de grandes hojas purpúreas, que seguramente es un **rumex**.

En ninguna de las zonas crecen plantas de hojas muy grandes, como las **musáceas**, **cannas**, **anturios**.

etc. y ni tampoco gramíneas de tallos leñosos, como las **guadúas**, **zuros** (chusqueas) y **carrizós**, tan comunes en los bosques del Continente desde el nivel del mar, hasta las mayores alturas. La falta de estas plantas, que hermocean nuestros bosques, comunica a los de las islas, un aspecto triste como el que tienen los bosques supremos de los Andes, compuestos de yaguales y de ericáceas, en las cercanías de las nieves perpetuas.

FAUNA

Los animales propios de la isla son escasos. "No habrá región en el mundo de igual extensión como el Archipiélago que sea tan pobre en mamíferos indígenas", dice Wolf; y no hay duda que tiene razón. Yo no he visto el roedor del que habla el sabio Geólogo, pero sí un murciélago de regular tamaño, el cual, yo no sé si sea nativo de la isla o introducido por los buques.

Las aves terrestres, aunque de pocas variedades, son muy numerosas; la más grande es un **buarro**, muy semejante a los que viven en el Interior de la República; además, puedo citar los siguientes: el **cucube**, del tamaño de un mirlo; una variedad de tórtolas pequeñas; el **chique**, nombre genérico de tres o cuatro variedades de pequeños pájaros, uno de los cuales se parece al gorrión, y otro tiene el color del jilguero; todas estas aves sorprenden por su mansedumbre. En la laguna del Junco y en las charcas de la región superior, vive un pato pequeño muy bonito, y en los pantanos de la misma zona, una zancuda del tamaño de una paloma, a la que llaman **zarapico**.

Las aves marinas son innumerables, pero todas semejantes a las del Continente, exceptuando el pingüino, o pájaro bobo, que vive en las regiones Antárticas, y que viene algunas veces al Archi-

piélago, siguiendo las aguas frías de la corriente de Humboldt.

En la actualidad, los reptiles más abundantes son las iguanas, de las que se distingue dos variedades: la marina que sólo vive en las orillas del mar, y la terrestre que habita únicamente en la región baja. La primera, de color negro como el carbón, es un animal repugnante, pero es muy notable para los naturalistas, por ser el único reptil que resta en el mundo actual, descendiente de los grandes saurios de la Epoca Secundaria. La terrestre de color más claro y de mayor tamaño, es menos frecuente, y su carne dicen que es exquisita, pero a mí, por la repugnancia que tuve al probarla, me pareció detestable.

Me han asegurado que existe una variedad de culebras pequeñas e inofensivas, pero yo no he podido verlas jamás; pero en cambio hay millares de lagartijas en la región baja, que en nada se diferencian de las que se encuentran en la región interandina.

Los galápagos, o grandes tortugas, que dieron nombre al Archipiélago, y que en otro tiempo fueron tan numerosos, han desaparecido por completo en Chatham, y si alguno, o algunos existen todavía, debe ser en la parte inexplorada del Norte, a donde es muy difícil que vaya el hombre a cazarlas.

Los insectos son numerosos: merece ser nombrado en primer término, un centopies enorme, he medido algunos que pasaban de 30 centímetros, y dicen que su mordedura es venenosa. Existe también un pequeño alacrán y algunas variedades de arañas; varios coleópteros, y entre estos uno muy grande con enormes tenazas, ya encontrado por mí anteriormente, en los bosques de las faldas orientales del Tungurahua. También he visto algunas variedades de mariposas, tanto diurnas, como nocturnas, y una de ellas que sale al anoche-

cer en gran abundancia, es muy común en algunas regiones del interior. Además, merecen ser mencionadas, tres clases de hormigas muy pequeñas, pero también muy bravas, y cierta mosca de abdomen azul, semejante a una que vive en la sierra, sumamente fastidiosa y abundante, en algunas regiones de la zona media. Los mosquitos y zancudos, son relativamente poco numerosos, pero no por eso dejan de ser una plaga sumamente molesta.

Probablemente, en los buques han ido las ratas y los ratones, los cuales, desgraciadamente, han aumentado de una manera prodigiosa, y ahora constituyen una verdadera plaga, que ocasiona los mismos daños y perjuicios que en otros lugares. La fauna marina es inmensa, y sólo la enumeración de los peces y mariscos, ocuparía gran espacio, y por eso aquí, no nombraré sino a los principales: las ballenas son muy numerosas, y es seguro encontrar algunas al hacer la travesía, ya sea de la costa a las islas, o entre ellas, y yo he tenido la oportunidad de ver el esqueleto de una de ellas, que había encallado hacía algún tiempo, en la costa Sur de Chatham. Los lobos marinos, o focas, son muy abundantes, y en el Archipiélago viven dos variedades que se distinguen por la piel; en las playas de arena se los ve tendidos en gran número, aturdiendo con sus gritos, durante sus eternos combates. Los delfines o bufeos, nadan en partidas que deben contar algunos millones, pues, cuando se encuentra una de ellas, se los ve saltar hasta los confines del horizontes. Además se puede citar a los peces siguientes, notables ya sea por su gran abundancia, o por lo delicado y exquisito de su carne: bacalao o meros, lisas, barriletes, albacoras, robalos, dorados, ojones, bocachicos, pezsierra etc. siendo también notables los tiburones por su número incalculable.

De la misma manera abundan muchísimo las

langostas, los cangrejos de diversas clases, las ostras y otra infinidad de conchas y de mariscos comestibles. No es muy raro encontrar en el mar, tortugas enormes y entre ellas, las que dan el carrey.

Los animales domésticos introducidos por el General Villamil y que en la actualidad viven en la isla en estado salvaje son: los burros, cuyo número se puede calcular en tres o cuatro mil, y se los ve formando manadas de ciento o más cabezas, en las llanuras altas y en los bosques de la región húmeda; de los toros y vacas, que antes han sido muy numerosos, no quedan ahora sino muy pocas cabezas en estado salvaje, talvez no pasen de 100 y se hallan en los lugares más distantes de la isla, hacia las cercanías de la región Norte. También quedan unos ocho o diez caballos salvajes, que como los animales anteriores, viven muy lejos de la hacienda.

Las cabras, que son muy numerosas, viven en la región del Norte y en la parte árida de la del Sur, formando pequeñas manadas. Igualmente muy numerosos son los perros de diversas razas, pues hay desde los pequeños falderos, hasta los más grandes, jamás atacan al hombre y se mantienen, sin duda alguna, con las cabras y las crías de los burros y de las vacas. También se ven muchísimos gatos con la particularidad de que, los que viven en las cercanías del mar, son todos negros, como si ese color fuera privativo de esa región, en la cual domina en lo absoluto el basalto, y los de la región superior, tienen todos colores claros, pues son amarillos o blancos. Las gallinas parece que son muy escasas, pues yo no he visto ni una sola, pero sí encontré en cierta ocasión, un nido con varios huevos, en los bosques que cubren "Cerro Mundo". De los puercos, antes tan numerosos, tanto que según dicen era muy peligroso el encontrarse con una de sus manadas.

no queda ni uno solo, destruidos indudablemente por el hombre y por los perros salvajes. (1)

(1) Respecto a la ferocidad de los puercos silvestres que habían antes en la isla, se cuenta de un marinero de un buque extranjero, el cual, habiéndose embriagado, se quedó dormido en el camino que desciende al puerto, y que fue devorado por estos animales.

CHATHAM

SU PORVENIR AGRICOLA

E INDUSTRIAL

Una vez que he tratado de hacer conocer la isla en su parte física, veamos para los diversos cultivos agrícolas que se presta su territorio, y las industrias que pueden prosperar en ella; para cumplir con mi propósito, procuraré enumerar primeramente las plantas ya cultivadas, y luego, las que por analogía con aquellas, y por las condiciones de clima y de terreno, podrían ser introducidas para ensayar su cultivo. No creo exagerar, al decir que en esta isla, y seguramente también en algunas de las otras, pueden prosperar todas, o casi todas, las plantas cultivadas en las diversas zonas de la tierra, como trataré de demostrarlo.

Agrícolamente considerada, a la isla de Chatham, la podemos dividir también en cuatro zonas diversas, que casi coinciden con las hechas para la vegetación: la de las playas cercanas al mar, la árida y rocosa, la de transición y la húmeda. Estudiaremos, pues, las plantas que prosperan, o pueden prosperar, en cada una de ellas.

La primera zona, la de las playas cercanas al mar, es en esta isla insignificante, debido a su escasa extensión, y sobre todo a que todo el terreno, excepto pequeños lugares, se halla cubierto de piedras. De tal manera que en ella, el cultivo se reduciría a la siembra de palmas de coco, en las playas cubiertas de arena, como la de Puerto Chico, por ejemplo. Si en las playas de Albemarle, prospera admirablemente este vegetal, no hay ra-

zón para que en las de Chatham, no suceda lo mismo.

La segunda zona, que sube de las playas, hasta los 150 metros, es de la misma manera que la anterior, casi inservible, ya por la excesiva sequedad, y ya también por la naturaleza del terreno, cubierto en su totalidad de piedras. Pero con todo, en los sitios donde aquellas no sean tan abundantes; bien se pudiera ensayar el cultivo de la tuna sin espinos, planta que tanto furor hace ahora; al ser tan abundante una planta análoga, como es la tuna propia de la isla, es más que seguro que prosperaría muy bien la otra. (1)

La tercera zona que se extiende desde los 150 metros, hasta los 250 o 300, puede llegar a tener una gran importancia, con la introducción y el cultivo de tres vegetales, para los cuales yo creo que se presta muy bien: la cabuya, el algodón y la viña.

La cabuya, introducida ya a la isla, probablemente por Cobos, crece en esta zona hasta adquirir proporciones gigantescas, pues no es muy raro encontrar hojas de tres y más metros de largo. Además, se podría introducir el **henequén**, que no es otra cosa que una variedad de cabuya, vegetal que con toda seguridad, prosperaría allí, ya que la Península de Yucatán, en la cual es cultivado en gran escala, posee terrenos y clima, al parecer, muy semejantes a los de esta zona de la isla, y pocos ignorarán los millones que ingresan a Méjico, por la exportación de la fibra extraída de esta planta textil.

Otro de los vegetales que puede ser cultivado con éxito en esta zona, es el algodón, ya que esta

(1) Cuando escribí este párrafo, por allí, por el año de 1911, la tuna sin espinos hacía furor, y aun creo que se llegó a introducirla al país; pero no he llegado a saber que resultado haya dado.

planta no necesita de humedad sino en los primeros meses de su desarrollo, y los tres o cuatro meses de lluvia, serían suficientes para la germinación de la semilla y para el desarrollo de la pequeña planta, llegando entonces a coincidir la madurez del capullo con la época de sequía. Por otra parte, siendo tan abundante la variedad silvestre, no sería nada difícil que se aclimaten muy bien las cultivadas.

Pero la planta que seguramente llegaría a ser la fuente principal de riqueza de la isla, y para cuyo cultivo me parece esta zona la más adecuada, es la **viña**, siendo esto tanto más seguro, cuanto que Cobos había ya hecho ensayos, y así he visto un pequeño viñedo y algunas parras aisladas, las cuales, sin embargo de hallarse casi destrozadas por los animales, tenían una lozanía y robustez muy notable, y en el mes de Diciembre que yo las ví, se hallaban con racimos de buen tamaño, los cuales en Marzo maduraron muy bien. La variedad que había introducido Cobos, es la llamada Moscatel Blanca de Alejandria, o más comunmente entre nosotros, **Uva de Italia**, la cual es muy común en el Perú y en Chile, y es la que produce el famoso aguardiente de Locumba, y las no menos afamadas pasas de Huasco. Teniendo un cuidado escrupuloso al introducir nuevas variedades, de desinfectar las plantas, matando todo germen de las enfermedades criptogámicas conocidas en Europa y América, y que ya han invadido los pequeños viñedos del Interior de la República, se podría hacer grandes viñedos con buen resultado seguro, ya que allí no habría que temer a las heladas, tan comunes en la Sierra, ni habría que luchar con las infinitas plagas conocidas en todo el mundo. Separando las piedras que cubren el suelo, y haciendo las siembras en los meses de lluvia, los sarmientos prenderían muy bien, y la madurez del fruto vendría en los meses de más calor y de

sol, circunstancias indispensables, para obtener un buen producto. (1)

La cuarta zona, que se extiende desde el límite superior de la tercera, hasta las mayores alturas, es sin disputa la más importante de la isla, porque en ella creo que pueden prosperar casi todos los vegetales, tanto los de las regiones tropicales, como de las templadas, hallándose todos ellos, como en su propio clima y terreno.

Actualmente en la isla, el cultivo provincial es el de la caña de azúcar, la cual madura a los doce meses y es mucho más dulce que en la Costa, pues rinde hasta doce grados de jarabe y los tallos alcanzan a tres y cuatro metros de longitud. No cabe duda que aun se puede mejorar este cultivo, porque el seguido hasta aquí, es el mismo que se acostumbra en la Costa, sin tener en cuenta de que el terreno compacto, es diverso y completamente distinto al de allá. La introducción de arados y de otros instrumentos agrícolas, y de nuevas variedades de caña, haría que el resultado sea todavía mucho mejor. Actualmente existen cerca de 400 hectáreas sembradas de caña y producen al

(1) Ahora, conociendo más el clima de las regiones sujetas al influjo de la corriente Antártica, he visto que cuando escribí lo anterior, no me hallaba equivocado, respecto al cultivo de la viña en las islas de Galápagos; pues, al igual del de las provincias de Tungurahua y el Azuay, allí se produce un verdadero invierno, o ya sea un descenso notable de la temperatura, en los meses que llaman de verano, y un ascenso muy notable, en los de invierno, circunstancias indispensables, para el buen desarrollo de los vegetales provenientes de las zonas templadas, como es la viña; pues, entonces se agostan, retoñan, y maduran los frutos en las mismas épocas todos los años. De tal manera, que ahora no hago sino confirmar los conceptos emitidos entonces, respecto al cultivo de la viña, y los que emitiré después; respecto de otros árboles frutales propios así mismo, de las zonas extra-tropicales, como el durazno, la pera, la manzana, etc.

año, cosa de 20.000 quintales de azúcar, y una buena cantidad de aguardiente.

También Cobos emprendió el cultivo del café en gran escala; existe un cafetal muy extenso, pero ahora se halla en gran parte abandonado, debido a la falta de brazos necesarios para el buen cultivo. El café es de excelente calidad, y dado que se halla la plantación en una zona relativamente seca, no es difícil, que con una preparación adecuada del grano, podría rivalizar con el famoso café suave de Colombia. Por lo demás, los arbolitos de la pequeña parte que se halla atendida, como es debido, cargan muchísimo.

El maíz es cultivado también en cantidad apreciable; crece y madura en toda época, y tiene la gran ventaja de no podrirse, ni de ser atacado por ningún gusano. La madurez del grano tarda el mismo tiempo que en la Costa y el tamaño de sus mazorcas es excepcional. Sería de desear que se introduzcan otras variedades, de calidad superior al que ahora se cultiva, por ejemplo el maíz de los Chillos, que yo creo que daría productos excelentes.

El tabaco, introducido a la isla en tiempo de Cobos, de semilla legítima traída de Cuba, se halla convertido ahora en una planta silvestre, pues crece en todas partes. Con una preparación adecuada es excelente, y no cabe duda, que cultivándose con cuidado, podría rivalizar con el de Daule Esmeraldas y Santa Rosa.

La yuca es otra de las plantas cultivadas en alguna cantidad, y se produce muy bien, y además Otois (colocasia), camotes, fréjoles y diversas leguminosas trepadoras. Se ha ensayado, con muy buen éxito, el cultivo de lentejas, garbanzos y arvejas, pues han cargado muy bien, llegando a su completa madurez y han dado un producto excepcional por su abundancia.

En muchas ocasiones se han hecho siembras de

papas con regular resultado, pero es indudable, que este sería mejor, haciendo los cultivos en la región alta y fría, cuyo clima es más adecuado, y principalmente, labrando el terreno.

Algunos peones oriundos de la Sierra, por curiosidad habían sembrado granos de cebada, y las espigas cosechadas, me sorprendieron por el tamaño y lo bien granadas de ellas; si la cebada se produce bien, ¿no es probable que también el trigo y el centeno darían buenos resultados? Se debería hacer algunos ensayos, que no es dudoso que serían satisfactorios. Las llanuras superiores de la isla, con un cultivo adecuado, podrían producir grandes cantidades de papas, trigo, cebada y centeno, y para obtener este resultado, no hay otro trabajo que meter los arados en esa tierra virgen y de gran fertilidad.

Las frutas introducidas por Cobos y que ahora se hallan aclimatadas, de tal manera que parecen nativas de la isla son: las naranjas y limones, que juntamente con las guayabas, forman bosques extensos, aun fuera del límite de la hacienda; y además, plátanos de diversas clases, guabas, aguacates, chirimoyas y guanábanas, hobos o ciruelos, nísperos europeos, mangos, papayas, piñas, pomarosas, sandías, melones, etc. El cacao y las palmas de coco, a la altura en la que se halla la hacienda, crecen muy bien, pero no llegan a fructificar.

Yo creo que en la zona más alta, se debe ensayar el cultivo de las manzanas y de las peras, pues el clima húmedo y fresco de esa región, lo creo muy adecuado para esas frutas; así como también creo, que en la zona media, menos húmeda, se debe sembrar duraznos, ciruelas, albaricoques y almendras, frutas que no dudo darían buenos resultados, con un cultivo adecuado.

Todas las hortalizas que se han sembrado, han dado el resultado apetecido, y allí he visto pros-

perar muy bien, a las coles y coliflores, a las lechugas, los rábanos, los nabos, las alcachofas, etc. así como también, algunas variedades de calabazas y zapallos.

El mejoramiento de los potreros naturales de la isla, con la introducción de nuevas variedades de pastos, sería de gran importancia, para la mejora del ganado que existe en la actualidad. Pero para esto se debe seguir un sistema distinto al empleado en la Costa, porque el clima y el terreno, repito, son más bien análogos a los de la región interandina, siendo indispensable labrar primeramente el suelo, antes de sembrar ninguna planta o semilla. Creo que se debería introducir pastos de las regiones templadas, como la alfalfa y los tréboles, los reygrás, el holco, el pasto azul, etc. en vez de los janeiros y gramalotes, de los lugares tropicales, que siempre son muy inferiores en calidad a los otros, y buenos solamente para los lugares que aquellos no prosperen.

El ganado que existe actualmente en la isla, debe ser mejorado por medio del cruzamiento con razas perfeccionadas, ya como lecheras, o como animales de carne. La aclimatación de ovejas tendría también mucha importancia, y creo que los pastos naturales, son muy apropiados para esos animales. (1)

La cría y engorde de puercos, en gran escala, para la que hay tantas facilidades, por el gran rendimiento de las plantas tuberculosas y del maíz además del plátano y de la caña, otro de los grandes negocios para las personas que emprendieran en él.

Como los bosques naturales de la isla, tienen que desaparecer, ya sea por los desbosques nece-

(1) No hace mucho tiempo que tuve conocimiento que habían sido llevadas a Albemarle algunas ovejas, más no sé que resultado hayan obtenido.

sarios para los cultivos, como por la explotación de madera y de leña, es indispensable introducir árboles de rápido crecimiento, como algunas variedades de eucaliptus, pinos y cipreses. De los primeros existen dos ejemplares, pero como se hallan muy mal situados, no valen gran cosa. Los árboles nativos de la isla, parece que son de crecimiento muy lento, y ninguno llega a tener un tamaño regular; de éstos los más corpulentos son los guayabillos, de los cuales el más alto, difícilmente pasará de 10 metros. De los árboles introducidos, los más corpulentos y que crecen con más rapidez, son los guabos, de los cuales se debería hacer bosques, ya que dan una madera de buena calidad y su leña es excelente.

Entre las industrias independientes de la agricultura, y tavez la fuente más grande de riqueza de la isla y en general de todo el Archipiélago, es indudablemente la de la pesca y salazón de los peces; pues, la abundancia de peces, de la que ya he hablado, es verdaderamente fabulosa. La sal indispensable para esta industria, se la puede traer fácilmente de las islas de Albemarle y de Santiago, aun cuando no creo muy difícil que se encuentre también en esta.

La explotación racional de una calera que existe en Puerto Chico, y la fabricación de tejas y ladrillo, buscando una arcilla apropiada, que desde luego no falta, serían pequeñas industrias necesarias para el desarrollo de las poblaciones que se funden en la isla.

No creo un imposible, ni mucho menos, la existencia de **guano**, pero las dificultades que presenta la región Norte para explorarla, hace que sea difícil el dar con él, ya que es allí donde debe buscarse, dada la carencia de lluvias y la inmensa abundancia de aves marinas, cuyos excrementos deben haber formado grandes depósitos del precioso abono. Así como tampoco es difícil que en algunos

de los infinitos cráteres que hay allí, se encuentre **azufre** como en Albemarle, pero lo difícil es dar con él.

Por lo que antecede se puede ver el gran desarrollo que le espera a esta isla y en general a todo el Archipiélago de Galápagos; pues, lo único que falta es que los Gobiernos se preocupen de fundar verdaderas colonias, pero de pequeños agricultores, para lo cual, lo primero sería el establecimiento de un servicio regular, siquiera de buques de vela, ya que de vapores sería muy costoso y difícil, y entonces, el Archipiélago que hasta ahora nos ha servido casi para nada, se convertiría en un emporio de riqueza.



CAPITULO V

CHATHAM

ALGO DE HISTORIA.

LOS HABITANTES



(Continuación de mi diario)

Diciembre de 1906.— Ya estoy en esta isla algo más de un mes, y durante este tiempo me he ocupado en estudiar la organización de los trabajos de la hacienda, y de lo que se ha dado en llamar Colonia, aunque sin ningún fundamento. Además, he procurado averiguar el comportamiento de los empleados de la Compañía arrendadora, para con los peones y empleados subalternos, y sobre todo, con los habitantes más antiguos de la isla, que aun permanecen aquí, he tratado de saber de una manera cierta y positiva, que clase de hombre fué Dn. Manuel J. Cobos, la manera como pudo formar esta hacienda, y la condición moral de la gente que le rodeaba. De manera pues, que en estos apuntes, consignaré ligeramente el resultado que he obtenido, en mis inquisiciones y estudios.

Parece que fue por el año de 1870, que los señores Manuel J. Cobos y José Monrroy, negociantes entonces de **orchilla**, empezaron a hacer cultivos en esta isla; al principio con reducido número de peones, y unicamente con el objeto de proveer de víveres a los campamentos de los orchilleros; pero poco a poco fueron aumentando los cultivos y los negocios, hasta llegar a formar una hacienda floreciente, como la vemos ahora. Desde luego, todo el trabajo es debido a Cobos, pues

parece que Montrroy venía muy pocas ocasiones, permaneciendo en Guayaquil, ocupado sin duda, en los mismos negocios de la Compañía.

En los grandes montones de aparatos inservibles y de fierros viejos, que existen abandonados en el patio del Ingenio, se puede seguir el desarrollo paulatino del negocio. Por ejemplo, allí he podido ver, entre otros, el primer trapiche, traído por Cobos, propio para ser movido por una yunta de bueyes, y es curioso comparar su exiguo tamaño, con el gigantesco actual, que necesita más de 150 caballos de vapor, para ser puesto en movimiento. Igual cosa sucede con otros aparatos, como las calderas, el tacho al vacío, las defecadoras, centrifugas, etc., pues han ido mejorando en tamaño y en calidad, a medida del aumento de la producción de caña.

Al ver la maquinaria actual, y al observar el estado floreciente de toda la hacienda, no se puede menos que admirar la energía y la constancia que ha debido desarrollar Cobos para obtener este resultado. Una de las cosas que más me ha llamado la atención, es que haya podido hacer transportar desde el Puerto hasta esta altura, las piezas más grandes de la maquinaria, algunas de las cuales deben pesar, seguramente, algunas toneladas, por un camino bueno a lo más para que rueden carretas con pesos pequeños, y aun para eso, haladas por dos o tres yuntas de bueyes.

Dn. Manuel J. Cobos sería todo lo malo que aseguran, y hasta criminal como dicen, pero no por eso se puede dejar de reconocer en él, a un hombre de prodigiosa energía y de un carácter indomable; pues, únicamente un individuo que posea estas dotes, puede formar una explotación de la magnitud de "El Progreso", en una isla desierta, sin capitales suficientes, sin comunicaciones con los lugares habitados, y valiéndose para ello, única y exclusivamente, de los deshechos de la sociedad.

¿Podía Cobos ser bueno y tolerante con sus peones, si todos, o casi todos, eran criminales de la peor especie? Si no era enérgico y hasta tirano, ¿hubiera podido ni dar principio a sus trabajos?... Yo creo que es muy difícil el juzgar a Cobos, porque es necesario ponerse en su lugar, teniendo en cuenta la clase de la gente que le rodeaba, la ninguna esperanza de auxilio en el caso de una sublevación, y además, en una palabra, siendo él el único señor de vidas y haciendas de los habitantes de esa especie de nación independiente, compuesta de criminales y de meretrices; porque, también es necesario saber que las autoridades que mandaba el Gobierno, con el título pomposo de Jefes Territoriales, de Comisarios, etc., se hallaban bajo su inmediata dependencia.

Mucho, muchísimo había leído en los periódicos cuando su asesinato, y mucho también había oído hablar de él, antes de mi venida, y tanto los unos, como los otros, le pintaban como un tirano con sus peones; pero, según sus antiguos compañeros de penalidades, de aquellos que le ayudaron en su trabajo desde los primeros años de iniciado, Cobos era afable y cariñoso con los que cumplían con su deber y se portaban bien; pero era implacable con los malos, con los perezosos que querían pasar su vida sin hacer nada, y con los que amenazaban perpetuamente su existencia.

Yo, después de haber oído a los unos y a los otros, no me creo capaz de juzgar a Cobos, y por eso ahora no hago otra cosa que reconocer en él, su gran carácter y su energía indomable, sin atreverme a condenar ni a justificar sus procedimientos. En todo caso, hay que reconocer que su muerte fue muy sensible, porque es seguro que con algunos años más de vida, hubiera podido llegar a hacer de El Progreso, el mejor ingenio de la República.

Si nuestros Gobiernos, desde el día en el que se

promulgó la ley sobre el Archipiélago de Galápagos, hubieran tratado de formar una verdadera colonia independiente de don Manuel J. Cobos, todo hubiera sido distinto, pues, las autoridades habrían podido vivir libres de la tutela del único que tenía buques para comunicarse con el Continente, y del único también, que podía suministrarles víveres para su sustento, causas principales y talvez únicas, para el tutelaje de Cobos, hacia las autoridades nombradas por el Gobierno.

Si el Jefe Territorial, no cerraba los ojos cuando Cobos cometía alguno de los atentados que refieren, y si protestaba, ¿de qué manera hubiera podido hacerse respetar, si no tenía víveres, y se hallaba solo y como abandonado en medio del océano? Naturalmente, tenía entonces que convertirse en cómplice del único señor y dueño de la isla, bajo pena de morir de hambre.

Al oír hablar de una colonia, en esta isla creí encontrar en ella algo semejante; pero había estado engañado; pues, no es así, ya que lo único que hay es una hacienda, y todos los habitantes, inclusive el Jefe Territorial y las demás autoridades, hasta el peón más infeliz, están sujetos y dependen de ella porque es la propietaria de los únicos buques que hacen viajes entre la Costa y la isla, y la única que tiene víveres y otros artículos de primera necesidad, y que los puede vender, y al fin, la única que puede hacerse obedecer, por que cuenta con los medios para ello.

El día en que nuestros Gobiernos se preocupen de la colonización racional del Archipiélago, y establezcan un servicio regular de buques, aun cuando sean de vela, ese día se podrá decir que existe una colonia, porque entonces, los actuales habitantes, podrían comprar o vender a quienes quieren, los artículos que necesiten, o los que produzcan sus chacras.

Actualmente, las autoridades civiles que reci-

den en la isla, no son otra cosa que meros figurones, y sirven únicamente para decir que existen representantes del Gobierno, pero no porque puedan hacer nada; pues, si en esta isla el ejercicio de su autoridad es ilusoria, por las causas apuntadas, muchísimo menos pueden vigilar ni aun, visitar las demás, ya que el Gobierno no posee aquí, ni siquiera un bote, y como los buques particulares no hacen viajes sino a la Costa, mal puede el Jefe Territorial moverse a ninguna parte.

En el Gobierno anterior, el señor Domingo Ramos, entonces Jefe Territorial viendo la necesidad imprescindible de que la Nación posea siquiera un pequeño buque de vela, para poder visitar de vez en cuando las otras islas, compró en Guayaquil una pequeña balandra, que aunque de escaso tonelaje, era suficiente para el objeto y la trajo a esta isla. Ramos empezó con mucho entusiasmo el arreglo del pequeño buque, pero vino la famosa revolución de enero de este año, y el entusiasta Ramos, fue sustituido por otro, y la balandra que se hallaba en tierra para su arreglo definitivo, fue abandonada en el sitio en el que estaba, y allí la veo aun, a toda intemperie, y con el casco ya medio podrido y casi inservible. El pretexto del actual Jefe Territorial, para no hacerla arreglar, o siquiera guardar, es el de que "nunca puede ser buena una balandra comprada en el Gobierno de Plaza, y mucho menos por el zambo de Ramos". Pero la verdad es que creo que ha vendido todos los aparejos, y las velas le han servido para que se mandara hacer vestidos, para él y su familia. (1)

Como uno de los mayores negocios de la hacienda, es el de la venta de víveres y de otros artículos de primera necesidad, nadie, ni las autoridades

(1) Se debe tener en cuenta, que esto fue escrito el año de 1906; pero, por lo demás, todo lo que cuento aquí, es rigurosamente histórico.

cíviles, mucho menos los peones y otros empleados del Ingenio, pueden introducir a la isla, en los buques que a ella pertenecen, absolutamente nada, y como son los únicos que hacen los viajes a la Costa, los artículos que venden tienen un precio de casi el doble que en Guayaquil, y naturalmente, por esta causa, también los productos de la isla son vendidos a precios elevados, y en proporción a los que se importan. Por lo demás, en la tienda del Ingenio, se encuentran todos los artículos que se puede desear, inclusive vinos y licores, conservas, etc.

La Compañía que tiene ahora en arriendo el Ingenio Progreso, no hace otra cosa que seguir el impulso dado por Cobos, pero cambiando el procedimiento para la consecución de trabajadores; pues, mientras aquél recibía a cualquier persona, sin averiguar sus antecedentes, o sacaba criminales de las cárceles, los actuales consiguen en el Interior, generalmente indios y campesinos, y si alguno viene de la Costa, tiene que ser muy honrado, o por lo menos mostrarse como tal. El resultado obtenido con este sistema, es hasta aquí muy satisfactorio, y con él se va cambiando poco a poco el estado moral de los trabajadores, y aun de los antiguos habitantes que se hallan en la isla. De esta manera, la mala fama que ha tenido siempre el Archipiélago, irá desapareciendo, y entonces podrán venir a establecerse aquí, gentes honradas y progresistas, sin temor a los criminales que siempre han existido en este lugar.

En esta isla viven actualmente cosa de 400 personas, de éstas, únicamente una cuarta parte es de antiguos habitantes, de aquellos que podemos llamarles colonos, que han recidido aquí muchos años. De los restantes, gran parte son serranos, oriundos casi todos ellos de los pueblos cercanos a Ambato, sin faltar, desde luego, representantes de las otras provincias, principalmente de la del Azuay.

Los peones que primeramente vinieron de Ambato, fueron engañados respecto al lugar de su destino, pero ahora vienen espontáneamente, seducidos por el buen jornal, el trato excelente y justiciero, y sobre todo, por el buen clima, el cual es algo semejante al de la Sierra, y aquí se los ve vivir, muy contentos y felices.

Del resto de habitantes, casi todos son montuvios, y un buen número de peruanos y de colombianos, y además, un corto número de representantes de otras naciones, pues viven aquí varios negros de las Antillas Inglesas, un francés, un inglés, un italiano, dos mexicanos, dos chilenos, un hindú y un portaricence.

Los peones reciben sus jornales devengados durante la semana, en dinero contante y efectivo, y perciben un mínimo diario de un sucre. La hacienda proporciona la alimentación a los peones que deseen, por el módico precio de 20 centavos diarios. Los trabajadores serranos, comen casi todos en la hacienda, y el resto del jornal, lo depositan en poder del Administrador, hasta poder reunir una cantidad de dinero regular, y entonces hacen un giro a Ambato u otra ciudad, a favor de los individuos de su familia, ya sea para pagar sus deudas, generalmente a sus antiguos patrones, librándose de esta manera del concertaje, o bien, para adquirir terrenos, su aspiración suprema.

Indudablemente, la causa principal para los crímenes y desórdenes de toda clase en la isla, ha sido siempre, la escasez de mujeres; pues su proporción respecto de los hombres no llega sino a un 15 por ciento, y debido a esto se ve la anomalía que una sola, pertenezca a tres o cuatro individuos. Otra de las causas para los desórdenes ha sido y es todavía, como en todas partes, el alcohol, pero ahora, felizmente su consumo se halla muy limitado, pues la hacienda, que como es natural, es la única que puede vender aguardiente, no lo

hace sino los sábados por la tarde y los domingos. En cuanto a los otros días, además de la copa diaria a la que tienen derecho antes de salir a las faenas del campo los peones, no está permitido venderles sino una sola por la tarde, y jamás dos.

El trato de los actuales empleados, para con los peones, no puede ser mejor: es bueno y hasta cariñoso, al mismo tiempo que enérgico para con los malos. Con personas como los señores Celati y Plaza, es seguro que el Ingenio llegará a progresar, y es una verdadera lástima, que los empleados de Gobierno, no sean como estos excelentes caballeros.

Si se tratara de fundar una verdadera colonia, el núcleo actual de trabajadores del Ingenio, podría constituir una muy buena base, y no sería necesario, repito, sino el establecimiento de un servicio regular de buques, aun cuando no sean sino de vela, para que la colonia se forme con toda seguridad. Lo que admira, verdaderamente, es que hasta ahora no se haya pensado en esto; porque, si bien, para la formación de colonias en la región Oriental, se necesita primeramente que se construyan caminos, para el Archipiélago no es necesario, pues el camino existe, que es el mar, y no faltan sino los vehículos, es decir los buques, que por lo demás no costarían mucho, para que los mismos individuos, que ahora son trabajadores por cuenta ajena, se conviertan en colonos, en el verdadero sentido de la palabra.

Déjense los Gobiernos de mandar a estas islas como autoridades, a los antiguos servidores de la Causa, no envíen viejos ineptos, ni a personas llenas de vicios, ni a individuos buenos para cualquiera otra cosa, pero no para desempeñar esta clase de cargos, y envíen personas honradas y enérgicas, proporcionándoles, desde luego, una manera de vivir independiente de la hacienda, y en-

tonces se podría asegurar, que el Archipiélago de Galápagos se halla en el camino del progreso y de su colonización. (1)

(1) Hay que tener en cuenta, repito, que este capítulo fue escrito en Chatham a fines de 1906, y sin embargo, por noticias que he recibido, a excepción de algunas tentativas para el establecimiento de colonias, todo sigue lo mismo que ahora 27 años, y más bien, según parece, el floreciente Ingenio Progreso, se halla en decadencia.

SEGUNDA PARTE

IMPRESIONES
DE ALBEMARLE

CAPITULO I

Bosquejo
Topográfico Geológico

La isla de Albemarle, situada a algo más de un grado al Occidente de Chatham, es la más importante del Archipiélago por su extensión, pues ocupa ella sola, más de la mitad de la superficie total de las islas reunidas. Desde la Punta Albemarle al Norte, hasta el cabo "Rose" al Sur tiene una longitud de 160 kilómetros, pero el ancho es muy variable, siendo al Sur, entre los cabos Christopher y Welford, de 84 kilómetros; únicamente de 12, en el istmo de Perrys; y de 43 entre los cabos Berkeley y Marshall. Geográficamente se extiende entre los 0°, 11' de latitud Norte y 1°, 5' de latitud Sur, y de los 93° 15', a los 93° 55' de longitud al Oeste de París. La superficie total de la isla, se le calcula en 138 leguas cuadradas, mientras que la de todo el Archipiélago no sube sino a 240 leguas.

En un mapa de la isla, se puede ver perfectamente y con toda claridad, la topografía y la formación geológica, que son muy sencillas: cinco grandes volcánes principales, cuatro de ellos alineados de Norte a Sur, y uno al Oeste del más austral, forman todo el territorio. Primitivamente, estos volcanes han formado cada uno de ellos, islas independientes, semejantes a la vocina de Narborough, hasta que debido a grandes erupciones volcánicas, en la que ha corrido la lava a torrentes, se han unido aquellas por la base.

En la actualidad se distinguen en la isla dos cuerpos enlazados por un istmo estrecho y bajo,

que es el de Perrys. La parte del Norte del istmo, compuesta por tres volcanes, tiene su mayor longitud de Norte a Sur, y la otra, que contiene a los dos restantes, de Oriente a Occidente, de tal manera que la isla tiene la forma de una escuadra. Cada uno de estos grandes volcanes, se halla rodeado de llanuras de pequeña elevación, y se levantan aislados e independientes entre sí. Todos ellos tienen la forma de conos muy truncados con faldas tendidas, y además, numerosas ramificaciones, que a manera de contrafuertes, o de pequeñas cordilleras, se dirigen en todas direcciones, avanzando algunas, hasta el mar. En las regiones inferiores y en los flancos de los cerros principales, se levantan también, algunos cerros y eminencias aisladas.

En mi viaje no pude visitar sino el volcán situado al sur del istmo, y unicamente a la distancia alcancé a ver, al que se halla al Norte, y el que se levanta al Oeste del que yo conocí; pero sí pude observar perfectamente, que no tenían diferencia apreciable entre ellos, a no ser en la altura; pues, el del Oeste, llamado "Cerro Azul" es el más elevado de la isla, y aun de todo el Archipiélago, levantándose a más de 1.400 metros sobre el mar; el central, que muy bien podemos llamarle de Santo Tomás, porque en sus flancos se halla la hacienda de este nombre, y el llamado "Cauli" al Norte, miden 1.130 y 1.150 metros respectivamente. En cuanto a los situados más al Norte, no pude verlos sino de mucha distancia, pero se sabe que son menos elevados, y que en lo demás, son semejantes a los otros.

En la cumbre de estos cerros, se abren cráteres gigantescos, y el que yo conocí me admiró por sus proporciones, pues, creo que en los Andes actuales, no habrá ni uno solo de ese tamaño, y supongo que pocos habrán en el mundo que le superen.

Los contrafuertes y pequeñas cordilleras que flanquean a los conos principales, son en su mayor

parte, corrientes de lava salidas del cráter principal, pero algunas, como por ejemplo, la que sale del cono central de Santo Tomás, y se dirige al Sudeste, son verdaderas cordilleras independientes, formadas por varios volcanes, unidos entre sí por corrientes de lava, provenientes de los cráteres que se abren en sus cumbres.

En Albemarle es mucho más visible que en Chatham, la formación exclusivamente volcánica de las islas del Archipiélago, las cuales se han formado, como ya he dicho, por el acumulamiento sucesivo de las materias eruptivas. Pero la edad de la primera, es sin duda alguna, mucho más moderna y la creo contemporánea a la de la región Norte de la segunda. También aquí, como allá, se ven varios conos de colores claros, muchos de ellos en forma de herradura o media luna, los cuales son de **palagonita**, incrustados ahora, en la masa principal de la isla.

En el curso de mi diario, en el que hago la relación de mi viaje a esa isla, se encontrarán algunos otros datos tanto geológicos, como topográficos, los cuales, aun cuando distan mucho de ser completos, darán, sin embargo, una idea algo clara de esta isla tan importante.

CAPITULO II

DE PUERTO CHICO
A PUERTO VILLAMIL



Enero 13 de 1907.— Ya han pasado dos meses desde que llegué a esta isla, (Chatham) y durante todo este tiempo, el mar ha permanecido constantemente desierto, pues, aun el pailebot "Manuel J. Cobos" que fue a Guayaquil, no regresa hasta la fecha, y por esto, fue una gran sorpresa para mi, oír esta mañana que había un buque a la vista. Esta noticia ha causado gran sensación en los habitantes de la isla, debido a la escasez de comunicaciones con el Continente; de manera pues, que toda la gente que no ha salido a los trabajos del campo, se dirige apresurosa para ver el ansiado buque. Yo, como los demás, también voy a la galería de la casa de la hacienda, desde donde se domina el mar, y busco el tan esperado barco; pero por más que fijo mis miradas en el punto que me indican, nada puedo distinguir, y solamente, cuando hago uso de un anteojo de larga vista, puedo ver un pequeño buque de vela, al Sureste de Barrington.

El buque se acerca poco a poco a Puerto Chico, y se puede reconocer en él, que es una balandra, y no el paibelot esperado; se cree al principio que es la "Josefina Cobos" que se halla en Floreana, dedicada a la pesca del bacalao, pero los conocedores no tardan en reconocerla, y aseguran que es la "Tomásita" de Albemarle. Al fin arriba a Puerto Chico y hecha anclas, y algo más de una hora después, llegan a la hacienda varias personas desconocidas para mí. Pronto soy presentado a ellas, entre las cuales ha venido Dn. Antonio Gil Q. hijo del colonizador de Albemarle,

quién, momentos después me ofrece galantemente pasaje a bordo de su buque, y hospitalidad en sus haciendas, ofrecimiento que me apresuro en aceptar, dado el deseo que he tenido de conocer esa isla.

Don Antonio Gil Q. es hombre amable, y en su fisonomía revela de que debe estar dotado de gran energía, y quienes le conocen me aseguran, que en efecto, es un hombre de gran carácter y de un valor a toda prueba.

“La navegación en buques de vela, me dice el señor Gil, es en estos meses lenta y fastidiosa, debido a las calmas continuas en estos mares, y por esta causa, añade, hemos tardado más de 48 horas en una travesía de pocas leguas; pero para el regreso, tenemos la gran ventaja de la corriente de Humboldt, una de cuyas ramificaciones, pasa por las islas y lleva la dirección que necesitamos, es decir de Este a Oeste”.

Como el señor Gil no puede permanecer mucho tiempo fuera de sus haciendas, y como además, sus ocupaciones en esta isla estarán concluidas mañana, saldremos inmediatamente, a lo más tarde, después del medio día.

Enero 14.— A las doce del día nos embarcamos en la “Tomasita”, y momentos después leva anclas y se aleja poco a poco del Puerto, a favor de una ligera brisa que sopla de tierra. Poco tarda la balandra en entrar en la corriente, y ésta la impele con bastante rapidez hacia el Occidente. El viento cesa por completo, y el mar se halla en una calma absoluta; pues no se ve ni una arruga en la tersa superficie, y únicamente se notan las grandes ondulaciones de la corriente. El calor es sofocante y ni una sola nube empaña la pureza del cielo, de un color azul oscuro.

Por la tarde, Chatham se halla ya muy lejos y nos acercamos a Barrington; puedo ver sus cerros elevados y cubiertos de vegetación de color gris, sin la más pequeña mancha verde. Ba-

rrington es una isla de aspecto desolado, y en toda su costa que da hacia el Sur y el Oriente, no se ven sino acantilados en los que chocan las olas con verdadera furia; no sé si al Norte y al Oeste, tenga algunos fondeaderos. Sin embargo de su aspecto árido, viven en ella muchísimas cabras, llevadas por D. Manuel J. Cobos.

Al anochecer, nos encontramos muy cerca de Indefatigable o Chávez pues la corriente nos ha desviado bastante en esa dirección. Indefatigable es la segunda isla del Archipiélago por su extensión, y según los datos que me han suministrado, es sin duda alguna, la más importante, ya por la abundancia de agua dulce, como por la considerable extensión de terrenos cultivables. Me aseguran que viven en ella, muchos burros y cabras, y que los galápagos aun no han sido destruidos por completo, como ha sucedido en Chatham. Desde el buque veo sus cerros altos, cubiertos de vegetación verde, y su aspecto general, es muy semejante al de aquella isla. (1)

Hacia el Norte se alcanza a divisar a James, otra de las islas más importantes del Archipiélago, por sus terrenos cultivables, por sus manantiales de agua dulce, y principalmente, por la abundancia de burros y de puercos, que dicen que viven en grandes manadas. En James se efectuó hace pocos años, una formidable erupción volcánica, y según me referían en Chatham, desde allí veían

(1) En estos últimos tiempos, se ha tratado muchas veces de establecer colonias en esta isla, y una de ellas de unos noruegos que se dedicaron a la pesca y fabricación de conservas, según parece, llegó a prosperar mucho, pero también fracasó, debido a causas que no hay para qué explicarlas. De la numerosa colonia que hubo al principio, me han dicho que ya no quedan sino unos pocos individuos. Mientras no se establezca por cuenta del Gobierno, un servicio regular de buques, fracazarán igualmente cuantas tentativas hagan los particulares, para establecerse en las islas.

los fulgores de la erupción. Parece que el cráter ignívomo aun no se halla apagado, pues hasta el año pasado, se podía observar desde Chatham, los reflejos de la erupción. Otra curiosidad de la isla, es una salina muy grande, que ocupa el cráter de un volcán apagado. (1)

Al Occidente de Indefatigable, se ve otra isla de poca altura y escasa extensión, Duncan, notable por la abundancia de galápagos, y más aun, porque dicen que estos son algo diversos a los que se hallan en las otras islas.

Enero 15.— Durante la noche, la balandra ha avanzado muy poco hacia el Oeste, pero en cambio ha derivado mucho al Sur, de tal manera que al amanecer, la isla de Floreana, o Charles, se halla a pocas millas de nosotros. El aspecto de esta isla, es muy semejante a Chatham y a Indefatigable, pues se ve como en aquellas, cerros altos, de formas redondeadas y cubiertos de vegetación verde. Floreana tiene una historia más extensa que las otras islas, ya que fué la colonizada por el General Villamil, y después, por el desgraciado Valdizán; pero parece que en ella pesa una maldición; pues no ha subsistido ninguna de esas colonias, y aun la última, fundada por don Antonio Gil, fue trasladada a Albemarle. Actualmente en ella no quedan sino los restos de las antiguas plantaciones y de los animales domésticos. (2)

(1) También, en estos últimos años se ha explotado la sal de esta isla, y el producto de superior calidad, era vendido por el Estanco, a un precio mayor que el de la sal de Santa Elena. No he tenido conocimiento si sigue todavía la explotación.

(2) Como en Indefatigable, también ultimamente se han establecido colonos en Floreana, y si no estoy equivocado aun viven algunos allí, y entre ellos, aquel alemán que con una mujer, tratan de imitar a Adán y Eva en el paraíso, pues dicen que viven desnudos. Debe tratarse de un par de locos.

Hacia el Noroeste, se divisa una isla muy grande, que parece ocupar todo el horizonte: es Albemarle, a la cual nos vamos acercando poco a poco. Al verla desde alguna distancia, esta isla parece formada por tres conos muy truncados independientes, separados por canales, y unicamente, cuando nos hallamos muy cerca, puedo comprobar que se hallan unidos por las bases.

Cerca de la costa Sudeste, surgen del mar cuatro islotes, el más grande de los cuales, tiene la forma de herradura: son los Crossmans, o "Cuatro Hermanos", como los llaman los marineros, y algo más al Oeste, Bratle, otro islote de mayor tamaño que los anteriores, me sorprende por su perfecta forma circular, tanto que parece hechó a toro. Tanto los Crossmans, como Bratle, y unos cuantos promontorios unidos a la masa principal de la isla, son de colores claros, y me recuerdan las lomas áridas de cangagua, del interior de la República.

Las costas de Albemarle, tienen un aspecto muy diverso de las de Chatham, y ya no son esas orillas áridas y desoladas que tanto llaman la atención al llegar a esa isla: aquí se hallan cubiertas de vegetación, y se ven grandes fajas de manglares en toda la extensión que alcanza la vista, y unicamente, estrechas lenguas de piedra negra, que se internan en el mar, se hallan desprovistas de vegetales. Pero atrás de las fajas de manglares, se divisan grandes llanuras de un negro brillante, y en las cuales se ven verdaderos bosques de tunas y de cereus; más allá, se eleva el terreno cubierto a medias por una vegetación de color gris, y más lejos aun, en los flancos del cono central y de las cordilleras que le circundan, bosques verdes y extensas praderas, las que terminan en la parte superior, en una línea absolutamente horizontal.

La entrada a Puerto Villamil, situado frente a

Bratle, es difícil, debido a que el paso es muy estrecho entre las rompientes y escollos de los que está llena la bahía. El buque avanza, pues, muy lentamente, y a uno y otro lado revientan las olas con furia inaudita, al chocar con las rocas que se hallan a flor de agua, levantando montañas de agua y torbellinos de espuma, con un ruido atronador. Poco a poco, se presenta el Puerto de aguas más profundas y tranquilas, rodeado de frondosos manglares y bosques de manzanillos. En una estrecha playa de arena y destacándose de las fajas verdes de los bosques, se divisan algunas casas y cabañas, las que se reflejan en las aguas verdosas de un estero: es Puerto Villamil.

La balandra fondea lejos de la orilla y frente a la casa principal del señor Gil, y en una **chalana**, especie de bote de fondo plano, nos acercamos a la playa, a la cual, sin embargo no podemos llegar, porque no hay profundidad suficiente, y entonces nos toman en hombros varios marineros, y nos transportan de esta manera tan prosaica, hasta ponernos sobre las arenas secas de la orilla. Hemos tardado 28 horas en la travesía desde Chatham a esta isla.

PUERTO VILLAMIL

(Apuntes de mi cartera)

Como a Puerto Villamil llegué al anochecer, poco pude ver esa tarde del paisaje que le rodea, ni me di cuenta exacta de la situación del puerto, y solamente al siguiente día, admiré la simpática agrupación del caserío y los paisajes *sui géneris* que le circundan.

La especie de pueblo que forman las casas y cabañas del Puerto, se halla situado en una península muy estrecha, cubierta de arena blanca, y de la cual sobresalen picos y rocas de lava negra como el carbón. La casa principal del señor Gil, de bonito aspecto y rodeada de corredores y galerías, se encuentra en una lengua estrechísima de terreno, de tal manera que el mar se halla a uno y otro lado, a pocos metros de distancia. Una de las fachadas principales de la casa, domina la bahía del puerto, propiamente dicho, la cual es de forma muy irregular, debido a los muchos cabos, puntas, ensenadas y esteros que le rodean; al frente, cerrando la bahía, se ven lenguas estrechas de piedra negra, cubiertas de manglares, y atrás de ellas los inmensos tumbos de agua que levanta el mar, al chocar con los obstáculos; diseminados en toda la bahía, surgen islotes aislados, cubiertos también de manglares, formando verdaderos ramilletes de verdura, sobre zócalos de azabache. De la fachada contraria, se domina la otra bahía

muy extensa, con playas de arena blanca, las que formando una inmensa curva absolutamente regular, se pierde a la distancia entre los manglares.

De los corredores de la casa, se divisa hacia el interior de la isla, una inmensa llanura, que desde el mar se extiende hasta las primeras pendientes del cono central, cubierta en partes, por la vegetación de color gris característica, y en los sitios que ésta falta, se ven campos negros que brillan con el sol, como si fueran barnizados. De la llanura se levantan varios conos de figura absolutamente perfecta, como hechos a torno y de colores claros, y pequeñas cordilleras negras, que se asemejan a grandes montones de carbón.

Las llanuras negras que había visto desde el mar, y después de los corredores de la casa, no son otra cosa que inmensos campos de lava, la cual se ha derramado, según parece, en una sola y monstruosa erupción del volcán central. Hasta ahora se notan perfectamente las curvas formadas por el avance desigual del torrente igneo fluido, viéndose claramente el trayecto que ha seguido desde la parte superior. En varios sitios se descubren restos de lavas más antiguas, las que permanecen como islas al medio de ese verdadero mar de piedra negra fundida. En otros lugares ha encerrado considerables extensiones del mar, las que ahora forman hermosas lagunas de agua salada, rodeadas de manglares. Las muchísimas lenguas de piedra que se internan en el mar, y las no menos numerosas ensenadas y esteros que recortan la costa, son debidas indudablemente, a la mayor o menor resistencia que haya tenido la lava en su cause, al dirigirse hacia el mar.

Mucho después de haberse formado el cono central, y de haber arrojado por su monstruoso cráter, este gigantesco mar de lava, se han levantado innumerables conos, que se ven diseminados en la

llanura y en los flancos de cono principal, y éstos a su vez, han lanzado corrientes de lava, que se cruzan en todo sentido, formando un laberinto de corrientes pequeñas. Los conos de colores claros que también se los ve rodeados por completo del mar de lava, son indudablemente de palagonita y por tanto análogos a los islotes de las cercañas de la costa.

El paisaje en uno de estos campos de lava, es de los más raros que se puede imaginar, y nos trae el recuerdo de las épocas geológicas lejanas y primitivas de la tierra, tal como nos las pintan los geólogos. Una llanura extensa de color negro absoluto, que brilla al sol, como si fuera bruñida, se halla cruzada en todo sentido por grietas profundas de anchura variable; inmensas ampollas que se han levantado de esa enorme masa en fusión, como de una caldera hirviente de espesa miel, y que luego han reventado, dejando los bordes fillos como cuchillos, y en el fondo de la profunda abertura, montones deformes de rocas despedazadas. Más allá interrumpen la uniforme llanura murallas de roca reluciente que se levantan perpendicularmente, como si fueran los restos de algún edificio ciclópeo; luego, pequeños conos con su cráter terminal, pero que parecen haber sido destruidos y despedazados en algún cataclismo colosal. De repente se abren al pie del viajero que recorre esta llanura de pesadilla, profundas cavidades circulares, que dan entrada a magníficas cavernas, con bóvedas de construcción tan perfecta, que parecen ser naves de catedrales, y al fondo de otros, se descubren verdaderos oasis de verdura, que no se esperaba ver en esos lugares desolados. Pero lo más raro y especial, es el grotesco bosque, si vale la expresión, de TUNAS y de CEREBUS que crece en este paisaje tan especial; pues, al borde de las grietas y hundimientos, sobre las murallas destruidas y al borde de los pequeños cráteres, y en

fin, por todas partes, millares de esos vegetales, ya en un solo pie, como si fueran podados artificialmente, o ya como candelabros monstruosos, forman un bosque que parece ser de plantas petrificadas, ya que ni los mayores vientos pueden mover sus carnudas hojas, cubiertas de espinas. Hasta los animales que habitan esta región, son dignos de ella; pues se ven grandes y repugnantes iguanas negras y rojizas, que con los miembros extendidos, reciben el sol de fuego que cae sobre ellas; millares de lagartijas, con cabeza roja y provistas de cresta como las iguanas, de la cabeza a cola; gigantescos ciempiés, tamaños como culebras y bandadas de una especie de langosta o saltamonte muy grande y que se cruzan es todo sentido, completan más la ilusión del viajero, que se cree transportado a una de las épocas geológicas más antiguas de la tierra, hacen millones de años.

Las lagunas interiores, algunas de ellas de considerable extensión, se hallan bordeadas de manglares, y contrastan agradablemente, con los campos negros y desolados que les rodean. En sus aguas, que sin duda se comunican con el mar por grietas interiores, viven millares de peces de muchas clases, y en sus orillas, se ven garzas blancas, alcatraces y hermosos flamencos de color rosado.

Los manglares que bordean las orillas del mar y de las lagunas interiores, ya no son los raquícos que he visto en Chatham, pues aquí son tan corpulentos como los del Continente. De la misma manera, mucho más desarrollados que en la otra isla son los **manzanillos**, los cuales forman frondosos bosques en las playas de arena que se hallan algo alejadas del mar, y mezclados con ellos, crecen otros árboles, siendo los principales el **jelí**, de buena madera, la **cisalpínea** que ya he visto en Chatham, varias mimosáceas, una variedad de **guanábana** silvestre, el algodón, etc. En

los hundimientos de los que he hablado, crecen juncos, helechos y una ciperácea, y en las playas de arena cercanas al mar, otra ciperácea, y una convulvúcea muy parecida al camote (*convulvulus batata*), cubre casi por completo el suelo.

En ciertos lugares que parece que antes han estado ocupados por lagunas, se ha formado un terreno vegetal, mezcla de basalto y de conchas trituradas, con restos orgánicos, de una fertilidad verdaderamente prodigiosa. En uno de ellos, el señor Gil ha formado una pequeña huerta, y en la cual, a pesar de contar pocos años he visto palmeras en plena producción, con enormes cocos, higuera cubiertas de frutos exquisitos, papayas, higos, plátanos, árboles del pan, etc. Además existe un cañaveral con cañas gigantes, pero que tienen el jugo algo salobre, debido sin duda a la sal que debe contener todavía el suelo. También, varias matas de algodón muestran abundancia de capullos, y aun, he podido ver algunas plantas de arroz, con buenas espigas bien granadas. Desgraciadamente, estos lugares ideales para la agricultura, son muy escasos y de extensión pequeña.

Bajo la potente costra que forma la corriente de lava, parece que existen depósitos de agua dulce, pues se la encuentra en casi todos los hundimientos profundos, y si bien, la de los pozos cercanos al mar es algo salobre, la de los que se hallan distantes hacia el interior, es excelente. Además, cuando baja la marea y se descubren las playas, se ven algunos arroyos de agua bastante potable, los cuales deben tener su origen, sin duda alguna, en las regiones superiores de la isla.

Hacia el Noroeste del Puerto y a una distancia aproximada de dos kilómetros, se levanta de la llanura, una pequeña cordillera aislada compuesta por un acumulamiento de rocas negras, de una longitud de más o menos un kilómetro y de altura

media de 50 metros. Esta pequeña cordillera, que parece una gigantesca aglomeración de carbón, no es otra cosa que una corriente de lava muy moderna, y cuyo punto de origen se encuentra en un pequeño cono de escasa elevación. Indudablemente, no han debido haber pasado muchos años desde que se formó, pues aun no se nota ningún vestigio de descomposición en sus enormes pedrones angulares, de aristas muy vivas, y ni tampoco los vegetales han tenido tiempo de crecer sobre ella, como sucede en otras corrientes más antiguas. A mi modo de pensar, esta corriente aun no debe de haber completado 100 años de existencia, y no creo muy difícil que haya resultado de la erupción volcánica acaecida en la parte Sur de esta isla, el año de 1835. El aspecto general de esta corriente de lava, me recuerda el que tienen algunas de las de los Andes que yo conozco, y en especial, el de la de Antisanilla, en las cercanías del Antisana, pero diferenciándose de aquella, en el color, pues la de allá es pardo rojiza, y la de aquí absolutamente negra. Si esta corriente de lava, no fuera tan moderna, ya debían haber nacido y crecido en ella, algunos *cereus* y tunas, por lo menos líquenes, y al contrario, en toda la extensión que he podido recorrerla, no he podido hallar el menor vestigio de vegetación. Se halla orientada de Oeste a Este, y cubre una extensión considerable de los campos de lava más antiguas. (1)

Desde el Puerto se alcanzan a divisar todos los

(1) Reflexionando mejor, yo creo que la corriente de lava de la que me ocupo aquí, no debía haber sido arrojada por ningún cráter en estado flúido, sino que más bien que emergió de una grieta ya casi solidificada; pues, de lo contrario no se puede comprender, como haya recorrido la distancia de un kilómetro, en una llanura horizontal, sin derramarse a los dos lados, y por lo que recuerdo, sus costados se levantaban casi perpendiculares sobre el suelo, tanto que me costó mucha dificultad el trepar a su parte superior.

cerros de la parte Sur de Albemarle, y he podido comprobar que propiamente no existe una cordillera, como pintan en los mapas, sino únicamente dos grandes conos independientes y principales, separados por una profunda garganta, y flanqueados cada uno de ellos, por numerosos contrafuertes, que según parece no son sino grandes corrientes de lava, provenientes de sus respectivos cráteres.

El cerro que se halla al Oeste, llamado "Cerro Azul", es en su forma general, muy semejante al central, pero sus flancos son menos tendidos y su altura es mayor. Su configuración, al verlo desde el Puerto, recuerda al cerro de Puzalagua en la provincia de León, o al de Casitagua en la de Pichincha, y parece tener en su cumbre, un cráter de considerable magnitud.

En Puerto Villamil, viven cosa de 50 personas, cuya ocupación principal consiste en la carga y descarga de los buques que llegan a la isla; en el transporte desde la hacienda superior, al puerto, de los productos de exportación, como cueros, azufre, aceite de galápagos, etc. Algunos se ocupan en recoger conchas marinas, para quemar cal, y otros en fin, ya en una tenería, ya en la pequeña huerta, o ya en las salinas.

El Sr. Gil ha establecido una pequeña tenería, y la construcción de los estanques necesarios, es muy curiosa y particular; pues ha aprovechado de una de las innumerables grietas del campo de lava, la cual, mediante una capa de cemento en el fondo y de unas cuantas divisiones, se ha convertido en una serie de excelentes baños. He visto cueros de res muy bien curtidos, así como también de lobos marinos y de perros, y sería de desear que los señores Gil incrementen esta industria, ya que no les falta la materia prima, y además poseen grandes bosques de árboles, cuya corteza es muy rica en tanino.

Las salinas naturales que existen en las cercanías del puerto, se hallan formadas por diferentes hoyos en la lava, a los cuales penetra el agua del mar en las grandes mareas; con el sol, una parte del agua se evapora, y la sal que contenía se precipita al fondo, no restando entonces otro trabajo que el de recogerla.

La pesca es aquí muy fácil y abundante, y en pocos minutos se puede pescar el número de peces que se desee. En las lagunas interiores y en los esteros, abundan las lisas, y en la bahía del puerto los robalos y otros cuyos nombres ignoro. A la entrada del puerto y en las cercanías de las rompientes y escollos, pululan los **meros** o bacalaos, y de su inmensa abundancia puede dar una idea lo siguiente: el Capitán de la balandra "Tomasa" me invitó a una pesca de estos peces, y en menos de un cuarto de hora, fueron capturados con los anzuelos, 30 grandes bacalaos, cada uno pesaba más de 20 libras, y si no continuamos con la pesca, fue debido a que el bote que tripulábamos, ya no cabía. Además, muy cerca del Puerto, hay un banco de excelentes ostras, y bajo las rocas submarinas poco profundas, es muy fácil coger con la **mano**, muchas y grandes langostas.

Naturalmente, debido a la abundancia de peces y de mariscos y a la facilidad asombrosa que se tiene para pescarles, la alimentación principal de los habitantes del Puerto, es el pescado; pero no falta casi nunca carne de res y de galápagos, y además yucas y **otois**, remplazando esta última raíz a la papa, mucho mejor que la primera. En vez de manteca se emplea el aceite de galápagos, el cual, si bien al principio repugna, llega uno muy pronto a acostumbrarse a él.

El clima del Puerto es caluroso, pero casi nunca faltan brisas que refrescan la atmósfera, y no son muy raros en estos meses, los chubascos que a veces son muy fuertes aunque de escasa duración.

El agua del mar es notablemente más fría que el aire ambiente, fenómeno debido a la corriente antártica, y en ciertas épocas, parece que la diferencia llega a 10 grados; esto sucede generalmente en los meses que corresponden al Invierno austral, época en la cual, los hielos polares avanzan mucho hacia el Norte, impelidos por la corriente.

Los mosquitos son muy numerosos, y como en todas partes donde abundan, forman una verdadera plaga; además, al bañarse en los esteros, un tábano muy grande, clava su aguijón de fuego, en las partes descubiertas del cuerpo. También las moscas comunes, sin duda importadas, se han multiplicado de una manera prodigiosa, y son sumamente fastidiosas.

Para mí la vida en el Puerto, ha sido muy interesante y entretenida; pues he pasado las horas, ya sobre las abruptas rocas que dominan el mar, contemplando la furia inaudita de las aguas al chocar con los escollos, o ya en las playas, observando la vida de esos millones de seres, tan raros y especiales que pueblan el océano. Por las mañanas, mi paseo favorito es el de internarme en los campos de lava, porque no me canso de admirar los grotescos bosques de tunas y **creus** y los diversos fenómenos que se encuentran en ellos a cada paso.

Don Antonio Gil Q. que es todo un caballero, ha procurado de todas maneras hacerme agradable la vida en esta isla, y para que yo pueda conocer la parte superior me invita a que le acompañe a la hacienda de Santo Tomás, situada a bastante distancia y a media altura en los flancos del volcán central. Debido a esto, pronto podré conocer las praderas de la parte superior, y principalmente el gigantesco cráter que me han dicho que se abre en la cumbre del gran cono central.

CAPITULO IV

LA HACIENDA
DE SANTO TOMAS

El camino que del Puerto, conduce a la hacienda de Santo Tomás, situada en las pendientes meridionales del volcán central y a una altura de 320 metros sobre el nivel del mar, es bastante bueno, y se nota que sus constructores han tenido que vencer muchas dificultades para construirlo. Es verdaderamente notable que la iniciativa particular haya podido, sin ninguna ayuda del Gobierno, hacer este camino por medio de ese verdadero laberinto de corriente de lava. Para recorrer ese trayecto se necesitan algunas horas, ya por la distancia que es considerable, y ya también porque los caballos suben despacio entre las rocas y desigualdades del camino.

Una vez pasado el campo de lava, que desde el mar se extiende hasta las primeras estribaciones del cerro central, se atraviesa una zona análoga en la vegetación a la parte media de Chatham; pero no así en la topografía, pues aquí las corrientes de lava, se suceden unas a las otras y forman verdaderas vallas de muy difícil paso.

Estas corrientes de lava, parecen ser provenientes de los innumerables conos parásitos que flanquean al volcán central, y casi no se nota diferencia entre ellas, pues todas tienen el mismo color negro y aparentemente, también la misma edad, ya que la vegetación agostada que las cubre a medias, es enteramente semejante en todas ellas. La lava de estas corrientes, es distinta en lo absoluto, de la que forma el campo de las cercanías del mar; pues mientras la de allá es compacta y de

textura brillante, la de aquí es fragmentaria y esoriácea.

Hasta la altura de 200 metros sobre el mar, no se nota ninguna diferencia entre la vegetación de Chatham y la de esta isla, y únicamente llama la atención la falta del matazama, árbol tan común en aquella isla. De los 200 metros hacia arriba, empieza aquí la vegetación verde, porque en todas las islas, la línea divisoria entre la zona seca y la húmeda, se halla 50 metros más baja al Sur que al Norte. Esta diferencia en la línea divisoria, se debe, sin duda alguna, a que al Sur las islas reciben directamente los vientos cargados de humedad que soplan de esa dirección, condensándose los vapores acuosos al chocar con las islas, cuya atmósfera es siempre más fría.

A la altura de 250 metros, es menor la pendiente del camino; las corrientes de lava y las piedras sueltas, desaparecen debajo de una potente capa de piedra pómez menuda y de cenizas volcánicas, mezcladas con restos orgánicos, y la vegetación arbórea es infinitamente mejor que en Chatham. Los árboles de los bosques de esta zona, son corpulentos y se distinguen entre ellos, los Jaboncillos (*Sapindus Saponaria*) del cual he visto ejemplares que podrían hacer un buen papel, aun en las selvas tropicales. Además, hay guayabillos, lechosos y espinos, pero con un desarrollo mucho mejor que en la otra isla. Entre los arbustos me ha llamado la atención, una variedad arbustiva del *Sem* (*Cesalpinea*), que se lo cultiva en el Interior; pues las hojas, las flores y las semillas son enteramente semejantes. (1)

(1) Muchos años después, he conocido la vegetación que crece en las regiones secas de la Provincia de Loja, a la altura de 1.000 a 2.000 metros, y me ha sorprendido la semejanza con la de Albemarle en esta zona, pues, en Loja, como en esta isla, son muy comunes los Jaboncillos y el *Sem*.

Es muy notable la diferencia en el desarrollo de los árboles entre las dos islas, y más aun la falta absoluta en Chatham del Jaboncillo que es tan común en ésta. Esta diferencia la podemos atribuir a que el terreno en Albemarle, es mucho más suelto, debido a la abundancia de arena y de otros materiales análogos, mientras que en la otra isla, es compacto y arcilloso, y muy poco permeable, de tal manera que las raíces de las plantas penetran en él con dificultad.

Hasta un lugar llamado "La Loma", situado a 250 metros sobre el mar, descienden las carretas cargadas de azufre, cueros, etc. desde la hacienda de Santo Tomás, y desde aquí se hacen cargo los arrieros para bajarles al Puerto a lomo de mula. El camino desde La Loma, es muy bueno, de poca gradiente y ancho; es pues, una verdadera carretera que no creí encontrar en estas alturas.

La distancia desde La Loma a la hacienda es corta, y se la recorre en menos de una hora; primeramente se atraviesa una bonita región cubierta de bosques de Jaboncillos corpulentos y de otros árboles de vegetación muy frondosa; luego se encuentran algunos desbosques, con cultivos de caña de azúcar, yucas, otoyos, etc. con un aspecto netamente tropical; algo después, se ven algunos eucaliptus de muy regular aspecto y corpulentos ceibos, y al fin se llega a la hacienda, cuyo caserío pintorescamente situado en una suave pendiente, rodeado de extensos prados y de grupos de árboles, me recuerdan vivamente los hermosos campos de la región Interandina de Machachi, Cayambe y Pillaro. En el trayecto de La Loma a la hacienda, llama la atención, la inmensa abundancia de conchas de galápagos que se ve a uno y otro lado del camino; se pueden contar por millares, pero fue imposible ver uno solo con vida, pues han sido destruidos en su totalidad.

Las casas principales de la hacienda, construi-

das de madera y con cubierta de hierro acanalado, son amplias, cómodas y de regular aspecto; en cuanto a las habitaciones de los peones, cubiertas en su totalidad de paja de caña, forman una agrupación pintoresca. Al centro del caserío se levanta una pequeña capilla, o iglesia, con su torre respectiva, la cual por lo demás, se halla virgen, pues hasta ahora no ha venido ningún cura para estrenarla, y ha servido únicamente, de cementerio.

Desde la hacienda se divisan las pendientes suaves del cono central, cubiertas en su totalidad, de praderas de un verde brillante, y en las que se ven millares de puntitos de colores claros, del ganado silvestre que pasta en ellas. La parte superior se corta bruscamente en una línea horizontal, que parece hecha a regla, como ya había visto desde el mar.

Diseminados en las pendientes se ven varios conos muy truncados, y hacia el Estenordeste, una verdadera cordillera, que se desprende del cono central, y compuesta de varios cerros cónicos y picos agudos, que termina en las orillas del mar, en un cerro semejante, por su forma y color, a Brattle. Exceptuando las regiones ocupadas por esta cordillera, el cerro principal, al Norte y al Sur, se halla rodeado de la llanura negra ya descrita, y se levanta como una isla verde, al medio de ese verdadero mar como de carbón.

Entre los vegetales que crecen en las cercanías de la hacienda, he descubierto algunos semejantes a los de la Sierra, y que no los he visto en Chatham, y entre los cuales, puedo enumerar a una Datura, de flor blanca, muy parecida al D. Stramonium, llamado **chamico** en el Interior; la hierba mora (*Solanum nigra*); una labiada semejante al tipo (*Bystropogon*); una ortiga, etc. Además, he encontrado una hermosa solanácea arborecente, con flores blancas, pequeñas y muchos otros vegetales que sería largo enumerar y que son descono-

cidos en Chatham; pero en cambio aquí no he encontrado la **Yerva del Angel**, ni la **orejuela**, ni la **piperácea** aromática que son tan comunes allá.

Los prados en su totalidad se hallan cubiertos de una gramínea con aspecto de cebada tierna, viéndose entre ella muy pocos helechos, que son tan comunes en Chatham; pero no faltan algunos ejemplares de la hermosa variedad arbórea. En los planos inferiores, hasta los 500 metros de altura, se ven gigantescos Jaboncillos aislados y bajo su inmensa copa, los prados conservan la frescura que han perdido con el Verano. (1)

He visitado algunos de los pequeños conos que se ven diseminados en las pendientes del volcán central, y entre ellos es sin duda el más notable, el llamado "Cerro de la Cazuela", que se levanta a cerca de dos kilómetros de la hacienda, hacia el Norte. La forma de este curioso cerro, es la de un cono muy truncado y de una perfección muy notable, pues no tiene la menor desigualdad que le desfigure; se eleva a cosa de 80 metros sobre el plano que le rodea, y en su cumbre se abre un cráter, en forma también de un cono invertido, pero así mismo irreprochable, pues parece hecho a torno; la profundidad de este pequeño cráter, es de cosa de 50 metros por un diámetro de 60 en su boca.

Al Norte y unido a este cono por una pequeña

(1) A este respecto, en mi diario original encuentro este apunte: "Un ejemplar de estos árboles (Jaboncillos) me llama sobremana la atención por su belleza y por su tamaño: la base del árbol, se halla formada por dos brazos horizontales casi a ras del suelo, de cada uno de ellos se levantan tres verdaderos árboles de una igualdad sorprendente, hasta una altura que seguramente pasa de 20 metros, en ~~donde~~ de forman una sola copa, que da sombra a una gran extensión de terreno. El diámetro de cada uno de estos seis hermanos gigantescos, pasa de un metro, según la medida que tomé de la circunferencia.

cresta, se levanta otro semejante, pero más bajo y menos perfecto. Pero lo más interesante de estos pequeños volcanes, es que parece que son formados únicamente de arena y de piedra pómez menuda; pues no se descubre ni en el interior ni al exterior, el menor vestigio de rocas compactas. Al Oriente de la hacienda, he visitado otro grupo de pequeños volcanes semejantes a la Cazuela, que de la misma manera se componen de dos conos gemelos; pero de dimensiones menores, y con la particularidad de que uno de ellos, tiene dos cráteres muy reducidos y enteramente semejantes entre sí, separados por un tabique del mismo terreno que se compone el cono. El diámetro de cada uno de estos cráteres, no pasa de 10 metros, por una profundidad semejante, y son perfectamente circulares. El cono gemelo, no tiene ninguna abertura y termina en cúpula. (1)

El terreno de esta isla, es, como ya he dicho, distinto del de Chatham; pero también estoy muy lejos de creer que sea el resultado de la descomposición química del basalto, sino más bien de las arenas y cenizas volcánicas que cubren en su totalidad el suelo, desde La Loma, hasta la cumbre del cono central. Su espesor no es considerable, pues parece que en ninguna parte pasa de tres metros, y debajo se descubren las rocas negras, con

(1) No puedo explicarme la manera como se han formado estos conos de materiales sueltos y provistos de sus cráteres respectivos; pues en los Andes, no he visto nada que se les parezca. Pero, por la forma perfectamente circular, por su aspecto y color, no creo muy difícil que sean de una formación análoga a los cerros de toba o "palagonita", que con tanta profusión se ve en las regiones inferiores de las islas, y en cuyo caso, esta forma de manifestación volcánica, no se ha limitado únicamente a las épocas primitivas de las islas, sino que también se han sucedido erupciones de toba, en tiempos más modernos y mucho después de la formación del cono central, compuesto de lavas basálticas.

aristas vivas y sin el menor vestigio de descomposición. Este terreno, como todos los de origen volcánico y mezclado con los restos orgánicos de los vegetales, es sumamente fértil, y de allí viene que los productos agrícolas de esta isla, sean muy superiores a los de Chatham. Pues, aquí he visto yucas, por ejemplo, de un tamaño verdaderamente colosal, tanto que cada mata llega a producir una y más arrobas de raíces. Igualmente, la caña de azúcar tiene aquí un desarrollo muy superior al de la otra isla, sucediendo lo mismo, con los demás vegetales cultivados.

En esta isla, los cultivos principales, todavía muy en pequeño, son: la caña, la yuca, el otoy y el maíz; pero solamente para el consumo de los pocos habitantes. Se ha ensayado el cultivo de papas, y he visto el producto de regular calidad, pero indudablemente sería mejor, si el suelo fuera labrado antes de hacer la siembra. También el señor Gil ha sembrado un pequeño viñedo en las cercanías de la hacienda, con plantas originarias de la Provincia de Tungurahua; pero creo seguro que no ha de obtener un buen resultado, debido a la mala elección del sitio, pues, mucho mejor habría sido que haga el ensayo en La Loma, en donde el terreno guijarroso y el clima más seco, son más apropiados para ese cultivo.

Así mismo en la hacienda he visto algunos eucaliptus, con un desarrollo muy regular e infinitamente mejor que en Chatham, y dos soberbios ejemplares de ceibos, que llaman la atención por su corpulencia, sin embargo de no contar sino con cuatro años de sembrados. Además, ya se ven algunos naranjos, limones, papayos y arbolitos de café en buen estado de desarrollo.

Debido a la composición del terreno, tanto superficial, como del subsuelo, las aguas de las lluvias no forman manantiales ni depósitos duraderos, y por esta causa yo creo que esta isla nunca

podrá sostener un número considerable de habitantes, y por lo tanto, su porvenir está en la ganadería, para la cual, se presta admirablemente. Sería de creerse que el ganado no llegaría a prosperar por la falta de agua, pero la práctica nos enseña lo contrario, pues sin embargo de la escasez absoluta del precioso líquido, en los Veranos prolongados, el ganado se ha multiplicado prodigiosamente, y en la actualidad su número se calcula en 20.000 cabezas, sin contar las ya domesticadas, que pasan de 2.000.

El ganado que se halla aclimatado en esta isla, se ha acostumbrado a no beber agua sino en muy raras ocasiones, y la que necesitan para vivir, la ingieren con la hierba, la cual, siempre por la mañana se encuentra cubierta de rocío. Sin duda por la falta de agua, las vacas son poco lecheras, aun cuando son bien formadas y corpulentas; pues he visto el ordeño y el producto medio por vaca, creo que no pasará de un litro. Yo creo que mientras no se construyan aljibes capaces para recibir las aguas de las lluvias, la raza actual del ganado no podrá ser mejorada en lo concerniente a la producción de leche, y únicamente serán animales propios para la carnicería. (1)

(1) Desde luego, si todavía sigue en Albemarle el sistema que tenían para explotar el ganado, como cuando yo visité esa isla, es muy probable que ya se halle casi extinguido, y digo explotar por no decir destruir, que no otra cosa era la manera bárbara que se empleaba entonces. Como lo único que ambicionaban era la piel, el procedimiento para adquirirla era el siguiente: salía de la hacienda un grupo de cazadores, armados de fusiles, y toro, vaca o ternero que se presentaba, era cazado inmediatamente, y como la abundancia de reses salvajes era tan grande, hubo día que cobraron de esa manera, más de 100 pieles. Atrás de los cazadores, seguían los que desollaban al animal, muchas veces todavía con vida, y en seguida los arrieros que transportaban el producto del día a la hacienda. Había ocasiones en que la

Sería de desear que se introduzcan a esta isla, razas finas de ovejas, animales que no necesitan de agua para vivir, y para los cuales, el pasto existente y el clima, me parecen muy adecuados, y creo seguro que llegarían a formar después de poco tiempo, una fuente inagotable de riqueza, dado el valor subido que tiene actualmente la lana en el mundo.

Tanto para el ganado ya existente, como para las ovejas que se introdujeran, los perros salvajes constituyen una plaga terrible, pues, hacen estragos en los terneros y aun, en los animales ya crecidos, cuando les atacan en partida; sería indispensable el tratar de extinguirlos, trabajo, desde luego, muy difícil, debido a la abundancia de ellos. No comprendo como hayan aumentado tanto estos animales, en una isla en la cual el agua falta en lo absoluto, y creo muy probable que llevados de su instinto prodigioso, hayan descubierto algunos bebederos que no desaparecen en los Veranos, y que permanecen desconocidos para los habitantes.

Los galápagos, antes muy numerosos en toda la isla, son ya sumamente raros en las carcanías de

res herida o caía de contado y emprendía la fuga, para ir a morir quién sabe donde, devorada por los perros salvajes, para quienes quedaban también, los cadáveres que habían sido desollados, ya que la carne no tenía ningún valor.

También existía otro procedimiento del que fui igualmente testigo: de los rebaños ya medio domesticados, separaban una partida de 100 o más cabezas, indistintamente de toros, vacas o terneros, y la bajaban al Puerto, en donde eran sacrificadas para extraerlas la piel, pues la carne no servía para nada, ya que era imposible que consuman tanta cantidad, los escasos habitantes. Los cadáveres, una vez desollados, eran arrojados al mar, delante de la casa, y ya se puede imaginar, el hedor que despedirían tantos cuerpos en descomposición; pues la marea no podía arrastrar todos los restos, a los lugares más profundos. En esto hay que admirar la benignidad del clima, porque a pesar de tanta inmundicia, no existían enfermedades.

la hacienda; pues yo no he podido ver, en el tiempo que he permanecido aquí, sino tres ejemplares en libertad; pero me aseguran, que en las regiones retiradas y distantes del Norte y del Oeste del cerro central, existen todavía manadas considerables, las cuales, desde luego, también se hallan destinadas a desaparecer rápidamente, debido a las grandes matanzas que se hacen, con el objeto de extraer aceite, una de las mayores fuentes de riqueza de esta isla. En cuanto al resto del territorio de la isla, como todavía nadie les persigue, se sabe que viven por millares. (1)

Las aves terrestres son innumerables y todas semejantes a las de Chatham, pero aquí hay más abundancia y son infinitamente más mansas, pues no es raro que se posen en la cabeza o en los hombros de las personas. La mañana que visitaba el

(1) También, si las matanzas de galápagos han seguido como cuando yo estuve en Albemarle, es muy probable que en esa isla se hallen ya casi extinguidos, como ha sucedido en Chatham y en Floreana, en las cuales no ha quedado ni uno solo, y como también había pasado en grandes extensiones de aquella isla; pues, solamente por gran casualidad se podía encontrar un galápagos con vida, en las regiones algo cercanas a la hacienda, pero en cambio, en algunos lugares se veía el suelo literalmente cubierto con las conchas de los que habían sido sacrificados. Recuerdo principalmente de un sitio llamado la "Poza de los Galápagos", en donde, sin duda alguna, durante el Invierno se formaba una laguna, y en el cual, no se podía casi dar un paso, por la enorme abundancia de dichas conchas, algunas de las cuales eran de un tamaño verdaderamente colosal, pues median hasta cerca de un metro de diámetro.

Además del hombre, aquellos inofensivos animales, tienen también otro enemigo no menos temible en el perro silvestre, quién se ha dado maña para devorar a los galápagos, atacándolos por la única parte vulnerable que tienen, que es en el nacimiento de la cola, y principalmente, porque descubre con su instinto poderoso, los lugares en donde las hembras ponen sus huevos y los devora. Debido a esto, es ya casi imposible el encontrar un galápagos de corta edad.

cerrito de "La Cazuela", me senté a descansar a la sombra de un pequeño arbusto que había crecido al borde del cráter, y un momento que me ocupaba en hacer algunos apuntes, sentí sobre mi cabeza ruido de alas y luego algo pesado sobre ella; con el movimiento brusco que hice para descubrir la causa, se levantó un buarrio, tan corpulento como los que habitan el Interior, y el cual, había tenido el capricho de posarse en mi cabeza. Pero lo más curioso es que no huyó al notar mi presencia, pues se posó muy tranquilo en una rama del arbusto que la tenía al alcance de mi mano, y en la cual no tardó mucho en tener compañía, porque vino su compañera o compañero y se colocó a su lado, permaneciendo allí los dos, sin dar ninguna señal de susto; como me cuidé muy bien de no molestarles, allí se estuvieron hasta que me retiré.

Las langostas o saltamontes grandes, que también viven en el Puerto, son aquí más numerosas que allá, y causan mucho fastidio, porque muchas al volar, chocan con la cara, ya que no siempre se las puede evitar. Igualmente muy molestosas son las moscas azules de la carne, que viven por millones en los lugares donde hay una res o un galápagos muertos. En cuanto a los zancudos son escasos, pero siempre, por pocos que sean, no dejan de fastidiar principalmente durante la noche.

En la hacienda de Santo Tomás viven actualmente cosa de 150 personas, entre hombres, mujeres y niños, y aquí ya no se nota una desproporción tan considerable entre los elementos masculino y femenino, y bien se puede decir que se hallan equilibrados; pero sin embargo, la moralidad, como Chatham, deja mucho que desear. (1)

(1) La causa para que en Albemarle los habitantes desearan mucho que desear respecto a moralidad, era porque ca-

La ocupación principal de los habitantes de la hacienda consiste en la explotación de la mina de azufre y en el transporte del mineral hasta el puerto; en el cultivo de los pequeños e incipientes campos agrícolas; en el pastoreo del ganado ya domesticado, en el ordeño de las vacas lecheras y en la fabricación de quesos. Algunos se ocupan en cazar el ganado salvaje y otros en la extracción de aceite de galápagos; los primeros para aprovechar únicamente las pieles y los demás, para proveer de aceite al consumo local y el sobrante para la exportación a la Costa. También hay algunos que se ocupan en la cría y engorde de puercos.

La alimentación consiste en carne de res y de galápagos, con yucas y otoys. La caña de azúcar sirve solamente para la fabricación de mieles, ya sea para el consumo de los habitantes, y ya también para exportar el sobrante; para moler la caña existe un pequeño trapiche movido por bueyes. La fabricación de aguardiente, aun no se halla establecida, y por lo tanto ese licor es casi desconocido; pues únicamente lo tienen importándolo de la Costa o de Chatham. Desde luego, los peones fabrican con la miel una bebida fermentada, la cual les embriaga tanto como el aguardiente.

La gente, así como también los animales, su-

si todos habían sido criminales, o por lo menos contraventores, y que fueron enviados a esa isla, cuando Dn. Antonio Gil, fué Intendente de Policía del Guayas. Además, como en Chatham deseaban librarse de todo el elemento malo, enviaban a Albemarle cuanto individuo de malos antecedentes había quedado allí; pero, como no podían los arrendatarios del Ingenio, perder la cantidad que adeudaban, en remplazo de los peones recibían ganado. Debido a esto, don Antonio Gil Q. se había visto obligado a rodearse de gente de toda confianza, como era la mayor parte de la que residía en el Puerto, y a seguir el sistema de don Manuel J. Cobos en cuanto a los procedimientos empleados para hacerse obedecer de aquellos individuos maleantes.

fren mucho por la escasez de agua, y por esta causa, en cada casa tienen barricas para recoger la de lluvia, y además, en la casa principal existe un estanque que puede contener una considerable cantidad de líquido, siendo esa agua la única que se consume. Actualmente se halla en construcción, en un sitio apropiado, un gran estanque o albarada de mampostería, el que, cuando se concluya podrá suministrar agua en cantidades suficientes, ya que ahora, muchas veces llega a faltar y entonces tiene un valor extraordinario, porque los que la tienen, la venden cara y en proporciones muy reducidas.

CAPITULO V

EL GRAN VOLCAN
CENTRAL

Los flancos del volcán central, que desde la hacienda suben hasta el borde del cráter, son muy tendidos y como no tienen ninguna desigualdad y se hallan cubiertos de césped, se puede subir a caballo por cualquier parte, y aun, las carretas que bajan el azufre, descienden por ellos, sin necesidad de caminos conocidos. De manera pues, que a caballo hice esta excursión, la cual es sin duda alguna, la más interesante que he realizado en Galápagos.

Como el trayecto que debíamos recorrer es bastante largo, y como además, deseaba disponer del mayor tiempo posible, muy por la mañana me encontraba a caballo, acompañado de dos guías que me proporcionó el Sr. Gil, pues, este caballero no pudo acompañarme como yo deseaba, por sus muchas ocupaciones en la hacienda.

Muy pronto dejamos atrás los lugares destinados al pastoreo del ganado domesticado, y entramos en los dominios de los animales salvajes. Vemos por todas partes, grandes manadas de toros y vacas, de raza hermosa y corpulenta, pero que huyen velozmente al acercarnos; grupos de perros de todo tamaño, protestan con furiosos ladridos de nuestra presencia en su territorio, pero al ver el poco caso que hacemos de sus bravatas, emprenden la carrera lanzando lastimeros aullidos, para ir a situarse a una prudente y respetable distancia; uno que otro galápagos, escapado por milagro de las matanzas, avanza lentamente entre la tupida hierba, pero al oír el ruido de los caballos, escon-

den bajo su concha la pequeña cabeza, como culebra y permanecen inmóviles, semejándose entonces, a una de las rocas negras que se hallan diseminadas en el campo. Millares de gavilanes, tórtolas y pájaros revolotean en el aire, y verdaderas nubes de moscas azules, se levantan de los restos en descomposición de los animales muertos, produciendo un zumbido de lo más extraño. Todo esto da al paisaje un aspecto risueño y animado, para lo cual contribuye mucho, el de los campos de un color verde esmeraldá, con uno que otro helecho arborecente que, como si fuera una pequeña palmera, levanta su tronco negro, al medio de ese verdadero mar de vegetación.

La mañana estaba espléndida; a la salida del sol, exactamente en dirección a Chatham, pude ver por un momento los cerros más elevados de esa isla, pero debido al reflejo de la luz solar en las aguas del océano, desaparecieron en seguida. Yo respiraba con deleite ese aire puro y fresco, que me recordaba mis pasadas excursiones, por los campos y cordilleras andinas, tan queridos y ahora tan distantes.

Entretenido en admirar ese paisaje tan hermoso, no me di cuenta cuando ya llegábamos al borde del cráter, y repentinamente se abrió a los pies del caballo, un abismo espantoso que me causó vértigos, y entonces hice retroceder horrorizado a mi cabalgadura, porque, sin ningún plano intermedio y como si me hallara sostenido por la barquilla de un globo, alcancé a ver a gran profundidad, una llanura negra y lisa, cruzada por grietas, de algunas de las cuales se escapaban ligeras y ténues columnas de vapor, y sin poder descubrir, en ninguna parte el menor vestigio de vegetación; era, pues el cráter, a cuyo borde Sur habíamos llegado.

Mi primera impresión fue de asombro y de estupor, al ver las dimensiones colosales de ese gigantesco circo, rodeado de paredes verticales, y ja-

más había podido suponer que en nuestro planeta existiera un cráter tan monstruoso. Pero ya serenado un tanto, me acerqué al borde del abismo y traté de calcular las dimensiones de esa verdadera imitación de los circos de la luna, cosa, desde luego muy difícil al no tener ningún instrumento; pero sin embargo, valiéndome de algunos puntos de referencia, hice un cículo aproximado del diámetro, y por el tiempo que tardó una piedra para llegar al fondo, medí aproximadamente la profundidad. Después de estas operaciones, dirigí mis miradas por todos lados y se me presentó a mi vista, un panorama inmenso, de aquellos que jamás se puede olvidar.

Hacia el Oriente y al Sur, se ven primeramente los campos verdes de las praderas, salpicadas de bosques oscuros y de árboles aislados, y en ellos millares de puntitos de colores claros, del ganado salvaje; más abajo, asoman los bosques grises, como si estuvieran cubiertos por la ceniza de alguna erupción volcánica, y luego, las llanuras negras que rodean el cono, semejándose a un mar de azabache; más lejos se divisan las orillas bordeadas de fajas de verdura, que se confunden con las blancas que forman las rompientes, y al fin, el mar infinito, de color azul claro, con grandes manchas blancas como si fueran de leche. Cerca de la costa y rodeado por las aguas, se levanta el islote de Brattle, que desde esa altura, se asemeja en la forma y en el aspecto al Coliseo de Roma; más allá los Crossman componen un pequeño archipiélago de cuatro islotes de color amarillo, y más lejos, Floreana deja ver sus cerros de color verde, y al fin, como nubes lejanas que se confunden con el horizonte, se divisa a Hood y a Chatham. Mucho más cerca y hacia el Oriente, Indefatigable y Barrington parecen que forman una sola isla, y al Noreste, James y Duncan presentan el mismo fenómeno. A pequeña distancia y al Occidente,

“Cerro Azul” parece elevarse hasta las nubes, y hacia el Norte, Narborough, con su enorme cono negro, en el cual se distingue un cráter gigantesco, parece formar parte integrante de esta isla. Hacia el Norte del cráter, se ve en primer término, la llanura negra del fondo y luego el borde opuesto, como si fuera una cordillera lejana; después el gran volcán del Norte del istmo, de figura cónico-truncada perfecta, deja también ver en su cumbre, otro cráter monstruoso, y más lejos aun, los otros volcanes de Albemarle, los cuales se confunden con las lejanas islas de Abingdon, Bindloe y Tower, apenas visibles en el horizonte, como pequeñas manchas oscuras.

Al continuar nuestro camino hacia el Oeste, y siempre siguiendo el borde del cráter, ya que no hay ninguna dificultad, me sorprendí mucho ver que se abría otro abismo atrás de la cordillera que yo había supuesto que era el borde; pero después comprendí que no era otra cosa que un cono de erupción, el cual divide el único cráter, en dos secciones desiguales, como sucede con el del Pichincha, en los Andes. Ya desde que llegamos a la vista del segundo cráter, percibimos algunas columnas de vapores amarillentos y densos, que salían, al parecer del fondo, y al llegar sobre ese lugar mis guías me dijeron que aquellas eran las minas de azufre. Por un buen camino, abierto desde el borde, descendimos cosa de 100 metros, hasta una pequeña plataforma situada al frente de las solfataras y a 25 metros sobre el fondo del cráter, en donde dejamos los caballos atados a unos arbustos de espino y de la solanacea que crecen allí. Como las solfataras se hallan en el cono de erupción, y a más o menos 30 metros sobre el fondo, para llegar a ellas, fue preciso primeramente descender hasta la llanura de lava que torna el suelo del cráter, y luego, ascender hasta las bocas, de las cuales se escapan torrentes de vapores de azufre,

con un ruido que se asemeja al que produce un viento huracanado.

Pero antes de seguir adelante, es preciso que primeramente haga una ligera descripción del cráter:

El cráter es de figura elíptica casi perfecta, y en los bordes no tiene picos o aristas que sobresalgan de ellos, y de allí viene, que al verlos desde el mar o de las regiones inferiores, se note una línea perfectamente horizontal que corta el cono. Del fondo del cráter, pero no de su centro, sino a un tercio, más o menos, de su mayor diámetro, hacia el Oeste se levanta un cono de erupción, con su respectivo cráter terminal, algo desgarrado hacia el Sureste. Este cono, que es más elevado que los bordes exteriores del cráter principal, es sin duda alguna, la parte del volcán que ha conservado por más tiempo la actividad, y parece que por él se han efectuado las últimas erupciones del cráter principal, de las cuales provienen dos pequeñas corrientes de lava, una al Sur y otra al Norte, que son las que forman la valla que divide en dos secciones a ese gigantesco circo. Estas corrientes no han alcanzado a derramarse hacia el exterior del cono, y ni siquiera llegan al borde exterior, pues en su punto de unión con la pared de circunvalación, tienen pocos metros de altura sobre el fondo.

De manera, pues, que el cono de erupción y sus dos corrientes, dividen al cráter en dos secciones desiguales: la del Oriente, perfectamente circular y la del Occidente en forma de una media luna. Los habitantes de la isla llaman **Volcán Pequeño**, a la sección del Oriente, y **Volcán Grande** a la del Occidente, sin embargo que ésta no es sino una octava o décima parte de la otra.

El fondo de la sección Oriental, es plano y ligeramente inclinado hacia el Sur, y se compone de una superficie lisa de roca negra brillante, cruzada por grietas de diferentes tamaños, tal como son

las llanuras negras de las cercanías del mar. En cuanto al fondo de la otra sección, también es plano, pero la roca que le compone, no es lisa, sino llena de aristas, y su color es gris perla.

El diámetro total del cráter, puede tener de siete a ocho mil metros de Sur a Norte, y otro tanto de Oriente a Occidente, pero sólo hasta el cono de erupción pues la parte que queda detrás de éste, seguramente mide de 500 a 600 metros de ancho, en su parte central, pues en los extremos de la media luna, mide pocos metros. De tal manera, que el cráter en su mayor diámetro, teniendo en cuenta el espacio que ocupa el cono de erupción, puede medir de nueve a diez mil metros. Así pues, este gigantesco cráter, es de catorce a dieciséis veces más ancho que el del Tungurahua, el cual no mide sino 500 metros, y de nueve a diez veces al del Cotopaxi, ya que éste no pasa de 800 metros. (1)

La profundidad al Sur, en donde alcanza su máximun, la calculé en 300 metros, pero al Norte es mucho menor. En cuanto al lugar por donde se penetra al interior, no llega seguramente, ni a 150. Al Sur, las paredes son perpendiculares, y en algunos puntos más bien, contra la vertical, pero en otras direcciones, presenta plataformas escalonadas y pendientes bastante suaves, por las cuales se podría descender fácilmente.

De algunas de las grietas que se ven al fondo de la sección Oriental, y cerca de la pared del Sur, se desprenden vapores muy claros, que no dejan nin-

(1) Como esto fué escrito mucho tiempo antes de las erupciones del Tungurahua de 1916 y 1918, comparé con la abertura del cráter de este volcán, tal como la tenía entonces; pero como después de dichas erupciones, ha sufrido muchos cambios, ya no es exacta esa comparación; pues durante las de 1916, aumentó el diámetro cosa de 300 metros, y en las de 1918, disminuyó casi hasta desaparecer. Ahora se calcula el diámetro, solamente, en 300 metros.

gún producto de sublimación, y que yo creo que no sean sino respiraderos de la lava del interior, no enfriada todavía; pues es sabido que los grandes acumulamientos de lava, principalmente de las basálticas, como son éstas, tardan muchos siglos en enfriarse.

También en el cono de erupción y en sus flancos Orientales, se ven varias fumarolas, pero ya de gases más densos y que depositan alrededor de sus bocas, una sustancia amarilla que seguramente debe ser azufre; muchos deseos tuve de llegar a ellas, pero me faltó tiempo. Mis guías me aseguraron, que en el borde del cráter, algo más al Oriente del punto a donde llegamos primero, existía una fumarola muy grande, que exhalaba gases muy calientes, pero sin sublimar azufre, pero tampoco pude ir personalmente a verla.

En la sección más pequeña del cráter y cerca del punto de intersección de la pequeña corriente de lava del Norte del cono de erupción; se hallan las minas de azufre en actual explotación. Las bocas del azufreal empiezan a una altura de 25 metros sobre el fondo del cráter, y suben por las pendientes del cono, hasta pasar de los 50. No existe ninguna dificultad para llegar hasta ellas, y solamente los gases sulfurosos molestan para la respiración.

Actualmente se hallan en actividad sin contar con una infinidad de pequeñas, tres solfateras principales, que a manera de grandes calderas, de diez o más metros de diámetro, van sublimando y cristalizando el azufre, que se escapa en forma de vapor, por una infinidad de pequeños conos, o ampollas, formados por el mismo mineral. Estas tres calderas contienen azufre cristalizado y en polvo, en cantidades enormes, y como además existen otros depósitos considerables en las bocas ya extinguidas, se puede decir que estas minas son casi inagotables, o por lo menos, pueden ser explotadas durante muchos años.

Además de las bocas que subliman el azufre, existe otra que para mí es la más interesante: se halla cerca de la más baja de las anteriores y se abre en un pequeño arenal compactado y en pendiente rápida, pero por el cual, se puede caminar sin peligro, hasta colocarse cerca de ese verdadero cráter de erupción, de cosa de dos metros de diámetro, y del cual sale, con la fuerza de un soplete, un chorro de gases con un ruido de huracán y que alcanza varios metros de altura. Los gases exhalados por este pequeño cráter, casi no contienen azufre, pues este mineral no se deposita en la boca sino en muy pequeñas cantidades, y creo se componen únicamente de vapor de agua y talvez, con algo de ácido carbónico.

Las rocas basálticas que rodean los azufrales, al contacto con los gases del azufre, se descomponen en un mineral blanco, poroso y de poco peso, que se disgrega en hojas; ignoro su composición química, pero si sería interesante un análisis de él, ya que hay inmensas cantidades, las cuales forman verdaderos arenales que descienden hasta el fondo del cráter. (1)

La llanura que forma en esta parte, el fondo del

(1) Casi a los 25 años de haber visitado el cráter de Albemarle, descendí al del Pichincha, en cuyo fondo también existen fumarolas que subliman azufre; pero hay enorme diferencia entre ellas; pues mientras las del primer lugar citado, contienen enormes cantidades de azufre puro, el de las del segundo en su mayor parte se halla mezclado con tierra y aun así, la cantidad es muchísimo menor. También en el Pichincha, cerca de los azufrales, hay una fumarola que arroja solamente vapor de agua, produciendo un ruido muy fuerte. La sustancia, o mineral blanco, de que hablo, es indudablemente alumbre, o ya sea sulfato de alumina, que también hay en el Pichincha, pero ya del resultado de la descomposición de las andesitas. En cuanto a una pequeña fumarola sulfurosa que hay en el cráter del Tungurahua, es semejante a las del Pichincha, y por lo tanto, en nada se parece a las del Albemarle.

cráter, se halla compuesta de un uniforme campo de lava de color gris, y se asemeja a un mar que se hubiera petrificado instantáneamente; pues presenta verdaderos oleajes que hacen que sea bastante difícil caminar sobre ella, porque una caída sobre esas aristas afiladas, podría tener fatales consecuencias.

Entre las grietas de la lava del azufral, viven muchas lagartijas y una variedad de pequeñas culebras, que son las únicas que yo he visto en las islas. No deja de llamar la atención, la manera como puedan vivir estos reptiles, en aquellos sitios saturados perpetuamente de gases sulfurosos.

Mucho deseo tuve de ascender a la cumbre del cono de erupción; pues no parecía muy difícil el trepar por ese inmenso y abrupto acumulamiento de rocas angulares, para desde esa altura poder estudiar mejor la configuración del cráter; pero ya se hacía tarde, y además, el tiempo que hasta entonces había sido inmejorable, amenazaba cambiar; así pues, rápidamente montamos en los caballos y nos apresuramos a salir del cráter; pero con todo, al llegar al borde, nos cayó un fuerte chubasco, acompañado de un fuerte viento, y además, con algo de granizo muy menudo que nos dejó mojados hasta los huesos en pocos instantes. Ya muy entrada la tarde, regresamos a la hacienda, tiritando de frío como si estuviésemos en un páramo, pero yo con todo, muy contento del paseo, en el cual había visto y observado tantas cosas curiosas e interesantes.

Ya de regreso en el Puerto, pude ver dos minerales encontrados por uno de los peones, en lugares, al decir, de él, muy distantes: el primero era una muestra de yeso fibroso muy puro, y el segundo una resina, al parecer, fósil, en forma de pequeñas bolas, hasta de dos centímetros de diámetro, y la cual ardía perfectamente, despidiendo humo denso, con marcado olor bituminoso.

Sería interesante explorar la mina de yeso, ya que es un mineral muy útil para las industrias. Además, en Chatham me aseguró una de las personas que había acompañado al doctor Wolf en sus diferentes exploraciones, que en Cerro Azul habían encontrado una mina muy grande de un mineral, el cual, según oyó decir al sabio geólogo, no era otra cosa que sulfato de cal, es decir yeso, no se qué haya de cierto, pero no creo que sea difícil.

CAPITULO VI

DE ALBEMARLE

A CHATHAM

Impresiones de un viaje en bote de vela

Mi permanencia en Albemarle se había prolongado más de lo que yo deseaba, y ya me era forzoso regresar a Chatham, a donde me llamaba mi cargo de Comisario de Policía; pero no tenía ninguna embarcación para hacer el viaje; porque, si bien la balandra "Tomasita", se aprestaba para un viaje a la costa del Continente, su Capitán no quería tocar en Chatham, porque aseguraba que era perder mucho tiempo, si se quería llegar a Puerto Chico, en esta época de calmas tan frecuentes.

Al notar el señor Gil mi contrariedad, me propuso que hiciera la travesía hasta Chatham en un bote de vela, y que en tal caso ordenaría al Capitán de la balandra, que lleve el bote a remolque hasta la menor distancia posible de la otra isla, para que entonces nosotros tratásemos de llegar a ella, ya con la ayuda de las velas, o ya a fuerza de remos, en caso de alguna calma que nos impidiese llegar al Puerto.

En vista de las circunstancias, acepté agradecido la oferta, e inmediatamente empezaron los preparativos para tan aventurado viaje, dada la época en la que lo íbamos hacer. Se calafeteó nuevamente el casco del bote; se arreglaron las velas y aparejos de la arboladura, y se embarcaron los víveres y los barriles de agua, calculados unos y otros, para una permanencia de ocho o diez días, de las ocho personas que debíamos tripular el bo-

te. Además, don Antonio Gil aprovechaba del viaje del bote, para enviar a Chatham, un cargamento de carne salada y de quesos. También yo llevaba dos galápagos que me había obsequiado don Antonio Gil.

Ya se puede suponer, que un bote pequeño como era el nuestro, con ese número de personas, nuestros viveres, los barriles de agua, los galápagos y el cargamento iba completamente lleno y sus bordes sobresalían muy poco de la superficie del agua. Pero, felizmente, en esos meses el mar es absolutamente calmado, y no había que temer una marejada algo fuerte, ya que casi no sopla viento de ningún lado.

En estas condiciones nos lanzamos al mar la mañana del 16 de Febrero de 1907, después de haber agradecido al señor Gil su hospitalidad, y de despedirme de los habitantes de esa isla, en la cual habíamos pasado algo más de un mes.

El diario que transcribo a continuación, es una copia exacta del que llevé a bordo del bote, durante los días de esa navegación peligrosa, pero llena de novedad y que ahora, pasado el peligro, me parece hasta entretenida. (1)

Sábado 16 de Febrero de 1907.— A las seis de la mañana y después de abrazar a don Antonio Gil y a los amigos que dejó en Albemarle, me embarco en el bote "Julia" que se dirige a Chatham. La balandra "Tomasita" que lleva rumbo a Guayaquil, tiene orden de remolcar el bote, hasta las

(1) Los que tripulábamos el bote éramos los siguientes: como piloto un muchacho peruano muy simpático de apellido Matos, que sé que vive todavía; dos marineros, uno de ellos también peruano y de apellido García, del otro no recuerdo. Como pasajeros íbamos: el Comisario de Policía de Albemarle, Federico Neira, un don Juan T. Muñoz de la misma isla, dos celadores de Chatham que me acompañaban, y yo, en total ocho personas.

cercanías de aquella isla, de tal manera que salimos de Puerto Villamil, unidos a la balandra por medio de un largo cable. Como el viento es débil y además contrario, se pasa el día dando bordadas en las cercanías el Puerto y el islote de Bratle; pero a pesar de todo, la corriente nos arrastra insensiblemente hacia el Suroeste.

Paso el día en la balandra, y de ella puedo ver a Bratle por sus costados del Sur y del Oeste, y compruebo que su forma es absolutamente circular pero que al Sur, debido a la erosión causada por las aguas de la corriente marina, los muros han sido rotos, dejando únicamente dos pequeños trozos de la antigua circunvalación cratérica, los cuales, desde luego, no tardarán mucho tiempo en desaparecer, a causa de los continuos embates de las olas. El interior del antiguo cráter, se halla actualmente ocupado por las aguas del mar, las cuales forman un hermoso lago, que verdaderamente es lo que llaman una "taza de leche". La roca que compone todo el islote, es una toba de color amarillo claro, y se presenta como estratificada en fajas oblicuas y paralelas, como si fueran estratificaciones. Además, con las lluvias se han formado grietas longitudinales, desde el borde superior hasta el mar, las que dan al islote, una semejanza absoluta con las lomas de cangagua de las provincias interandinas. La vegetación es muy pobre, y no se alcanza a divisar sino una que otra hierba o arbusto, completamente agostado pero en cambio, la fauna es muy abundante, pues viven en él, millares de aves marinas que aturden con sus graznidos.

Creo que en muy pocos lugares habrán tantos tiburones como en el mar que rodea a Bratle; pues al travez de las aguas tranquilas y puras como un cristal, se los ve rondar al contorno del buque. Un momento en el que yo trataba de pescar bacalaos, el anzuelo es tragado por uno de los monstruosos es-

cualos, y como las cuerdas que se emplean para atar los anzuelos para la pesca del bacalao, son muy resistentes, puedo con la ayuda de dos marineros, izar al tiburón hasta muy cerca de la borda, y examinar a mi placer al gigantesco animal, que parece mirarme con sus pequeños ojos desprovistos de expresión; pero lo que más me llama la atención, es la enorme boca, armada por una infinidad de dientes agudos, con los cuales puede cercenar de una dentellada una pierna o un brazo. Al querer subirlo a bordo, se arranca el cable sin poder resistir al enorme peso, y el monstruo desaparece bajo las aguas.

Al anochecer paso a nuestro bote y trato de acomodarme para poder dormir, cosa sumamente difícil en tan reducido espacio; pero al fin puedo conseguir mi objeto, colocándome sobre los bultos de carne salada, los cuales, desde luego, despiden un olor que nada tiene de agradable.

Domino 17 de Febrero.— La balandra con nuestro bote, amanece al Suroeste de Albemarle y al Occidente de Floreana; pues, durante la noche, ha derivado en esta dirección. Pasa el día sin soplar la menor brisa, y la corriente nos arrastra irresistiblemente hacia el Oeste.

Por la tarde, Floreana desaparece en el horizonte del Este y únicamente tenemos a la vista, el extremo Suroeste de Albemarle al Nordeste. En vista de que la corriente nos lleva sin que podamos remediarlo, hacia el Occidente, resuelve el Capitán, previa consulta con nosotros, que los que tripulamos el bote, tratemos de regresar a Puerto Villamil, aun cuando sea a remo, y el seguir con el buque hasta encontrar un viento favorable. Por lo que pueda suceder, el Capitán aumenta nuestra provisión de víveres y de agua, además de proporcionarnos una brújula, o compás viejo, para que podamos guiarnos en el mar. Nos despedimos del Capitán y de los marineros, regresamos

al bote, y los del buque recogen el cable que nos unía a él, dejándonos libres y a la buena de Dios.

Poco a poco y a fuerza de remos, nos separamos de la balandra, y podemos sostenernos sin ser arrastrados por la corriente, la cual conduce al buque con rapidez hacia el Occidente. Anochece y del barco ya no vemos sino la arboladura; nos hallamos pues, solos y como abandonados en medio de la inmensidad del océano.

Lunes 18 de Febrero.—Por la mañana busco inutilmente en el horizonte a la balandra, y solamente alcanzo a divisar Cerro Azul de Albemarle, pero a mayor distancia que ayer en la tarde, y como si fuera una nube muy lejana. Al medio día sopla una ligera brisa, que nos acerca algo al lugar de nuestro destino; pero por la tarde cesa en lo absoluto y nuevamente somos arrastrados hacia el Occidente, ya que es imposible remar incesantemente, y sobre todo, porque como el bote es demasiado pesado y además se halla muy cargado, con los dos únicos remos que tenemos, no se puede contrarrestar a la fuerza de la corriente.

Martes 19 de Febrero.— Como durante la noche, no ha soplado nada de viento, la corriente nos ha llevado tan lejos de tierra, que ya no se ve Cerro Azul como ayer por la tarde, y solamente se divisa el horizonte inmenso y sin fin por todos lados. Estamos pues, casi perdidos en el océano y como el viento no sopla de ningún lado, nuestra situación se agrava por momentos.

Me pongo a considerar lo que sería de nosotros, si la calma sigue por algunos días más; porque si bien, víveres tenemos los suficientes para mucho tiempo, el agua nos faltará muy pronto; pero como ya no hay remedio, nada se saca con lamentarse y lo único que nos queda, es confiar en la suerte. Otro punto de meditación que tengo, es el que separado únicamente por una tabla de dos o tres centímetros de espesor, se abre un abismo

casi insondable, ya que nos hallamos en una de las partes del Pacífico de mayor profundidad. ¿Qué misterios, qué fenómenos habrá en esas profundidades? ¿Qué seres monstruosos serán los pobladores de esos abismos, donde reina la noche perpetua? Involuntariamente siento una extraña voluptuosidad, al pensar que de un momento a otro, podría abrirse el bote y sumergirnos hasta esas inmensas simas

Miércoles 20 de Febrero.— Sigue la calma absoluta del mar, y durante la noche no ha soplado ni la más ligera brisa, y a esta hora, quién sabe a qué distancia estaremos de Albemarle. El mar tiene un aspecto lechoso, y en toda su extensión, no se ve la más ligera arruga, y únicamente las ondulaciones lentas de la corriente que nos arrastra, conmueven su tranquilidad absoluta. El sol que no ha cesado de brillar en todos estos días, nos quema de una manera insoportable, y siendo lo peor que ni siquiera tenemos donde guarecernos para escapar de sus rayos de fuego; esperamos con ansia que llegue la noche, para tener un alivio en este verdadero tormento, ya que ni siquiera podemos bañarnos, por temor a los tiburones que no cesan de escoltar a nuestro bote.

Por fin ahora, a eso del medio día, uno de los marineros me llama la atención hacia una mancha oscura que se destaca hacia el Sur, en la superficie blanca del mar, y me asegura que es producida por el viento que viene. Efectivamente la mancha negra se acerca rápidamente, en forma de bandas paralelas, y poco después, la vela del bote que pendía lacia en el mástil, sufre un estremecimiento, luego se hincha y el bote se inclina como si fuera a zozobrar; pero el piloto empuña el timón, e imprime a la embarcación un movimiento brusco y toma inmediatamente rumbo al Nordeste.

El viento es bastante fuerte, pero por desgracia, el timón sufre un desperfecto, que nos hace per-

der mucho tiempo, pues sin él, no podemos mantener el rumbo preciso; pero al fin, después de un trabajo largo y penoso, se lo puede arreglar y tomamos nuevamente la dirección necesaria.

Jueves 21 de Febrero.— A la madrugada y al estar profundamente dormido, soñaba hallarme en una región cruzada por arroyos de aguas puras y cristalinas, y que oía el ruido que hacían al saltar entre las rocas formando cascadas y rápidos infinitos; me desperté pero no me daba cuenta del lugar en el que me hallaba, pues continuaba oyendo el ruido de las aguas al chocar con las rocas; me levanté bruscamente y extendí mi vista, pero qué despertar tan triste, pues en vez de manantiales y cascadas, no alcancé a ver sino el inmenso mar de color blanco lechoso, con las primeras luces del amanecer. Pero como el ruido no cesaba y al contrario era cada vez más fuerte y más cercano, me fijé bien y alcanzo a divisar millares de puntos negros que saltaban sobre las aguas, y que venían a nuestro encuentro, produciendo el ruido extraño que me despertó. Cuando ya estuvieron cerca, reconocemos a una partida interminable de bufeos que se dirigía al Sur. No se cuentan millones de esos simpáticos cetáceos se contaría en esa inmensa partida, pues se los veía saltar hasta los últimos confines del horizonte. Atrás de los bufeos, y como si fueran sus arieros, asomaron unas cuantas ballenas, que siguieron la misma dirección.

El viento, aunque débil, no ha cesado de soplar ni un instante, y hemos podido avanzar bastante hacia el Nordeste, y al medio día podemos divisar nuevamente a Cerro Azul, pero todavía a mucha distancia. Al atardecer aumenta la intensidad del viento, pero el timón sufre otro desperfecto y al querer gobernar el bote con un remo, mientras dura la compostura de aquel, se rompe en la mitad y cae al mar, privándonos de uno de los dos

únicos que tenemos. Estos contratiempos nos hacen perder algunas horas, porque no podemos imprimir al bote la dirección deseada; pero al fin, después de mucho trabajo se puede arreglar el desempeño, y ahora creo que ya no volverá a dañarse.

Viernes 22 de Febrero.— Durante la noche, no ha cesado de soplar una ligera brisa, la cual, si bien no nos ha hecho avanzar gran cosa, por lo menos ha impedido que retrocedamos, y gracias a ella, nos encontramos ya bastante cerca de Cerro Azul. Nuevamente encontramos algunas ballenas, y una de ellas estuvo anoche tan cerca del bote, que creí por un momento que íbamos a chocar con ella; felizmente para nosotros, huyó con rapidez cuando tratamos de detener la embarcación, de lo contrario, como no era posible una parada brusca del bote, no nos hubiéramos librado de un naufragio seguro.

Después del medio día el viento sopla con fuerza y como es favorable, nos hace avanzar con rapidez; pronto alcanzamos a ver el cerro Santo Tomás, y poco después, surge de la olas el islote de Bratle, y si el viento sigue soplando como hasta aquí, es muy probable que esta noche, o a lo más mañana podamos entrar al Puerto.

Las costas de Albemarle que las tenemos muy cercanas, al Sur de Cerro Azul, no cambian de aspecto, pues son semejantes a las que se hallan en las cercanías de Puerto Villamil: frondosos y verdes bosques de mangles bordean el mar, y hacia el interior se ven las mismas llanuras negras del pie del cerro Santo Tomás. Ahora he podido comprobar de una manera terminante, que no existe una cordillera de unión entre los dos grandes volcanes del Sur; pues se ve un profundo valle que los separa, dejándolos completamente aislados.

Sábado 23 de Febrero.— Hoy se completan los

ocho días que salimos del Puerto, y sin embargo nos hallamos todavía casi en las mismas aguas; pues aun no hemos podido entrar al Puerto, debido a que cesó nuevamente el viento en lo absoluto al anochecer, y la corriente nos ha llevado otra vez hacia el Oeste. Pero después de medio día sopla un fuerte viento, pero ya del Norte, el cual nos impide la entrada, y nos vemos obligados a hacer rumbo hacia el Sureste, para pasar por el Sur de Bratle y dando un rodeo por los Crossman, tratar de arribar al tan deseado Puerto.

Por la tarde hemos conseguido en parte nuestro deseo, y poco a poco vamos acercándonos a la boca del Puerto, pero cuando ya creíamos haber conseguido nuestro propósito, cesa el viento y ya nos será imposible penetrar ahora.

Domingo 24 de Febrero.— Esta madrugada, aprovechando algo de viento, el piloto trató de penetrar al Puerto, por un estrecho canal que se abre entre las rompientes. Sin embargo de ser la noche muy oscura, introdujo al bote por el angosto paso, guiándose por la escasa luz de un farol que encienden todas las noches en la casa del señor Gil. A uno y otro lado del bote, el mar se estrellaba con furia contra las rocas, levantando torbellinos de espuma fosforescente, y la embarcación seguía su ruta muy lentamente por el canal, el cual, a medida que avanzábamos se iba estrechando; nos rodeaban verdaderas montañas de espuma y el bote saltaba como si fuera una ligera cáscara de nuez; en lo más peligroso del paso, desapareció la luz del farol, y el piloto que se guiaba únicamente por ella, perdió la ruta y no sabía donde se encontraba. Esperábamos de un momento al otro ser lanzados al mar con el bote despedazado; pero el piloto, sin perder la sangre fría y con la ayuda de uno de los marineros que empuñaba el único remo que tenemos, consigue hacer virar al bote y salir del atolladero con dirección a alta

mar. Así pues, fracasó esta buena oportunidad de arribar al Puerto, y ahora amanecemos nuevamente alejados de él, hacia el Occidente.

Como no sopla viento en lo absoluto, y como además nos encontramos muy cerca de la costa, anclamos el bote en espera de aquél, ya que nos es imposible mantenernos contra la corriente con un solo remo, y de esta manera permanecemos todo el día.

Lunes 25 de Febrero.— Hemos pasado una pésima noche, debido al incesante movimiento del bote que ha permanecido anclado. Hacia el medio día sopla viento Norte y levamos anclas, pero con tan mala suerte, que se rompe la cadena de la única que posee el bote, y por lo tanto la perdemos. Como el viento es contrario, nos es muy difícil entrar a Puerto Villamil, y resolvemos más bien dirigirnos a Floreana, en donde nos surtiremos de víveres y de agua; pues no nos será difícil apoderarnos de una res salvaje, con el rifle que llevamos. Así pues, ponemos proa al Suroeste y nos alejamos con rapidez de Albemarle.

Por la tarde nos cae un fuerte chubasco que nos deja calados hasta los huesos, pero que también nos refresca. Con la humedad y el calor, la carne y los quesos del cargamento se han corrompido y es necesario arrojarlos al mar, pues el olor que despiden es insuportable. Yo no sé de donde diablos asoman tantas gaviotas y otras aves marinas, para disputarse la carne y el queso que sobrenadan en el agua; pues vienen en grandes bandadas y devoran con avidez, devatiéndose entre ellas, y disputando la presa a los tiburones.

Floreana se acerca por momentos y quizá mañana podamos fondear en alguno de sus puertos, pues ya es indispensable hacer provisión de agua, porque la pequeña cantidad que nos resta, se halla corrompida. Además, yo deseo vivamente conocer esta isla, más que nada, por sus recuerdos his-

tóricos; pues en lo demás, al verla desde el mar, tiene mucho de semejanza con Chatham.

Martes 26 de Febrero.— Durante la noche, la corriente nos ha separado de Floreana, la cual se halla al amanecer al Oriente de nosotros. El viento sigue soplando, pero ha cambiado algo de dirección, pues ahora viene del Noreste, y por lo tanto, creemos preferible tomar rumbo al Suroeste, para de esta manera pasar por el Sur de esta isla, y luego tomar la dirección hacia Hood y de allí a Chatham.

Al atardecer doblamos el cabo más meridional de Floreana y entonces tomamos rumbo hacia Hood y si mañana podemos pasar de esa isla, estaremos salvados, pues ya dista poco de Chatham. Si tratamos de arribar a esa isla por el Suroeste, es debido a que el piloto teme chocar durante la noche, con los escollos de Macgowen, situados a media distancia de Floreana y de Chatham.

Miércoles 27 de Febrero.— Hood se halla a nuestra vista hacia el Oriente, y en cuanto a Floreana la tenemos ya algo distante al Occidente. Desde esta mañana nuestro bote se halla escoltado por una inmensa partida de **albacoras** y **barriletes**, peces los dos, de la familia de los **atunes**, y los cuales son verdaderamente exquisitos. Tratamos de pescar algunos, pero los anzuelos que tenemos son demasiado grandes y nada conseguimos; intento, entonces, apoderarme de uno de ellos con el machete, pues se hallan tan cerca que casi se los puede tocar con la mano, y en efecto, acierto a uno un terrible machetazo que casi le divido en dos, pero sin embargo, con gran asombro mío y de mis compañeros, el pez sigue su camino como si nada le hubiera pasado, a pesar de que de su ancha herida se escapan torrentes de sangre, hasta que al fin se fué quedando poco a poco retrasado, y lo pierdo de vista.

Nos hemos acercado tanto a Hood, que puedo

divisar en ella, sus grandes llanuras cubiertas en parte de vegetación gris y el resto de un terreno amarillento como de cangagua, y dominando el conjunto, un cerro cónico de faldas muy tendidas.

Hoy hemos tomado las últimas gotas de agua que restaban al fondo de un barril, pero se hallaba ya tan corrompida, que yo para poderle tomar, he tenido que mezclarla con carbón machacado y luego colarla en un pañuelo, operación que le quitó en parte el mal sabor. Felizmente, como tenemos viento favorable, creo muy probable que mañana llegaremos a Chatham.

Jueves 28 de Febrero.— Al encontrarme yo anoche en el timón, mientras todos mis compañeros dormían, vi que la luna salía de atrás de unos cerros, y creí al principio que era juguete de alguna ilusión o por lo menos, que lo que veía eran nubes; pero no, eran efectivamente cerros y ya no me quedó duda que lo que tenía a mi vista era la tan deseada isla de Chatham, como también comprobaron mis compañeros, a quienes desperté en seguida. En efecto, con las primeras luces del amanecer, vimos la isla a no mucha distancia, y a la cual nos acercaba con rapidez un viento favorable.

Pronto divisamos los campos cultivados, las casas de la hacienda y la chimenea del Ingenio, coronada de su penacho de humo. Doblamos el cabo que por el Sur defiende a Puerto Chico, pero como por encanto cesa el viento y nos toma nuevamente la corriente empujándonos al Oeste. El temor de ser arrastrados otra vez lejos de la isla, nos da fuerzas y energía, y con el único remo que tenemos y con pedazos de tablas, remamos con desesperación, y pasando casi sobre las rompientes vamos entrando poco a poco al Puerto. Vemos cerca del muelle al "Manuel J. Cobos" que se halla anclado, y a él nos dirigimos llegando momentos después, y antes de nada, rodeamos el de-

pósito de agua dulce, hartándonos del precioso líquido.

Nuestro viaje tan aventurado y penoso ha concluido, y hemos tardado 13 días en una travesía que en buen tiempo se la hace únicamente en uno, o a lo más dos días. Hemos pues, en el Puerto, sanos y salvos, después de habernos escapado de buenas de una muerte cierta, porque si la calma se hubiera prolongado por dos o tres días más, ¿en qué parte del Pacífico nos encontraríamos ahora?

Pero con todo, nuestras penalidades no terminaron allí, pues, como en el Puerto, no encontramos nada que comer, resolvimos con otro compañero subir esa misma noche hasta la hacienda, y como no habían caballos, el viaje de las 5 millas que nos separaba de ella, lo hicimos a pie, a pesar de la extramada debilidad que teníamos, de tal manera que tardamos tres horas en subir la cuesta; pero al fin, pasadas las diez de la noche llegamos al cabo de nuestras penalidades, y pudimos reparar las fuerzas, con una cena copiosa y con un buen trago de aguardiente.

Después de mi regreso de Albemarle, todavía permanecí en Chatham algunos meses más, muy contento con esa vida tan tranquila, lejos de las pasiones políticas que por entonces preocupaban a todo el país. Las noticias de los sucesos acaecidos en la República, llegaban a la isla con mucho retardo, porque el Pailebot "Manuel J. Cobos", que era nuestro único medio de comunicación con la Costa, no hizo, durante todo el tiempo que yo permanecí en Chatham, sino tres viajes.

Debido a esta escasez de comunicaciones, los acontecimientos de Quito, del 25 de Abril de 1907, los supimos en Chatham, pasados dos meses, y los del 19 de Julio en Guayaquil, los llegué a saber a mi regreso a esa ciudad, a mediados de Agosto. Cada llegada del pailebot era esperada con ilusión, y hasta ahora recuerdo la emoción que sentía cuando algún peón anunciaba que el tan esperado buque se hallaba a la vista. Entonces nos preguntábamos ansiosos: ¿qué noticias nos traerá el buque?; qué habrá pasado en la República y en el mundo entero, en estos últimos meses? La curiosidad nos volvía como locos, y para adelantarnos siquiera con una o dos horas en saber las noticias, bajábamos al Puerto, y mucho antes de que el pailebot y hubiera fondeado, ya estábamos en un bote rondando a su contorno.

Vivíamos pues, como aislados del mundo, y comentando únicamente las noticias atrasadas, o nos

preocupaba mucho cualquiera nueva de la isla, por insignificante que sea, ya que por algunos meses, era nuestro único mundo, o más bien, una especie de nación absolutamente aparte y sin relaciones con las demás. Entre los apuntes de mi cartera, encuentro anotados algunos acontecimientos que formaron época en la isla, pues su recuerdo en ella, duró hasta mi regreso al Continente. Como no creo que disguste el que haga conocer en estos apuntes de viaje aquellos sucesos, los transcribo a continuación.

Pocos días después de mi regreso de Albemarle, llegó a Chatham, procedente de aquella isla, la lancha de gasolina "Scotia", con su propietario el señor Alejandro Mann, y ella nos trajo la noticia de que tres días después de mi salida, había sido asesinado un joven Solines, empleado del Señor Gil, por un peón medio loco y degenerado. El joven Solines, fué mi compañero y mi guía en todas las excursiones que hice en aquella isla. Esta muerte me impresionó mucho, pues pocos días antes le había dejado sano y bueno y jamás podía imaginarme que muriera asesinado de una puñalada inferida por un individuo medio idiota. (1)

En los últimos días de Marzo, se cometió otro asesinato, pero ya en Chatham; pues el ingeniero de la fábrica, de nacionalidad peruana, fué herido a balazos por un inspector de la Policía de la isla, de origen colombiano, durante una riña en la casa de juego que poseía una mujer de mala vida. El herido, que murió pocas horas después, fué perso-

(1) El individuo que cometió este asesinato, había sido remitido de Chatham poco tiempo antes, en unión de otros criminales de los tiempos de Cobos, pues en esa isla trataban de librarse de todo elemento malo, el cual era acogido por Dn. Antonio Gil Q. sin ninguna dificultad, y en cambio de los peones, remitía cabezas de ganado. De tal manera, que en ese entonces se cambiaba gente con toros y vacas, como si fuera la cosa más natural del mundo...

na excelente y muy querida de sus superiores y de los obreros del Ingenio, y su muerte fué muy sentida. (2)

Felizmente, después de este asesinato, no se volvió a ensangrentar el suelo de las islas durante mi permanencia en el Archipiélago, a pesar de que las riñas eran frecuentes, entre los antiguos habitantes y peones del tiempo de Cobos que restaban en ellas.

En los primeros días de Mayo, hubo en la isla gran alarma, pues amaneció fondeado en Puerto Chico, el cañonero inglés Shawather; esto no hubiera tenido nada de particular, si el tal cañonero no hubiera ido al Archipiélago, nada menos que a presentar a las autoridades de la isla, varias reclamaciones concernientes a los negros jamaicanos que vivían en ella como peones. El Comandante del cañonero, un inglés testarudo, pretendió que el Jefe Territorial bajara al Puerto para conferenciar con él, y cuando éste se hubo negado, como era natural, el inglés amenazó bombardear la isla y hacer en seguida un desembarco, para dízque, bajar amarrada a nuestra autoridad hasta el Puerto. El General Julio Plaza y don Roberto Celati salieron en defensa del infeliz don Pedro Jaramillo que no sabía que hacer, y el primero contestó al inglés, que el bombardeo a nadie haría daño, ya que la hacienda se hallaba fuera del alcance de los cañones, y que en caso de un desembarco, él, aun cuando era colombiano, sabría defender por medio de las armas, a la Autoridad que representaba la soberanía del Ecuador en las islas. Felizmente todo se arregló amigablemente con la interven-

(2) El muerto se llamaba Guillermo Gramthom, y era natural de Trujillo en el Perú, e hijo de inglés o yanke. El asesino se llamaba Jorge Fuentes y era colombiano, y llegó a saber después, que logró fugar de la cárcel de Guayaquil, en no recuerdo qué acontecimiento político.

ción del Capitán del Pailebot "Manuel J. Cobos", don Tomás Lewy, y el cañonero se alejó dos días después de su llegada, sin que haya que lamentar ninguna desgracia, y sin que los negros hayan conseguido nada con ser súbditos británicos.

Quince días después, hubo una nueva alarma, porque de la misma manera que la anterior, amaneció fondeado en Puerto Chico un vapor desconocido; al principio creímos que era el mismo Shwather que regresaba con malas intenciones, pero no fue el tremendo inglés, sino un tranquilo buque de unos turistas yanques, quienes después de visitar la isla, se mandaron a cambiar a las 24 horas de haber llegado.

A fines del mismo mes de Mayo, vimos pasar a lo largo, entre Barrington y Chatham, a un gran vapor que venía del Este y se dirigía hacia el Sur: ¿de dónde venía?, ¿a dónde iba?, ¿era mercante o de guerra?, seguramente no llegaré a saberlo jamás, y lo único que pude distinguir con el anteojo es que parecía tener tres chimeneas. Sentí una extraña sensación al ver ese representante del mundo ultra civilizado, pasar a la vista de nuestra isla semi-desierta y salvaje. Le seguí con el anteojo hasta que se perdió en el horizonte del Suroeste, atrás de la isla de Hood, dejando unicamente un reguero de humo negro que tardó algunos minutos en disiparse.

En los primeros días de Junio llegaron a la isla siete marineros, pertenecientes a la barca noruega "Alexandre", abandonada por ellos, en las costas occidentales de Albemarle. El piloto de la barca abandonada, que fué uno de los que llegaron a Chatham, nos relató lo sucedido: En el mes de Diciembre anterior, salieron de Australia con un cargamento de dos mil toneladas de carbón, destinado a Panamá; a mediados de Enero y al hallarse a la altura del Archipiélago de Galápagos, sobrevino una calma tan absoluta, que el buque fué ju-

guete de las olas durante algunos meses. En fin, al encontrarse cerca de las costas Occidentales de Albemarle, resolvió la tripulación abandonar el barco, en vista de que ya carecían de viveres y de agua. Una vez que tomaron esa resolución, anclaron el buque con todo cuidado en "Iguana Cove", y se lanzaron al mar en dos chalupas, tratando de esa manera de llegar a la costa del Continente. Después de algunos días, durante los cuales, la corriente les arrastró hacia el Occidente, el bote que tripulaba el Capitán con siete marineros, se separó del otro en el que iba el piloto con seis compañeros; éstos, después de pasar mil penalidades y cuando ya se hallaban medio muertos de sed y de hambre, alcanzaron a divisar los cultivos de Chatham, y comprendieron que la isla se hallaba habitada; se dirigieron, pues, a ella y desembarcaron en Puerto Chico, no sin haberse escapado de naufragar a la entrada del Puerto, en donde chocaron con un escollo, que les rompió la proa del bote. En Chatham fueron muy bien atendidos, y después de pocos días, se les despachó a Guayaquil en la balandra "Josefina Cobos".

Al saberse en Guayaquil la aventura del "Alexandre", dos caballeros de esa ciudad, pretendieron salvar el buque y su cargamento, y con este objeto el Gobierno les proporcionó el crucero "Cotopaxi". Para el viaje contrataron a un Capitán norteamericano, pues temían y desconfiaban del que mandaba entonces a nuestro crucero, y con dos de los marineros naufragos, arribaron al lugar en el cual había quedado el "Alexandre"; pero, sin duda, debido a las mareas, le encontraron a pique y vieron solamente fuera del agua, las puntas de los mástiles. Ya de regreso a Guayaquil, tocaron en Chatham, y con este motivo hubo paseos y banquetes de una y otra parte, los cuales interrumpieron la monotonía de nuestra vida insular; pe-

ro después de dos días zarpó el "Cotopaxi" y volvimos a la tranquilidad de siempre. (1)

En fin, en los primeros días de Agosto de 1907, dejaba yo, talvez para no volver jamás, aquella isla en la cual había vivido tranquilo y contento muchos meses, y en donde conocí y traté a caballeros tan cumplidos como son los señores Celati, Plaza y Gil, de quienes conservaré siempre excelentes recuerdos, sin poder olvidar jamás, su exquisita cultura y amabilidad, para un individuo que antes les había sido absolutamente desconocido. Así como tampoco olvidaré, al excelente Coronel Jaramillo, quién a pesar de sus defectos, debidos más que nada a su avanzada edad, era persona muy simpática y de amena conversación.

Aquí debía concluir esta relación de viaje, pero creo que no es por demás, que haga conocer algunos sucesos acaecidos en el Archipiélago después de mi salida de él, los cuales se relacionan en algo con mi viaje.

Como durante casi un año, no se tuviera ninguna noticia del Capitán y de los siete marineros del "Alexandre", que habían desaparecido, salió en su busca un buque de Guayaquil, y como habían sospechas de que se hallaren en alguna de las islas desiertas del Archipiélago, tomó rumbo directamente a ellas. En efecto, al llegar a Indefatigable, encontró al Capitán y seis marineros, pues el otro había muerto de enfermedad. Como aquella isla tiene abundancia de agua dulce, muchas ca-

(1) Los caballeros de Guayaquil que fueron a Galápagos en esta ocasión, fueron, Dn. Jerónimo Avilez Aguirre, yerno del entonces Jefe Supremo, General Alfaro, y Dn. Enrique Gallardo, quién como era muy amigo mío desde el año de 1895, se sorprendió inmensamente al encontrarme en esa isla. Al despedirse me dejó una gran cantidad de galletas, conservas y vino, que nos sirvió para darnos buena vida, durante varios días.

bras y galápagos, no había sido difícil a los naufragos vivir en ella.

Poco tiempo después se tuvo noticia del naufragio de la balandra "Tomasita", tan conocida por mí, y se decía también, que había muerto su Capitán, junto con su esposa y un niño hijo suyo. Después, he tenido algunos detalles del acontecimiento que me han sido comunicados por don Antonio Gil, y que son los siguientes: Navegaba la "Tomasita" por las costas del Norte de Albemarle, y chocó con una roca desconocida, yéndose a pique momentos después. El Capitán Chiapella, que tenía a bordo a su mujer y a su hijito, pudo salvarse con ellos y los marineros, arribando a la playa a nado. Desgraciadamente, esa región de la isla, parece que es de lo más desolada y falta en absoluto de agua; los marineros intentaron salvarse siguiendo la costa, hasta llegar a Puerto Villamil, y en efecto, después de mil penalidades, de tormentos sin fin por la falta de agua, y medio muertos de hambre, llegaron al puerto y dieron la fatal noticia. Fueron inmediatamente en socorro de Chiapella, pero al llegar al sitio donde había quedado con su familia, no encontraron sino los cadáveres; pues había muerto de hambre y de sed.

Hace poco tiempo me comunicó Dn. Antonio Gil, que según noticias que había recibido, el volcán central de Albemarle había entrado en un período de actividad, mayor que el ordinario; pues, parece que ha hecho algunas erupciones hacia el Oriente de su cráter, y sin duda en el lugar de aquella fumarola grande que yo no alcancé a conocer; pero no tengo ningún detalle y no sé si habría habido corrientes de lava.

Con esto termino esta relación de viaje, mezcla de informe de descripciones pintorescas, con asuntos científicos y consideraciones diversas, y muchos de aquellos, seguramente, reñidos al molde común que usan los sabios; pero a nadie hago daño en ex-

poner mis opiniones, y mucho más, en asuntos que aun, en el estado actual de la ciencia, están por dilucidarse. Por otra parte, creo que mi pequeño trabajo, por malo que sea, servirá para que los ecuatorianos recuerden que tenemos un hermoso territorio que para muchos de ellos, es más desconocido que las regiones del centro del Africa.

FIN